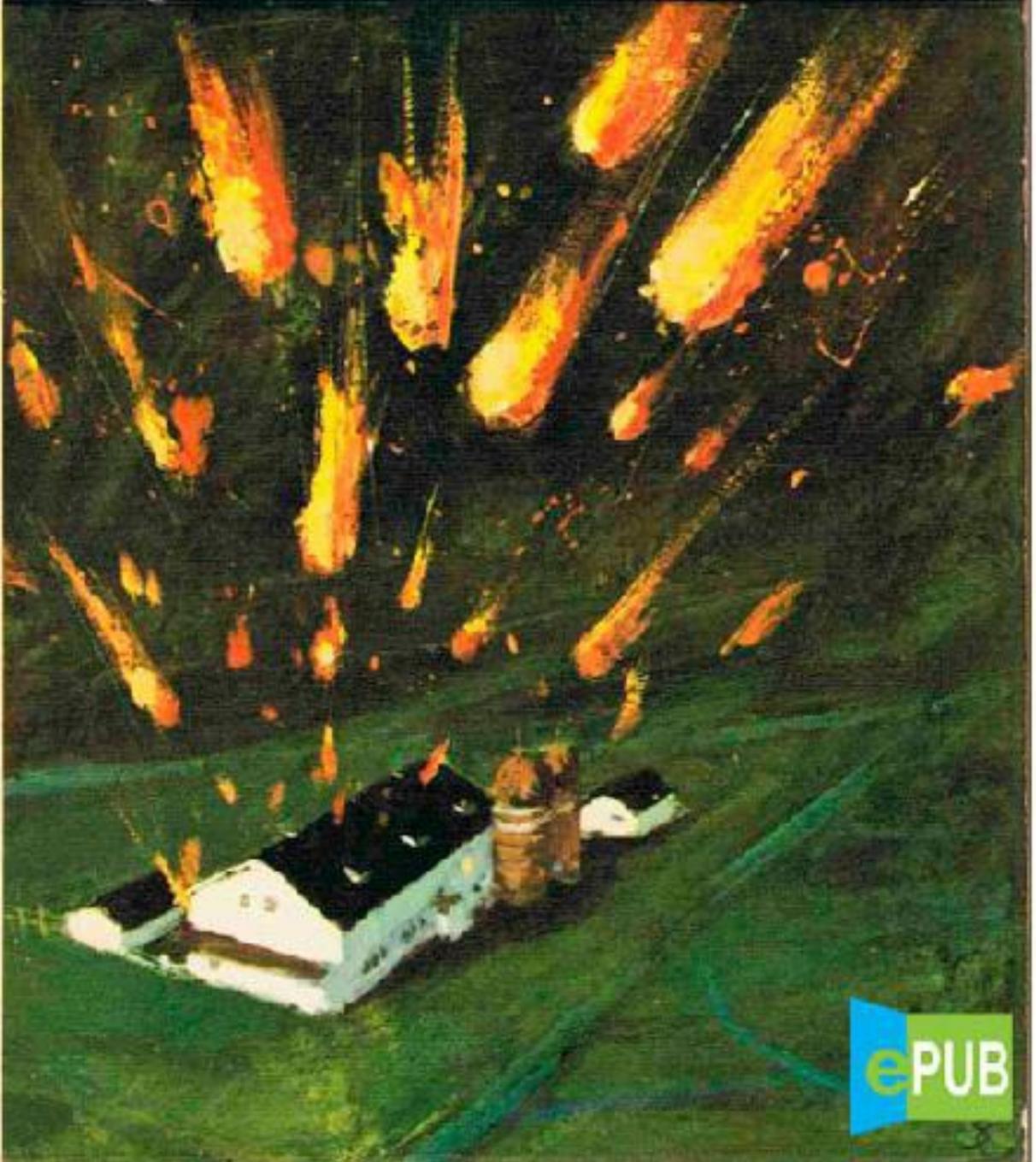


CIENCIA FICCION 16



ePUB

Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.



AA. VV.

Ciencia ficción. Selección 16

ePub r1.1

Titivillus 29.01.15

Título original: *Ciencia ficción. Selección 16*

AA. VV., 1975

Traducción: J. Piñeiro & I. Rived & M. Giménez Sales

Portada: Badía Camps

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *SF y desmitificación*, Carlo Frabetti.

Calliope, Gherkin y el monstruo yanqui (Calliope and Gherkin and the Yankee-Doodle Thing), Evelyn E. Smith, 1969.

Saliva (Drool), Vance Aandahl, 1968.

El Gambito Von Goom (Von Goom's Gambit), Victor Contoski, 1966.

Alma latente (Dormant Soul), Josephine Saxton, 1968.

El árbol de saliva (The Saliva Tree), Brian W. Aldiss, 1965.

PRESENTACIÓN

SF y desmitificación

Se ha dicho a menudo que la SF^[1] es la mitología de la era tecnológica; pero esta apreciación desvirtúa el verdadero significado sociocultural del género, más que ayuda a su comprensión.

Pues casi se podría decir que la SF es todo lo contrario a la mitología, ya que, con sus extrapolaciones, constantemente pone el acento en el hecho de que lo que en unas épocas pareció maravilloso o sobrenatural, posteriormente ha sido explicado por la ciencia.

Pero no sólo en el aspecto científico (sugerir interpretaciones racionales de fenómenos más o menos asombrosos) ejerce la SF su función desmitificadora, sino que el plantear situaciones insólitas contribuye, a menudo, a arrojar nueva luz sobre determinadas cuestiones que la tradición nos induce a contemplar de forma acrítica, a considerar «naturales» por el mero hecho de que siempre han sido así. Y en esta capacidad de distanciamiento de la SF reside tal vez su mayor fuerza crítica.

En Alma latente, donde los tradicionales ángeles y diablos se nos aparecen como dos razas extraterrestres enfrentadas, tenemos un claro ejemplo del primer tipo de desmitificación (ofrecer una interpretación natural de un fenómeno considerado sobrenatural), mientras que Calliope, Gherkin y el monstruo yanqui o Saliva, cada uno a su manera, ponen de relieve determinados prejuicios de nuestra sociedad mediante el distanciamiento derivado de situaciones extraordinarias.

En El árbol de saliva, finalmente, se riza el rizo y la SF se desmitifica a sí misma, al plantear deliberadamente una situación «clásica» del género (la invasión extraterrestre), situándola incluso en la época de los precursores de la moderna ficción científica, para tratarla con un punto de desenfado —¿y si los terribles visitantes extraterrestres fueran simples turistas, tal vez una pareja en su luna de miel (en su Tierra de miel, en este caso)?—, saliendo al paso de esas narraciones apocalípticas que tanto abundaron en la infancia del género.

CARLO FRABETTI

CALLIOPE, GHERKIN Y EL MONSTRUO YANQUI

Evelyn E. Smith

Todo el mundo sabe que en el argot underground se llama «viaje» a la experiencia psicodélica propiciada por ciertas sustancias amplificadoras del área de la conciencia (lo que los conservadores insisten en llamar drogas, término que debería reservarse a la TV, el fútbol, etc.).

Esta es la divertida y desmitificadora historia de una pareja de adolescentes que hicieron un viaje que fue un auténtico «viaje»...

Aunque no tengo la presunción del joven David Copperfield de poder recordar sucesos que ocurrieron incluso antes de que yo fuese concebido, la serie de acontecimientos que abocaron por fin a mi aparición en este planeta me han sido contados tan a menudo y con tanto detalle por todos los que estuvieron relacionados con este hecho, que ni siquiera mi madre pudo calificar de afortunado, que me siento en muy superiores condiciones para poder narrarlo tal como fue que muchos de sus participantes directos, e incluso que muchos de sus bienintencionados, y por tanto doblemente culpables, manipuladores.

Mi historia... No; antes que la mía, la de aquellos dos no amantes marcados por el destino para amparar mi nacimiento, y que puede tener un comienzo arbitrario la tarde en que Gherkin, después de haber terminado sus clases del día, salió del colegio y entró en la tienda de refrescos con aire preocupado. Esta expresión abstraída que envolvía todo su rostro, aún amorfo, de adolescente, pasó inadvertida para Calliope, que estaba repleta de noticias y ansiosa por transmitir las. Por lo tanto, incluso su primera pregunta: «¿Dónde diablos te metiste el viernes por la noche?», que pudiera haberse tomado por una muestra de interés, no era más que pura retórica. Porque cuando Gherkin abrió la boca para empezar a contar todas las cosas maravillosas que le habían ocurrido aquel viernes por la noche, ella le interrumpió para dar rienda suelta a sus propias e insignificantes aventuras.

—Me cansé de esperarte, así que me fui sola al piso de Mattie. Imagínate que nos drogamos todos, o, bueno, casi. Empezamos a animarnos de veras cuando apareció la poli y se nos llevó a la comisaría..., de manera no violenta —añadió, con cierto tono de disculpa, porque sabía muy bien que una

detención, o incluso un arresto, sin confrontación dinámica era insuficiente para calificarla como activista sincera—. Luego descubrieron que la hierba que habían recogido en casa de Mattie no era más que «diente de gato», y como parece ser que no hay *todavía* ninguna ley que prohíba fumar eso, nos echaron a la calle... ¡Sin dinero para el transporte! —Al llegar aquí, en su relato, arrugó el entrecejo—. ¿Tú crees que es con eso con lo que nos hemos puesto por las nubes todo este tiempo en casa de Mattie? ¿Sólo con una vieja y vulgar *Nepeta cataria*?

—Bueno, los gatos se embriagan con ella —dijo Gherkin, aún con cara de preocupación y sumamente tensa, lo que habría saltado a la vista si alguien se hubiese tomado la molestia elemental de fijarse en ella—. De modo que ¿por qué no la gente? Y hablando de gatos...

—¡Pero los precios que estaba cobrando Mattie...! Por una porquería que apenas si cuesta unos céntimos... Y con aire tan generoso, además; quiero decir que nunca pensé que fuese tan hipócrita. Lo peor es que ahora no tendré ningún sitio al que ir el viernes próximo. No es fácil encontrar un fumadero respetable en estos días.

Entonces pareció reconocer a Gherkin no sólo como una mezcla de auditorio comprensivo y muro de lamentaciones, sino como un individuo con la suficiente personalidad como para sufrir con ella. ¡Le estaba bien empleado por darle plantón! Así que continuó con cierta nota de gozo melancólico:

—De modo que tú tampoco tendrás adonde ir el viernes que viene, a menos que te hayas buscado otro lugar donde quizá yo no seré bien recibida, en cuyo caso no tienes más que decírmelo. No soy de las que hacen una escena por eso.

—¿Y si te callases un poco y me dices una oportunidad para decir algo? He encontrado *ya* un nuevo sitio. Por eso no fui a casa de Mattie. Estaba haciendo un *viaje*.

Lo dijo con cierta vanidad porque ésta había sido la verdadera experiencia. Durante aquel fin de semana encontró la llave que abría el universo.

—Me embriagué y me embriagué, y fue como... —se detuvo buscando la palabra justa—, fue como..., ¡huhh! Me dijeron que podía volver la semana

que viene y llevar a un amigo si quería —el gesto de invitación con que concluyó era casi cortés.

Calliope estaba impresionada, agradecida, asustada.

—¿Quieres decir... ácido? Pero oye, eso puede ser peligroso. Ya estoy enterada de que la ley está tratando de echar siempre por tierra todo lo que tiene algún significado, pero esto del ácido lo sé de buena fuente por un licenciado en Biología que lo conoce bien. El ácido puede alterar tus cromosomas, ya sabes a lo que me refiero, de modo que cuando tienes niños pueden incluso salir unos monstruos.

—¡No era ácido! ¿Crees que soy tan tonto como todo eso? Era otra cosa; algo nuevo. Algo... bueno, nuevo... Garantizado como totalmente inofensivo, según dijo el tipo aquel; sin efectos desagradables después, ni adicción, ni nada por el estilo.

¿Cómo podía ser tan crédulo? ¿Cómo *se atrevía* a serlo y a vanagloriarse en su propia cara de su estúpida inocencia?

—¿Eres de veras tan simple como todo eso? ¿Crees que son ellos los que te dirán que a cada viaje que haces revientas una minúscula partícula de tu mente? Si lo dijeren no atraerían a nuevos clientes. De paso, ¿cuánto te hicieron pagar por esa cosa?

Gherkin titubeó un instante, pero acabó por confesar:

—Ni un centavo. Me dijeron que hacían esto..., bueno, como un servicio público.

—¡Chico! —El rostro y la voz de Calliope, incluso la manera como clavó su cucharilla en la bola de helado de *tutti-frutti*, denotaron el tremendo disgusto que sentía—. ¿Y tú te tragaste eso? ¿Nadie te ha hablado nunca de las arañas y de las moscas? Este asunto tiene todo el aire de una operación comercial. Seguro que te lo dan gratis la primera vez, muy barato la segunda y hasta puede que la tercera. Luego, cuando ya no puedes pasarte sin ello y vas a suplicarles de rodillas, empiezan a apretarte las tuercas. Es el sistema, nene.

—Pero esos tipos no son parte del sistema. Precisamente vienen de fuera de él. —Se detuvo un instante y luego añadió con acento muy manso, mientras se ponía en pie y se apoyaba contra la barra de madera—: Son

diferentes.

—Tú eres diferente. Yo soy diferente. Pero no puede haber más diferencia que ésa.

Negro, blanco, macho, hembra... ¿No eran diferencias suficientes para todo el mundo?

—¿Qué importa? —dijo Gherkin, impaciente—. Son gente estupenda. ¡Todo lo que hacen es estupendo!

Pero la verdad es que la cosa no había comenzado de manera tan sencilla. En realidad lo había hecho de modo bastante feo, y él mismo pensó, todo lo que era capaz de pensar en aquellos momentos, que iba a ser uno de esos horribles viajes de los que se oye hablar pero que nunca cree que puedan ocurrirle a uno mismo, tan estable y tan bien equilibrado.

La muchacha le inquirió para que le dijese exactamente cómo había ingerido aquello, pero él no podía recordarlo. Sabía tan sólo que no se lo había tragado, ni inyectado, ni fumado.

—Tal vez era una especie de gas. Recuerdo que sentí un olor muy extraño cuando estaba a punto de acabarse, pero me dijeron que era aire puro y que no podía reconocerlo porque nunca había tenido la ocasión de olerlo antes.

Fuese lo que fuere aquello que le habían administrado le puso enfermo, verdaderamente enfermo; igual que si se hubiese mareado en alta mar. Y luego había sido cada vez peor y peor, irradiando desde el fondo de su estómago hacia sus extremidades, hasta que sus dedos y su cabeza estuvieron palpitantes y temblorosos. Después, lenta pero inexorablemente, fue como si comenzase a volverse de dentro afuera, en una agonía que se desarrollaba paso a paso, como si él mismo estuviese parado a cierta distancia de sí, viendo... no, mejor aún, observando su propia reversión. Los intestinos empezaron a enroscársele alrededor del cuerpo como un montón de serpientes, apretando, apretando cada vez con más fuerza, comprimiendo lo poco que quedaba de él en una pequeña bola oscura, en cuyo interior el cerebro gritaba de espanto hasta hundirse en la nada y perder el sentido.

Cuando recobró el conocimiento se encontró con que le habían vuelto a... recomponer, no solamente en otro lugar, sino en otro ambiente.

—Parecía un mundo distinto.

—Quieres decir como el mago de Oz en la Tierra Imposible, al otro lado del espejo. ¿Una cosa así?

Él vaciló un momento; luego dijo:

—Sí.

Aceptar esta descripción era más fácil que tratar de definirla él mismo. A continuación intentó dar los detalles. Había visto colores que no eran parte del espectro que conocía..., oído sonidos que eran..., bueno, no tenía palabras para describirlos. Pero la peor parte estaba terminada, concluida, disuelta; a partir de ese instante todo era bello.

Gherkin se expresaba vagamente, como si estuviese flotando en el aire (aquella cosa, sin duda, dejaba una estela de efectos posteriores, no importaba lo que te hubiesen dicho). Calliope le preguntó qué o quién había estado con él en aquel universo elemental del sueño, no porque tuviese mucho interés en saberlo (había oído contar alucinaciones mejores), sino porque quería ayudarle de alguna forma a volver a lo que usualmente pasaba por realidad. Después de una pausa, él dijo que había «una especie» de gente. Y entre ella una persona especial. En resumen, una chica. Pero distinta de todas las chicas que había conocido; realmente distinta: era verde.

—En verdad que estás obsesionado con esto de los colores, ¿eh, cariño? Blanco y negro no son bastante para ti, como lo son para la mayoría de la gente. ¡Necesitas tener el verde también!

—Todo el mundo allí, todo el que *pertenecía* y vivía allí, era verde —respondió un poco a la defensiva—. No quiero decir que su piel fuese realmente verde...

—Bueno, es un consuelo. Ya tenemos bastantes problemas cromáticos...

—Me refiero a que todos tenían pelambreira verde, de modo que difícilmente puedo saber de qué color era su piel.

—¿Tu niña de ese otro mundo estaba cubierta de pelo..., como un gorila? Tengo que confesar que, de ser así, sería *realmente* diferente.

Gherkin estaba molesto.

—No era como un gorila; en absoluto. Tenía una pelambreira suave y delicada, como pelusa... —Calliope hizo una mueca y él sonrió, a pesar suyo, y se corrigió diciendo que era «como plumón o como terciopelo».

—Supongo que también tenía cola.

—Pues sí, desde luego. Y eso era lo que la hacía tan hermosa. Quiero decir que no tienes idea lo excitante que puede resultar una cola cuando... — pero no terminó la frase.

—¿Estás insinuando que te acostaste con ese ser de piel verde?

Gherkin no contestó, pero por la expresión obscenamente embobada de su rostro, ella estuvo segura de que sí, y de que había sido, además, una buena escena.

—¡Eh, Callie! —explotó él de pronto—. Era sólo en mi mente, de modo que ¿qué importa? He tenido sueños parecidos antes.

Sin embargo, por la manera de hablar y por la expresión de su rostro, era seguro que nunca, ni dormido ni despierto, había encontrado ninguna chica como aquella. No es que tuviera mucha experiencia sexual, y Calliope, para su propia vergüenza, ninguna en absoluto, pero, aunque virgen todavía, estaba segura de que, tan pronto como la iniciasen un poco en la cuestión, podría ser más excitante que ninguna otra chica en el mundo entero. A veces pensaba que la razón por la que Gherkin no ensayaba con ella ningún contacto físico radicaba en que le parecía un poco ridículo hacerlo con una principiante, y a menudo se preguntaba también si no tendría quizá alguna especie de inhibición a este respecto (sobre esto ella tenía sus propias teorías). Pero lo que sentía en muchas ocasiones era que, no importa lo liberal y humanística que se mostrase con él, Gherkin continuaba sintiéndose incómodo con la cuestión de la virginidad. Si era así, podía deducirse que su alucinación de hacerlo con una chica cubierta de pelambrea significaba que estaba intentando superar el rechazo que sentía hacia ella. Claro que esto no era sino una manera de mirar las cosas, según la psicología de primer grado. No, la verdad del asunto probablemente era que sólo la consideraba como una hermana.

Por la manera como Gherkin estaba sonriendo para sus adentros, ella estaba segura de que la muchacha verde era mucho más que una mera proyección fantástica con la que había pasado un fin de semana imaginario. Podía haber, también, una explicación lógica.

—Quizá mientras estabas soñando con ese ser de pelusa verde lo hacías

realmente con una de las chicas que viajaban contigo.

—Eso es lo curioso: no había nadie más haciendo el viaje. Nadie que yo viese, por lo menos, excepto los individuos que habían montado la cosa, y tengo la impresión de que ellos no participaron. Eran más bien del tipo frío, cerebral.

Ella se alegró de encontrar una buena razón para exponer con palabras su desagrado:

—Pero eso está mal. Hacer un viaje solo es... morboso, completamente pervertido. El viaje tiene que ser una cosa en conjunto o se convierte únicamente en otra evasión; ya sabes a lo que me refiero. Los verdosos, los que estaban sólo en tu mente, no cuentan.

Gherkin dijo que, en realidad, tenían un nombre, pero lo había olvidado en el camino de regreso... Había visto otros seres alrededor, a lo lejos; seres de su misma especie, sin pelambrea y... sí, sí, eso era cierto, negros, y también blancos. En aquel momento no les había prestado mucha atención. ¿Quién iba a molestarse en mirar a seres humanos, con su escurridiza y fea piel color de rosa (o morena, o negra), que casi parecía de plástico, cuando estaban aquellos seres verdes, de suave pelaje y muchachas como..., demonios (recordemos que se le había olvidado su nombre) a las que mirar y amar?

Naturalmente, continuó antes de que Calliope pudiera interrumpirle, ya sabía que los humanos que había visto no contaban más que los verdes, a pesar de que se trataba de realidades. Debían de estar en su mente también. Pero parecía como si fuese una experiencia de grupo, de modo que era una buena escena.

Ella le dijo que había sido malo, no importa lo noble que pareciese a primera vista, porque la soledad era la raíz de todos los males, lo que conducía a la locura a los seres humanos, a la pérdida de la identidad y a toda clase de obsesiones. El instinto tribal era el único sólido que tenía el hombre, y el único que, posiblemente, podía conducirle hacia adelante.

Gherkin rogó a la muchacha que dejase de darte lecciones; hablaba como una madre y él ya tenía suficiente con la suya.

—Intenté llamarte durante el fin de semana —dijo Callie—. Había dos

conciertos y una manifestación en Central Park, y pensé que podíamos haber ido juntos, pero nadie cogió el teléfono en tu casa.

Mientras lo estaba diciendo se preguntó qué habría pasado de contestar otra persona que no fuese el mismo Gherkin, ya que nunca había tenido ocasión de llamarle hasta entonces porque casi siempre el muchacho estaba con ella. Nunca había visto a sus padres, ni él a los de Calliope, porque nadie presentaba sus padres a nadie por aquel entonces. Ni se les iniciaba en nada de lo que era verdadero y decente. Simplemente se les dejaba en su sitio, mientras que todavía hubiese uno para ellos. Ni siquiera les hacían saber los nombres reales por los que se les llamaba en la pandilla.

Sin embargo, ¿se hubiesen adaptado los dos tan bien a los cánones de la vida de tribu, de haber sido sus padres respectivos diferentes de lo que eran?

La madre de Calliope era maestra de escuela, y el padre trabajaba en la oficina de Correos. Los dos pertenecían a «las buenas causas». Su madre con más intensidad aún, debido al tipo de trabajo que realizaba. De una maestra se espera que tome parte activa en ellas si sabe lo que le conviene. Pero, en el fondo, ninguno de los dos era lo que su hija hubiese considerado como verdadero «militante». Habían trabajado muy duro para alcanzar su nivel respetable de clase media y no estaban dispuestos a renunciar a él fácilmente al simple grito de guerra del «Tío Tom». Aunque eran lo bastante astutos para no declararlo abiertamente, algunos de sus mejores amigos eran blancos, y en ocasiones se sentían un tanto incómodos con ellos.

Tanto el señor como la señora Fillmore habían nacido en Harlem antes de que la Prensa comenzase a llamarlo un *ghetto*.

—Cuando yo era muchacho la gente sólo utilizaba la palabra *ghetto* para designar un sitio donde vivían los judíos —solía decir mister Fillmore, un tanto inquieto—. Incluso se hablaba del «Ghetto Dorado», en el que vivían los judíos ricos. ¿Cómo es que repentinamente se usa para nombrar un suburbio negro?

—Fíjate en lo que te digo: la culpa es toda de ese Sammy Davis junior —decía la tía de la señora Fillmore, Ada, que, aunque era una emigrada del sur desde hacía ya más de medio siglo, se negaba a cambiar su forma de pensar bajo ningún pretexto—. Te aseguro que no tengo nada contra los judíos, pero

cuando uno ha nacido ya con una marca, ¿por qué ir en busca de otra?

Y cuando su sobrino señalaba que Sammy Davis junior parecía estar desenvolviéndose bastante bien a pesar de las dos marcas, tía Ada contestaba:

—Estos Yids siempre saben mirar para sí.

Callie había nacido en Harlem, pero ahora ella y sus padres vivían en un edificio de varios pisos, parte de un moderno proyecto para inquilinos de la clase media acomodada, situado en el West Side alto. Allí existía la integración..., en el sentido de que todo negro que pudiera permitirse pagar los precios exorbitantes de la renta y facilitar las referencias exigidas, podía alojarse en el bloque. Los Fillmore, sin embargo, empezaban a encontrar cada vez menos atractivo el vivir allí. Las paredes eran tal delgadas que podía oírse todo lo que sucedía en los apartamentos contiguos, desde aquel habitado por una familia latinoamericana, con sus bongos, hasta el otro donde estaban los italianos, con sus continuas disputas a voz en grito.

—Con tanta agua como se oye correr durante todo el día uno se imaginaría que sus niños iban a estar limpios —observaba la señora Fillmore—. ¡Pero no es así!

Otra de las cosas que la molestaban era que cada vez que asomaba las narices fuera de su propio apartamento, salía al vestíbulo del edificio o entraba en el ascensor, todos los otros inquilinos blancos tenían que hacer un esfuerzo especial para hablar con ella.

—¡Cuando es gente que no te daría ni la hora! ¿Es que no piensan que uno necesita también un poco de vida privada?

La familia de Gherkin pertenecía a la clase media desde hacía ya varias generaciones, por lo que el muchacho no se podía dar cuenta del hecho, y cuando le pinchaban un poco sobre este punto decía con aire de tolerancia:

—Después de todo, siempre ha sido la burguesía, voluntariamente o bajo presión, la que ha pagado las facturas de las revoluciones.

Los Rosenblum vivían en un bloque de casas del East Side, del que eran propietarios desde tiempo inmemorial, que no tenían nada en común ni en estilo ni en comodidades con otras de más reciente construcción. Pero esto no le preocupaba en absoluto. Lo único que parecía hacerlo era el hecho de que su padre fuese dentista. Daba la impresión de que pensase que había algo

ligeramente vergonzoso en esa antigua y noble profesión.

La madre de Gherkin no tenía ningún empleo. Había trabajado como modelo hasta quedar embarazada de su primer hijo, la hermana mayor de Gherkin, que ahora estaba casada con un doctor de brillante porvenir. Desde entonces se había quedado en la casa. El doctor Rosenblum no aprobaba que las mujeres trabajasen, a menos, que existiera una razón muy importante para ello, como, por ejemplo, ayudar a sus esposos a terminar los estudios de medicina dental.

—Ahora que Roz y yo somos mayores, mamá dedica su actividad a una gran cantidad de comités y cosas así —solía decir Gherkin con aire de disgusto; pero Calliope no veía que hubiese nada malo en ello..., ni tampoco en que la mujer no tuviese que trabajar.

A Gherkin parecía tenerle sin cuidado el que Callie le hubiese telefoneado a casa, o si le había importado ponía buen cuidado en no demostrarlo. Lo mismo habrían hecho sus padres, aunque hubiesen sabido un poco sobre ella por su voz. La gente liberal era un tanto escurridiza en este sentido.

—Me imagino que papá y mamá habían salido a deleitarse con aquella casa que van a comprar en la Avenida 70 del distrito oeste.

—¡En la Avenida 70! ¿Cómo es que no se van a Long Island como toda la demás... gente próspera?

—Dicen que dejar la ciudad sería una especie de evasión —y los dos se echaron a reír de buena gana ante la idea de que lo único en que podían pensar los padres era en esto de buscar un escape.

—Dime cómo es la casa. ¿Es de esas de piedra marrón a las que se acostumbra dividir en apartamentos, o van a ocuparla entera ellos solos?

—¿Quién puede permitirse el lujo de mantener una casa entera en Nueva York hoy día? ¡Ni siquiera en el distrito oeste! —dijo Gherkin, sin darse cuenta del énfasis satisfecho, de capitalista, que ponía en sus palabras—. Creo que hay también una ventaja en cuanto a los impuestos si la convierten en dos duplex más un agujero en la planta baja para algunos desgraciados trogloditas. Están buscando —continuó, haciendo una parodia de lo que debía ser la voz de su madre, ya que no había ninguna razón para suponer que su padre hablase en falsete— una familia con la que se lleven bien, para que

ocupe el otro duplex. Me imagino que no les importa mucho quiénes tomen la planta baja, con tal de que sean... —al llegar aquí se cruzó con la mirada de Callie— tranquilos.

—¿Cuántas habitaciones hay y cómo es el jardín? ¿No es una lástima que os veáis privados de él por el apartamento de la planta baja?

Gherkin le explicó que creía que sus padres pensaban construir un tramo de escaleras que bajase directamente del primer piso hasta el jardín, de modo que los inquilinos de la planta baja no se quedaran con ese privilegio. Aparte de esto, no sabía nada a propósito de la casa. Pero tampoco le importaba en absoluto.

—¿No tienes siquiera un poco de curiosidad? —dijo Calliope, que era constructora de nidos por temperamento. Le habría encantado poder ver la casa y discutir las innovaciones y el papel que convenía a las paredes, y dar sus ideas sobre los cuartos de baño. Hubiese querido tener el valor suficiente para pedirle a Gherkin que la dejase conocer a su madre, que se la presentase por lo menos...—. ¿Cómo es que no contestaste al teléfono? ¿Estuviste fuera durante todo el fin de semana?

—¿No has prestado atención a nada de lo que te he estado diciendo? Estaba fuera en... —se rió un poco— la tierra de los Verdes.

—¿Quieres decir que estuviste allí todo el tiempo, no sólo el viernes por la noche?

Se la quedó mirando sorprendido y dijo que le parecía haber explicado ya con toda claridad que el viaje había durado dos días y tres noches, y la manera cómo había ido.

Por alguna razón inexplicable a ella le molestó que todo fuese tan confuso, excepto el tiempo. Además, ¿dónde había estado su cuerpo físico durante todo este intervalo? ¿Simplemente tumbado allí, en alguna parte en Long Island, en medio del estupor, como él había dicho? Probablemente sobre un suelo frío, además. Había ido para reventarse el cerebro, y volvería con una pulmonía.

Cuando Gherkin le preguntó sin rodeos si quería hacer el viaje en su compañía el próximo fin de semana, ella dijo que no; pero sólo a manera de apertura, porque sabía bien que, al final, acabaría yendo, curiosa por tener la

misma experiencia que él había tenido, pero, más aún, por miedo de que, si se negaba, él se fuese con otra chica para compartir la cosa, fuera lo que fuese.

Luego, después de haber dicho ya que sí, que estaba bien, que iría, que dejase de atosigarla, él mencionó como por casualidad:

—¡Ah! El tipo que organizaba la cuestión dijo que no debía llevar a nadie que tuviera más de dieciocho años.

¿Se daba cuenta Gherkin de lo siniestra que era esta condición? Porque aunque todo el mundo sabe que después de los veintiuno se empieza a morir un poco cada año que pasa, hasta que al llegar a los treinta no se es ya más que un pelele (y esto es lo malo de lo que ocurre con el mundo actual: que son este tipo de individuos los que lo gobiernan), las leyes están hechas por los peleles y nadie que esté mezclado en cosas de verdadero significado va a añadirse deliberadamente un riesgo inútil y la posibilidad de que le metan en la cárcel.

—¿Seguro que no son una especie de brujas que están buscando una hermo-sí-si-ma virgen que sacrificar en el altar de sus lujurias inconfesables?

Él se la quedó mirando, con cierta duda, tratando de ver si detrás de la risa un tanto forzada de Callie no se ocultaba una creencia real en aquella clase de cosas, heredada de las oscuras tradiciones del vudú que le habían legado sus bárbaros antepasados.

Entonces se le ocurrió a la chica que quizá lo que mantenía a Gherkin tan separado de ella durante aquellos meses no era el hecho de que fuese negra (en realidad tostada clara; pero describirse a sí misma en la actualidad de diferente modo que «negro» era otra clase de escape, a menos, naturalmente, que uno fuese blanco), sino que no era más primitiva que cualquier muchacha corriente de dieciséis años, destruyendo así su imagen preconcebida de macho blanco sobre lo que una chica negra, incluso lo que una chica negra de alto coeficiente de inteligencia entre las no analfabetas, debía ser. Esperaba que ahora lo soltase para poderle contestar y aplastar un poco su ego, pero él pasó de puntillas sobre el tema.

—Hoy día no hay razón para suponer que una chica sea aún virgen porque no tenga dieciocho años. De todas formas, no dijeron que llevase a una chica; dijeron que llevase a un amigo, sin especificar sexo —dijo

Gherkin—. Me explicaron que los poderes creadores del hombre alcanzan... su máximo entre los diecisiete y los dieciocho años, y que luego empiezan a declinar. Supongo que lo que querían decir es que la cosa no produciría tanto efecto en gente mayor, de manera que, ¿por qué desperdiciarla? Evidentemente tiene bastante sentido.

Este era uno de los aspectos que preocupaban a Callie: había tan pocas cosas que tenían sentido que lo racional parecía inmediatamente sospechoso. Además, todo lo concerniente a este asunto le parecía bastante raro. Intentó acorralarle un poco:

—Dime, ¿cómo encontraste ese piso?

No era exactamente un piso, según dijo él. Había llamado al número de teléfono que venía en un anuncio en *La Voz del Village*; ella no encontró demasiado alivio en esto, aunque tampoco la base suficiente como para hacer alguna objeción de peso, como si, por ejemplo, lo hubiese encontrado en el *Otro Village del Este*.

—Exactamente ¿qué es lo que decía el anuncio?

—Oh, algo así como «jóvenes activos a los que les guste viajar y que deseen hacer un recorrido muy especial con todos los gastos pagados». Muy cauteloso.

—No cabe duda —convino ella, pensando, mientras hablaba, en cuál sería la mejor manera que podía encontrar para eludir su promesa.

Durante los días siguientes apenas si vio a Gherkin, porque, siendo como era una estudiante con beca y temerosa de los privilegios que aún no podía del todo atreverse a aceptar como suyos por derecho propio, sólo se unía a algunas manifestaciones durante las horas de estudio, eligiendo además, para prestarles su contribución personal, las menos ruidosas..., mientras que Gherkin hacía novillos cuando se le antojaba y acusaba a la policía a voz en grito con la furia de un joven al que sus padres costearían sin problema otro curso, caso de que le suspendiesen en los exámenes finales del que estaba haciendo. Incluso si la administración de la Facultad se ponía intransigente y lo expulsaba, sus padres ya se encargarían de arreglar el traslado a otro centro

más tolerante.

Callie tenía remordimientos por no atreverse a batallar abiertamente a su lado sobre la arena universitaria. Esta barrera se levantó, sin embargo, a media semana, cuando, después de varias redefiniciones de principios, las demostraciones de los estudiantes se polarizaron sobre la cuestión racial, los blancos de la parte alta del campus y los negros de la parte baja, mientras que su propia Asociación de Damas en Marcha (como la habían bautizado sus detractores) se dispersó fuera de la cafetería cuando la cuestión del problema alimenticio en el campus vino a imponerse sobre los otros asuntos confusos y poco definidos, o quizá confusos porque eran poco definidos, que inicialmente habían espoleado a los manifestantes.

Su corazón saltó de gozo cuando un estudiante periodista de la zona alta del campus llegó con la noticia de que la cosa había crecido de volumen hasta llegar a una confrontación activa entre los manifestantes y la policía.

Aunque Calliope confiaba sinceramente en que no le hubiese ocurrido nada grave a Gherkin, en su fuero interno ansiaba que el muchacho tuviese que pasar ante el juez a causa de la revuelta y que este retraso forzoso fuese lo bastante largo como para impedirles dar comienzo a su proyectado viaje de aquel viernes.

Sin embargo, aun concediendo un margen de verosimilitud a las declaraciones exageradas que eran el único medio por el que las minorías oprimidas podían transmitir su mensaje a través de la barrera llena de prejuicios de la prensa controlada por la clase media, la historia entera resultó tener sólo una conexión marginal con los hechos reales, y estos hechos eran que la policía había arrojado por una ventana del piso bajo al jefe del departamento de matemáticas, creyendo, por equivocación, que se trataba del presidente de la junta de estudiantes.

Después de una buena ronda de carcajadas, la manifestación del día se había disuelto en una serie poco usual de conversaciones entre los estudiantes y los agentes del orden.

Gherkin estaba intacto y deseoso de que llegara la tarde del viernes. Su deseo, Callie se daba perfecta cuenta de esto, no era tanto a causa de ella como de la maldita chica peluda con la que esperaba encontrarse de nuevo en

las verdes praderas de su mente.

—Pero ¿por qué tenemos que quedarnos *todo* el fin de semana? —preguntó Calliope con cierta tristeza mientras bajaban al Metro.

—Supongo que ése es el tiempo que tarda en... funcionar. O el que necesitamos nosotros para salir de ello —parecía un poco suspicaz—. Me imagino que les habrás contado a tus padres alguna historia como tapadera, ¿verdad? Quiero decir que no van a enviar ninguna partida en tu busca, o algo por el estilo, ¿no?

—¿Acaso crees que soy una niña? Les dije que iba a quedarme con Marjorie, y como no conocen a Marjorie creen que todo está en orden. Sólo que... no me gusta mentirles —concluyó con un hilo de voz.

Él hizo un gesto de desaprobación.

—Bueno, si son tan estrechos de mentalidad no hay otra cosa que puedas hacer más que mentirles. Básicamente es a ellos a quienes hay que culpar por obligarte a ser embustera. Es un punto negro en contra suya, no contra ti.

Punto blanco, punto rosa, punto verde... ¿Por qué tenía que decir *negro*?

—¿Qué les dices tú a los tuyos? —le pregunto—. ¿O acaso no se meten en tu vida privada?

Gherkin dejó escapar una especie de ruido de disgusto, como si se estuviese enjuagando la boca.

—Si no lo hiciesen no serían padres. Les dije que iba a pasar el fin de semana en el campo con varios compañeros, ocupado en algunos entretenimientos viriles, como, por ejemplo, matar animalejos. No me quedaba otra alternativa. Hasta que la familia, como entidad, haya sido reconstruida o eliminada por completo, la única manera de tratar con los padres es mintiéndoles.

Pero ¿para qué molestarse en mentirles, si no era para evitar que se hiriesen sus sentimientos? Y eso porque los quería. Visto de esta manera, ¿era la hipocresía, o tal vez el cariño, lo que resultaba morboso? Por su rapidez en acusar de incesto maternal a cualquiera con el que no estuviese de acuerdo, Callie había deducido que Gherkin tenía un complejo y se había entretenido, a partir de esto, haciendo hipótesis sobre la posibilidad de que la chica verde representase a su madre, en cuyo caso el pelaje y la cola debían

tener algún significado profundo que no llegaba a comprender.

—¿Acaso es el verde el color favorito de tu madre? —le preguntó...

—No —dijo él—. Pero era su apellido de soltera.

Ya estaba. Si esto no tenía un significado, Callie no sabía qué era lo que podía tenerlo.

Fueron hasta el final de la línea en Queens, donde el Metro se convertía en ferrocarril elevado, de modo que tuvieron que bajar las escaleras para salir y esto le produjo a ella una sensación tan extraña de asombro que le pareció como si ya hubiesen comenzado el viaje. Después de todo, ¿qué podía ser más singular que un Metro por el aire? Luego tomaron un autobús que fue dando tumbos durante más de media hora antes de dejarles en alguna parte que daba la impresión de estar en medio de la nada. Desde allí, le dijo Gherkin, tendrían que coger bicicletas.

—¡Bicicletas! ¿Te estás burlando de mí? En primer lugar, ¿dónde vamos a encontrar las bicicletas? Y además...

—Estarán esperándonos detrás de aquel cobertizo —dijo Gherkin.

Y así era. Dos «Schwinn» de carreras, con aspecto muy nuevo y brillante, apoyadas contra la pared, y ni un alma a la vista.

Callie se dijo que debía ser un vecindario muy honrado el que vivía por allí, aunque no sin cierto resentimiento.

Titubeó un instante antes de subirse a la suya. Tenía miedo en su mente, en su cuerpo, incluso en su virginidad, que de pronto le parecía preciosa. Nunca hasta entonces había subido a una bicicleta. Ni nunca había tenido deseos de hacerlo.

—Es una suerte que no lleves falda, porque las dos son bicicletas de chico.

—Ya sabes que, prácticamente, nunca llevo falda.

—Bueno, ¿qué es lo que estás esperando?

Vio que no iba a ayudarla. Se montó como pudo.

—¿Estás seguro de que sabes el camino? —preguntó mientras descendían la calle, con su bicicleta a la altura de la de Gherkin, pero haciendo algunas

eses. Por suerte había poco tráfico—. Lo único que nos faltaría para tener una noche completa sería perdernos por aquí.

—En realidad no conozco el camino. Pero estas bicicletas nos llevarán solas.

—Anda, no digas tonterías; ya tengo bastante, ¿comprendes lo que quiero decir? Si no quieres contarme tus pequeños secretos, está bien, pero no elijas un momento como éste, en que me voy jugando la vida, para tomarme el pelo.

Lo curioso era, sin embargo, que aunque iba pedaleando con todas sus fuerzas no llegaba a dominar la máquina por completo. Al principio lo atribuyó a la falta de familiaridad con el artefacto. Luego, en una ocasión en que Gherkin dobló una curva, y ella, abstraída con lo que iban diciendo, no se preocupó de virar, le pareció como si su bicicleta doblase por sí sola tras la del muchacho. Pero esto debía de ser sólo su imaginación; probablemente en su subconsciente había ido siguiendo a Gherkin todo el tiempo.

Bicicletas y ciclistas se detuvieron frente a un gran almacén, la clase de construcción indescriptible que los gánsters de las películas utilizan como disimulo para sus escondrijos. Había un gato sentado fuera, mirándoles. Un enorme gato macho de pelo rojizo con un collar de oro alrededor del cuello. El collar estaba engarzado en piedras verdes. Les miró aún un momento y, luego, se dio la vuelta y entró trotando en el edificio. Calliope tuvo la extraña sensación de que se les había adelantado para anunciar su llegada.

Mientras estaban apoyando las bicicletas con todo cuidado contra la pared de ladrillos del bloque, salió un hombre a su encuentro para conducirles al interior. Era un tipo pelirrojo, de rostro triangular, ojos verdes, y la piel tan blanca que parecía como si le hubiesen remojado en lejía. Iba vestido con algo que era como un intermedio entre el equipo de un buceador y el traje de un astronauta, muy ceñido al cuerpo. Todo ello en color gris perla, muy extravagante y probablemente muy caro. Cuanto había en el interior de la construcción daba la impresión de ser muy valioso, estéril y funcional hasta la ostentación, y (Gherkin tenía razón en esto) parecía mucho más un laboratorio que una vivienda. Sería demasiado ridículo que hubiesen venido a caer en la guarida de algún científico loco, como los de las novelas de ciencia

ficción, pensó Callie.

Había pensado en hacer toda clase de preguntas, pero, una vez allí, estaba dejándose conducir, sin saber cómo, hacia algo de aspecto tan siniestro como un sillón de dentista (¿quizá una imagen caída del subconsciente de Gherkin?) antes de tener tiempo siquiera de abrir la boca. Todo era sumamente rápido..., excepto que no lo parecía en absoluto. Le daba la impresión de que el tiempo había disminuido su marcha para ella, mientras que el gato se movía en torno suyo a velocidad normal. De todas formas pensó que habría alguna clase de formalidades, algún cambio de nombres, aunque fuesen falsos; algo, en fin, a manera de transición o de introducción convencional.

—Pero ¿qué es todo esto? —preguntó al fin, mientras el hombre se afanaba con una serie de palancas y manivelas sobre un aparato que parecía un computador o un panel de control gigantesco; algo terriblemente tecnológico, fuera lo que fuese.

—Seguro que tu amigo te lo ha dicho ya —contestó el hombre. Tenía un ligero acento extranjero.

—Me contó cosas pero no me dijo nada que fuese realmente significativo sobre la experiencia. No me explicó...

—Porque yo tampoco lo entendí del todo —dijo Gherkin desde algo parecido a... un cubículo cercano, donde le estaban instalando sobre otra especie de sillón de dentista similar al suyo. El que lo hacía era un hombre de pelo negro, vestido con un traje de vinil ajustado, también negro, y zapatos de tenis blancos. Al igual que el primero, tenía los ojos verdes y la piel muy blanca.

—Era mejor dejarle que él mismo interpretase su propia experiencia —dijo el hombre de pelo rojo—. Es la línea más sólida de pensamiento, sobre todo teniendo en cuenta que vuestros medios de comunicación...

—Yo no soy..., ¡eh! —gritó Calliope de pronto—. ¡Pare eso, me oye! Nadie dijo nada de que tenían que atarnos. Me niego en absoluto...

—Te aseguro que es necesario —dijo el hombre, y apretó las hebillas de las correas—. Disminuye las primeras molestias del viaje. De otra forma podrías caerte.

—¡Déjeme salir de aquí en seguida o gritaré hasta que se vengán abajo las paredes...! —empezó a decir Calliope. Pero se dio cuenta de pronto de que el hombre ya no estaba allí. Al menos, cerca de ella. Pudo ver que se había metido en otro cubículo y que se estaba atando él mismo a su sillón, lo que también hacía el otro tipo, el vestido de negro con zapatos blancos. Y era curioso que lo viera porque las paredes de su propio cubículo y las de los otros eran opacas. Fue entonces cuando se dio cuenta de que en algún instante que no podía precisar había empezado ya su viaje por el espacio. Entendió en aquel momento por qué Gherkin no pudo explicarle cómo le habían administrado la cosa aquella.

El edificio entero pareció estremecerse. Luego hubo una sensación bien clara de movimiento, un olor raro y una gran fuerza que parecía comprimiría contra su asiento. El tipo de pelo rojo no le había advertido sobre nada de aquello.

—Tranquilízate —le gritó desde lejos— y así encontrarás el despegue más fácil. Trata de respirar normalmente.

Pero ¿cómo era posible que respirase normalmente cuando nada era normal en torno a ella, cuando aquella presión extraña parecía aplastarla como si fuese una lámina y cuando al mismo tiempo alguien, en alguna parte, había empezado a tocar algo de aquella horrible música moderna que aun en mejores circunstancias acababa por dar dolor de cabeza, sobre todo si se esta obligado a fingir que te gusta? Ahora, sin embargo, la cortesía estaba de sobra, en el momento en que se está intentando cumplir la amenaza de gritar con todas las fuerzas, sabiendo, al mismo tiempo, que nadie lo va a escuchar en medio de aquel estrépito infernal, a través de las paredes del tiempo, del espacio y de la apatía.

Además, no eran sus propios gritos los que vibraban en su cabeza, sino los de Gherkin. Probablemente estaba volviéndose de dentro afuera otra vez.

«Si alguna vez conseguimos salir de este maldito viaje —pensó mientras algo la cortaba en pedacitos con golpes, largos y regulares— voy a ser yo la que de verdad le vuelva de dentro afuera.»

Por fin se desvaneció, y cuando recobró el conocimiento se halló en un lugar que parecía exactamente el mundo que Gherkin le había descrito. Frente a ella había una chica verde, cubierta de pelo, mirándola fijamente con una mezcla de perplejidad y diversión; aunque cómo pudo Calliope juzgar esto es más de lo que hubiese podido explicar, ya que la cara de la otra estaba totalmente desprovista de expresión. Aquella chica verde no era humana ni mucho menos, aunque sí era, de una manera definitiva y envidiable, un mamífero.

Al principio, Callie pensó que debía de ser la misma chica de la que había hablado Gherkin. Luego se dijo, irritada, que no era posible. Aquél era su sueño propio, no el de Gherkin. Pero ¿por qué tenía ella que soñar con una chica, y especialmente una chica con aspecto de gorila, con pechos como melones? ¡Haber estado preguntándose si Gherkin tendría algún problema y mira con lo que soñaba ella ahora!

La chica verde habló, y dijo:

—¡Oh, diablos, caramba, demonios! Alguien ha gastado aquí una buena broma —pero lo dijo sin mover los labios. Hablaba y sus labios permanecían inmóviles.

—Telepatía. Es así como llego a entender lo que me dices, ¿no es eso? —le preguntó Callie, alerta.

La chica verde pareció sonreír, excepto que no lo hizo, y dijo, de nuevo sin mover los labios:

—Bastante cerca de ello; o por lo menos tan cerca como tú puedes llegar con tu... —hubo una especie de pausa confusa en el cerebro de Callie— con tu limitada capacidad de comunicación. Lo que pasa es que aquí hay algo terriblemente equivocado. Nena, tú no eres en absoluto la que debías estar en esta escena.

—Ni siquiera tenemos la misma oportunidad en los sueños —murmuró Callie, casi para sí misma.

Los ojos de la chica verde se abrieron, sin lugar a dudas.

—Pero ¿por qué tiene que preocuparos tanto el color entre todas las

cosas? Confieso que yendo desnudos como vais, y pelados... —hizo un gesto inconfundible de repulsión— es un poco difícil de aceptar, pero me imagino que, de todas formas, podríais hacerlo.

—Bueno, yo no iría desnuda si alguien no me hubiese despojado de mis trapos —contestó Callie con bastante sentido común.

—Se los llevaron para desinfectarlos. Te los darán otra vez cuando llegue el momento de la inspección para la salida. Una precaución sanitaria imprescindible. Siento que tengas que mostrarte así, en carne viva, pero las reglas son las reglas. —Luego añadió, pensativa—: Resulta difícil pensar en una forma inteligente de vida, aunque sea del tipo primitivo, sin pelo, o por lo menos sin plumas; pero los... —trató de hallar la palabra exacta— los exploradores... dicen que tenéis un potencial de pensamiento casi tan bueno como el nuestro. Dime, ¿es que ocurrió alguna especie de catástrofe en vuestro planeta? ¿Alguna epidemia? ¿Acaso se trató de un fuego?

—No, que yo sepa. Siempre hemos sido así.

—Naturalmente, tenéis que cubriros con algo para ocultar vuestras deficiencias. Eso quiere decir que no estáis por completo exentos de sensibilidad. En realidad son esas cubiertas vuestras las que iniciaron toda la confusión. Los exploradores dicen que, en vuestro planeta, los diferentes sexos llevan cubiertas diferentes y que los machos tienen una cresta de pelo más corta que la de las hembras. Ya dije a todo el mundo que los exploradores no eran tan inteligentes como pretendían, pero me contestaron que teníamos que hacerles caso. Ellos lo sabían todo y serían quienes nos salvarían —al llegar aquí su mente hizo una especie de chasquido despectivo.

—Bueno, es cierto que los tipos convencionales llevan el pelo de manera diferente y también vestidos distintos, de modo que, en general, no estaban equivocados. No es culpa de..., ¿cómo los has llamado?, los exploradores. No se puede esperar que los extranjeros estén al corriente de todo cuando prácticamente los que tienen más de veinticinco años no saben nada de nada. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Necesitábamos gente joven —dijo la chica verde, después de una pausa—. Los exploradores dijeron que vuestros machos están en sus mejores condiciones reproductivas entre lo que vosotros contáis como diecisiete y

dieciocho años. Después de ese tiempo su fertilidad empieza a declinar, y fertilidad es precisamente lo que nosotros buscamos.

La luz se hizo en Calliope como si una bombilla cósmica se hubiese encendido sobre su cabeza.

—¡Ah! Por eso queríais machos. Para que os sirviesen de sementales. Siento que yo haya salido del sexo equivocado.

—No fue culpa tuya —dijo la chica verde con igual cortesía—. Los exploradores debían haber tenido más cuidado.

—Debe ser bastante duro para vosotras, sintiendo como sentís respecto a nosotros, tener que... hacerlo de esta manera. Pero, naturalmente, no os queda otro remedio, o el proyecto no se hubiese desarrollado nunca.

—La idea es... repulsiva —dijo la chica verde.

En la mente de Callie era mucho más repulsiva. Pensó que cuando aquellos seres verdes iban por ello, no habría nada que los detuviese.

—Pero es la única posibilidad que tenemos de conservar nuestra raza. No nos queda otra solución que sacrificarnos —continuó diciendo la chica verde.

¡Esto sí que podía llamarse entrega total a una causa! Callie se quedó observando a la muchacha y se preguntó si sería capaz de hacerlo también con un orangután, caso de que el bien común así lo exigiese.

—Pero, una cosa: ¿tú crees que dará resultado? Mi especialidad no son las ciencias biológicas, pero no hay duda de que nuestras dos razas son totalmente diferentes.

—Los exploradores han estado buscando todas las formas posibles de vida que se nos pareciesen un poco, aunque fuera remotamente, y trayéndonoslas hasta aquí —dijo la chica verde con cierto desdén—. Ninguno de los que se nos parecían dio resultado, y ahora están rebañando verdaderamente hasta el fondo del barril. ¿Sabes?, lo que ocurre con nuestros machos es que parecen haber perdido su fertilidad. No ha nacido aquí un niño desde hace..., ¡ub!

La expresión parecía indicar un espacio de tiempo bastante considerable, y en esto había que tener aún en cuenta que ellos vivían mucho más tiempo que los seres humanos. Sin embargo, no eran inmortales, ni mucho menos, y hasta que llegaron los exploradores, dedicados por entero a la tarea de ver si

podían preservar las razas superiores, parecía como si la suya estuviese destinada a desaparecer.

Los exploradores, como Callie había ya supuesto, eran los tipos que les habían facilitado a Gherkin y a ella, aquel viaje. Pertenecían, según explicó la chica verde, a una raza de hacedores del bien que circulaban por las galaxias, llevando ayuda y consuelo, tanto dentro como fuera de la ley, a las razas menores, con su consentimiento o sin él.

Al principio las gentes verdes se alegraron de recibirlos y sintieron renacer una cierta esperanza, pero más adelante muchos, entre ellos la chica verde, empezaron a pensar que sería preferible aceptar la idea de que su raza tenía que extinguirse. Sobre todo si los cruces acaban por dar como resultado crías semejantes a..., algunas de las especies que nos han traído. Ellos aseguran, sin embargo, que nuestros caracteres serán los dominantes, de modo que vale la pena probar. De todas formas, es todo tan horrible que a veces pienso que se trata de una pesadilla. Que un día me despertaré y descubriré que no ha sucedido.

—Pero es todo un... —comenzó a decir Calliope, y se interrumpió para no herir los sentimientos de aquella ilusión—. Comprendo cómo debes sentirte.

La chica pareció molesta.

—Perdóname, pero no puedes tener ni la más remota idea de cómo nos sentimos. ¡Oh! Estoy segura de que lo dices de buena fe, pero eres tan diferente a nosotros que no puedes ni empezar a entendernos, y mucho menos a identificarnos. Tienes una experiencia de la vida tan diferente...

Algunas gentes..., algunas criaturas, pensaban de sí mismas que eran tan especiales... Pero Calliope no estaba dispuesta a discutir con una creación de su propia mente.

—Me parece que lo mejor será que me vuelva a casa, ya que no estoy desempeñando aquí ningún papel que tenga significado alguno.

—Me temo que eso no va a ser posible. La astronave no está programada para partir hasta... lo que corresponde a vuestro domingo por la noche. Me parece que tendrás que quedarte durante todo el fin de semana.

«¡La astronave!», pensó Callie.

—¿La astronave?

Pero todo este suceso no era más que un sueño, una alucinación, un *viaje*... Naturalmente que la astronave encajaba perfectamente con esta parte del sueño.

«Demonios, *sí* que estoy aún poco madura. Primero la astronave; lo siguiente va a ser sin duda Santa Claus, completo con su trineo y sus renos.»

La sonrisa inmóvil de la chica verde se trataba más bien de una mueca de burla. Si era tan lista como parecía creerse, debía saber que no era real. Pero, naturalmente, no iba a admitirlo. A nadie le gusta admitir que es sólo una invención, y menos aún una invención de alguien a quien desprecia.

—Ya que eres nuestra invitada puedes ir fijándote en las vistas... — aunque la frase que proyectó era más bien algo así como: «Puedes ir dándote cuenta del ambiente tanto como te lo permitan tus reducidas facultades mentales.»

Diciendo esto condujo a Callie desde el lugar indeterminado, casi subjetivo, donde habían estado sosteniendo su charla mental, hasta alguna parte en el exterior, aunque tal vez era así, solamente, como lo percibieron las «reducidas facultades mentales» de Callie.

El aire tenía un extraño olor pungente. Quizá era allí donde Gherkin había tenido la primera sensación de aire fresco. No, esto había sido, era una vez más, el olor de la droga pasando a través de la alucinación para recordarle que nada de aquello era real..., que el chico de pelaje verde que estaba apoyado perezosamente contra el tronco de un árbol tocando un extraño instrumento, de cuerda mientras entonaba, con los labios inmóviles, una canción melancólica referente a alguna emoción indefinible que desde luego no era amor, no era tampoco, desgraciadamente, más que un producto de su propia imaginación.

—Aquí hay un pequeño regalo para ti, bola de carne —dijo la chica con tono burlón y con una actitud de familiaridad sin afecto que, para la mente terrestre, sólo podía interpretarse como la manera de hablar de un matrimonio —. Parece que hubo un error en el cargamento. Pero nuestra pérdida puede ser tu ganancia.

Ignorando a su forma similar de vida, el muchacho miró a Calliope. Tenía

el pelaje verde, una cola, y parecía humanoide, pero con rasgos bastante inhumanos. Era la criatura más hermosa que ella había visto nunca y por un momento sintió una vergüenza enorme de su piel lampiña, viéndose a sí misma como él debía verla sin duda: sin pelaje, desnuda, primitiva y, quizá, incluso bestial. Nunca hasta entonces se había rebajado con el solo objeto de complacer a un macho, pero, a medida que una tierna emoción la envolvía (de una forma que... no había experimentado nunca, ahora se daba cuenta de ello), su feminismo se disolvió en pura feminidad y trató de parecer lo más atractiva y lo más dulce posible.

Le llegaron entonces las primeras ondas mentales del muchacho verde, envolventes e impregnadas de deseos, y estuvo segura de que la sentía como algo más que como un juguete. La alucinación fue transformándose en el sueño de un sueño, y, a medida que sucedía, ella perdió toda su identidad concreta, negra, humana, hembra, para dejarse sumergir en la suya.

¡Oh! ¡Cómo le explicó a Gherkin después!

—Nos derretimos a la primera mirada.

Los dos estaban en el Metro, empezando a recuperarse del estado seminebuloso en que los había dejado el viaje, y tan absortos aún que apenas si podían recordar su llegada al almacén ni su partida de allí, al regreso.

Medio en sueños todavía habían montado en las bicicletas, y, un poco más despiertos, subieron al autobús. Era sólo entonces, en el Metro, cuando empezaban a recuperar la conciencia plena de sí mismos.

—Nunca me he entusiasmado tanto con nadie como con él —dijo Calliope.

La cosa debía haber sido, pensó Gherkin, muy semejante a su propia experiencia anterior. Algo como... «¡Uauh!» Callie lanzó una risita muy especial.

—Claro que... me doy cuenta de que todo ello no ha sido más que una alucinación, pero se trató realmente de algo fuera de lo normal; tú lo comprendes.

Se apretó contra él para hacer aún más obvio su pensamiento. Gherkin no

contestó. Y los antiguos complejos que el sueño había embotado durante aquellos días volvieron a apoderarse de su mente. Callie se dio cuenta de algo y le dijo:

—¿Qué es lo que te preocupa? ¿Tienes miedo de que alguien nos linche por ser una mezcla en lugar de una combinación?

—Deja de proyectar sobre mí tu hostilidad —dijo él, pensativo—. Lo que me parece extraordinario es que los dos tuviéramos la misma clase de visiones.

—Bueno, me imagino que ocurre algo así con el hipnotismo de la misa o con el subconsciente colectivo si uno pudiera ir a misa o formar una colectividad de sólo dos personas. Me vengo a referir a que me contaste tanto sobre tu primer viaje que llegó un momento en que casi fue real para mí, de modo que llegué a imaginar que estaba en el mismo lugar y teniendo el mismo tipo de experiencia. Quizá incluso, mientras viajábamos por la alucinación, podíamos comunicarnos de alguna forma, de manera que nuestras mentes se cruzaban y se fundían en idéntica visión. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Si era realmente la misma visión, ¿cómo es que a mí no me dijeron nada de eso de la raza que estaba a punto de extinguirse y de cómo nos necesitaban a nosotros, los machos, para que les diésemos una inyección... en alguna parte? A mí me lo ocultaron, ¿y sabes por qué? No querían que supiese que me estaban usando como... semental —terminó diciendo, no sin encontrar un placer mórbido en aquella noble imagen de sí mismo en la forma de un pura sangre de larga crin.

Ella le miró, incrédula. Le cogió por el brazo y le sacudió un poco.

—Gherkin, te estás cayendo del árbol. La historia entera no es sino una alucinación, un *S-U-E-Ñ-O*. Nadie ha estado ocultándote nada. Lo que yo he soñado no ha sido sino una variación de tu tema. La gente verde, el lugar verde, estaban sólo en nuestras mentes. —Y como el rostro de Gherkin continuó cerrado y silencioso, con la resuelta obstinación de una mula, añadió —: Está bien, ya que te empeñas y tienes que reducirlo todo a lógica terrena, ¿cómo es que podías respirar su aire y beber de su agua?

—¿Quieres decirme que fuiste tan cándida como para beber de su agua

sin hervirla primero? ¿Es posible que fueses tan descuidada, aunque sólo se tratase de un sueño? Yo me aseguré de que... —se interrumpió, y luego, gracias a Dios, rompió en una carcajada; ella sintió un gran alivio y pensó: «Está bien ahora; todo va a estar bien ahora»—. Supongo que algunas de las piezas no encajaban perfectamente en su sitio —dijo Gherkin, cuando terminó de reírse—. Pero ya está todo en orden —añadió con cierto esfuerzo—. Me imagino que estoy un poco irritado porque esta vez no soñé con la misma chica verde del primer viaje. Era otra. Parecía la misma y ella aseguraba que sí que lo era, pero yo sé que no es cierto. Esta vez no había comunicación, no nos fundimos el uno en el otro. ¿Por qué tenía que soñar una cosa así?

Ella se quedó cortada. No había pensado que él pudiese reconocer la diferencia a primera vista, ni que la diferencia pudiera ser tan grande. Pero después se consoló con la idea de que la realidad era más importante que ningún sueño. ¿Sería Gherkin capaz de igualar al muchacho verde? Trató de imaginarle con pelambreira alrededor de sus rasgos blancos, un poco salpicados de granos, de adolescente. Era difícil, pero, andando el tiempo..., tal vez pudiera convencerle para que se dejase la barba. Y, al pensar en ello, el concepto de pelo adquirió de pronto un nuevo significado. Además, *pubescente* quería decir velloso, ¿no es cierto? Ahora ya no era tan absurdo. Podría, estaba segura de que podría..., los dos podrían.

Con la voz más suave y acariciante que pudo encontrar le dijo:

—Tú pensaste que soñabas con una chica diferente porque esta vez *había* en realidad una chica diferente. Una chica real, es decir, yo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—¡No, no lo sé!

Hizo un esfuerzo para no estallar:

—Escucha. Yo he hecho definitivamente el amor con *alguien*. Y allí no había nadie más que tú y yo, si dejamos a un lado a esos tipos, que no creo que...

Él tuvo que estar de acuerdo en esto.

—No, los tipos desde luego que no. Son..., son inhumanos.

—Como marionetas.

Gherkin intentó sugerir:

—Quizá sólo te imaginaste que lo hacías.

—No, sobre esa parte no hay duda. Créeme que sé que fue así. Y fue magnífico —le miró con cariño—. Lo que siento es que no pude venir contigo en el primer viaje.

Él tragó saliva, esforzándose por aceptar lo que la razón le decía que tenía que ser cierto, a menos que estuviese dispuesto a creer que lo suyo fue también una embriaguez, y nada más.

—Si realmente sucedió fue porque así estaba preparado. Mis sentimientos hacia ti no tienen nada que ver con ellos. Me refiero a que lo que yo sentí, lo que tú sentiste, no tiene nada que ver con la realidad objetiva, aunque lo que sucedió tuviese alguna base cierta —estalló Gherkin—. Pero, por todos los diablos, si tú tienes razón en lo que piensas, ¿con quién lo hice yo la primera vez? Entonces no había allí ninguna chica conmigo.

¿Por qué no decirle ahora que la primera chica verde había sido sólo una versión simbólica de su hermosa madre, ex modelo? Mejor guardar esto para otra ocasión, en alguna disputa. De modo que lo único que dijo, con mucho tacto, fue:

—Tiene que haber sido pura ilusión. Por eso es por lo que te pareció que era tan extraordinariamente bueno.

Cuando regresaron a sus respectivas casas aquella noche, sus padres y los boletines de la televisión estaban cargados de noticias, deformadas, como de costumbre, después de pasar por el filtro del punto de vista oficial. En el campus de la universidad se había llevado a cabo una confrontación que dio por resultado la suspensión de las clases por tiempo indefinido, hasta que los estudiantes de la Facultad de Ciencias Divinas soltasen al decano, que de momento conservaban en calidad de rehén hasta que sus demandas fuesen satisfechas.

—Escucha lo que voy a decirte —le amonestó la señora Fillmore—. No quiero que te acerques al campus hasta que se haya marchado la policía, porque tú, especialmente, eres de lo más vulnerable. A una chica blanca no se

atreverían a tocarla, pero a ti no vacilarán en darte un golpe.

—También dan golpes a las chicas blancas, mamá. He visto las marcas muchas veces.

Su madre le dirigió una mirada tolerante, que quería decir: «Yo sé lo que hablo mucho mejor que tú.».

—Y no debes tampoco unirme a ninguna manifestación, ¿me oyes? Ni siquiera acercarte a prestarle tu apoyo moral. Ya sé que es importante participar de una manera completa en la experiencia universitaria, pero no en el caso de que vaya a costarle una herida a mi hijita. Será mejor que pases los próximos días en la biblioteca pública, estudiando un poco en serio.

Pero ésta no era la idea de Calliope. En cuanto supo que no iba a haber clases empezó a preparar otros planes muy distintos. Su energía tomó un rumbo más clásico que el puramente académico o de activismo político. Lo primero que hizo fue telefonar a Marjorie, la licenciada con la que había dicho que pasaría el fin de semana, para enterarse con detalle sobre cuanto había sucedido. Sin embargo, Marjorie estaba preocupada en aquellos momentos con otros problemas personales de tipo muy diferente, y aprovechó esta suspensión de clases como un regalo llovido del cielo para ir a Puerto Rico a abortar, ya que recientemente había descubierto que se encontraba en una situación bastante delicada, sobre todo para una licenciada en economía doméstica. Aunque no tenía inconveniente ninguno, al contrario, estaba encantada de ello, en que Calliope usase su piso mientras ella estaba fuera, e incluso después de su regreso, ya que las actividades de grupo no sólo eran humanísticas en esencia, sino que significaban, además, tener siempre a alguien presente para recordar que no se debía contribuir a agravar el ya serio problema del aumento de población, aconsejó a Callie que tuviese especial cuidado para no encontrarse en el mismo predicamento que ella. Sin embargo, ésta era una de las cosas en todo el caleidoscopio de la experiencia sexual a la que Callie no tenía miedo alguno. Desde que cumplió los quince años había estado tomando la píldora, con una esperanza que nunca hasta entonces había sido puesta a prueba, ni siquiera una vez.

Convenció a Gherkin para que abandonase su puesto en la demostración del campus, y juntos se fueron al piso de Marjorie para experimentar

mutuamente por primera vez la comunión física de sus seres. Aunque ninguno de los dos quiso admitirlo al principio, no fue, ni con mucho, tan buena como esperaban. Todo el encanto y todo el *¡Uauh!*, había estado en la droga o en el gas o en lo que quiera que fuese. Aquello lo era todo. Y ellos por sí mismos... eran nada. O así les pareció entonces.

—No es raro que puedan permitirse el lujo de darlo gratis las primeras veces —se lamentó Callie—. Cualquiera que lo haya probado, repite.

—Sí, desde luego —confirmó Gherkin.

Había un temor oculto en ella, más que en él, ya que, a pesar de la continua charla sobre drogas como parte necesaria de la experiencia humana completa, nunca había tenido que codearse en la calle con adictos verdaderos. Lo que la muchacha temía interiormente era que de aquel momento en adelante no iba a ser capaz de alcanzar aquella ridícula entelequia..., éxtasis..., como quiera llamársele, de la que se acordaba muy bien sin ayuda de los narcóticos. Y esto era lo más grave de todo. Que uno se sentía ya como un inválido desde el principio. Así que, cuando Gherkin volvió a sus actividades académicas y se unió nuevamente a las fuerzas de ocupación que virtualmente tenían ya bajo su control absoluto la parte alta del campus, ella se fue en busca de Dave Kikipu, líder de la Liga de Estudiantes Africanos, y como todos los líderes del movimiento de protesta una personalidad dentro del campus (los atletas no contaban ya en aquellos días), además de, según las coeducandas negras y blancas, «graduado en sexo» tanto como en ciencias, que era la disciplina que estaba estudiando. Su último objetivo era llegar a ser maestro de escuela y, desde este puesto, ayudar al desarrollo de las mentes jóvenes.

Calliope era una de aquellas a las que desde hacía ya algún tiempo, Dave pretendía salvar del holocausto, ya que ir de modo continuo con un blanco era un pecado imperdonable para una chica negra. Así delegó sus poderes de protesta, por una tarde, en manos de un subordinado y se fue al piso de Marjorie con Calliope.

—Me alegra saber que estás recuperando tu identidad negra y que no tienes ya nada que ver con aquel maldito racista blanco —le dijo a la muchacha.

No había en ello ningún sentimiento personal contra Gherkin. Se trataba tan sólo de una cuestión básica de principios. Tras esta observación, se dedicaron a cuestiones más personales entre ambos.

Dave era mayor que Gherkin, tenía más experiencia que Gherkin y estaba mejor dotado de lo que Gherkin, seguramente, llegaría a estar nunca.

En su compañía Calliope llegó a alcanzar, hasta cierto punto, lo que en otras circunstancias pudiera considerarse como placer. Pero aún no era nada como ¡*Uauh!* No lo sería nunca más, estaba convencida de ello, a menos que la ayudasen aquellos tipos, los exploradores, o como quiera que uno llamase a los espectros o semidiosas que habían actuado de intermediarios entre ella y el cielo.

—¡Ahora ya sabes lo que significa el *Poder Negro!* —le dijo Dave al marcharse. Pero era con el *Poder Verde* con lo que ella soñaba.

Le daba ya igual si su mente estallaba por todo el universo y sus cromosomas quedaban marcados para siempre. *Tenía* que conseguir más de aquella cosa. Le costó bastante trabajo, sin embargo, persuadir a Gherkin para que fuese con ella a Long Island el siguiente viernes por la tarde. Al fin acabó por confesarle que ya que lo que él quería revivir era su primera experiencia, y no la segunda, creía que ella iba a ser un inconveniente. Pero presión y chantaje bien manejados consiguieron que el muchacho aceptase llevarla con él.

Sin embargo, cuando llegaron al final de la línea del autobús y miraron detrás del cobertizo, se encontraron con que las bicicletas no estaban allí.

—Quizá hay otros que las están usando —dijo Gherkin, y los dos recordaron con cierta aprensión que al terminar el viaje anterior nadie les había invitado a volver. O, por lo menos, ninguno de los dos podía recordarlo.

Bueno, aunque no los hubiesen invitado tenían que hacer un intento por recobrar el Nirvana, de modo que alquilaron un par de bicicletas en un garaje próximo y durante los días siguientes estuvieron recorriendo todo el terreno entre Queens y Nassau, extendiendo al final su búsqueda hasta casi la línea

comarcal de Suffolk.

Long Island es bastante grande y está llena de almacenes por todos sitios, pero, por mucho esfuerzo que pusieron, les fue imposible encontrar el que andaban buscando. Como último y desesperado intento llamaron al número de teléfono aparecido en el anuncio y a través del cual Gherkin había establecido el primer contacto; pero una voz neutra, grabada en cinta magnetofónica, les informó de que ya no funcionaba.

Llamaron a *La Voz del Village* y allí les dijeron con cierto despego que no les era posible dar información alguna referente a sus anunciantes.

A partir de aquí renunciaron a lo racional, y con gusto hubiesen recurrido a no importa qué medios mágicos de haber estado en su mano hacerlo. A falta de lo que buscaban realmente lo ensayaron todo, desde la marihuana (de la verdadera, esta vez) hasta el ácido, pasando por los estimulantes y hasta por un extraño producto que los chicos que trabajaban en el laboratorio de química habían conseguido obtener en una ocasión, después de muchas pruebas y experimentos, a lo largo de toda una noche de vela, y del que aseguraban que era capaz de hacerles volar por las nubes.

Nada. No sólo fracasaron en todos estos intentos, sino que ni siquiera les produjeron efecto alguno. Llegaron incluso a pensar si les estaban engañando de nuevo en todas partes como les había ocurrido con aquella experiencia del «diente de gato», pero sus compañeros en las reuniones (éstos eran viajes bien organizados, en grupo, nada ya de despegues solitarios) daban todos los signos de estar bien drogados.

De hecho, su inmunidad aparente comenzaba a despertar sospechas y a originar tantos comentarios adversos que tuvieron que abandonar por completo los escenarios de la droga.

—Parece como si aquellos viajes nos hubiesen vacunado contra toda otra clase de experiencia —observó Gherkin.

—Es como si hubiesen hecho una gran publicidad para poner algo en el mercado, pero ¿dónde están ahora los distribuidores? —dijo ella, levantando la mirada al cielo—. ¡Volved, volved, queridos; quienes quiera que seáis! —suplicó—. Aquí os esperan clientes seguros.

—No seas... —empezó a decir Gherkin, pero se interrumpió.

—¿Que no sea qué? ¿Sacrílega? ¿Blasfema? Uno paga con su dinero y tiene derecho a elegir..., si es que hay elección posible.

—No seas tonta. Eso es lo que iba a decir. No seas tonta.

Después que la biblioteca de la universidad sufriera destrozos a causa del explosivo colocado por una persona, o personas, desconocidas (los estudiantes declararon a coro que había sido una provocación de la policía, pero todo el mundo estaba al corriente de que la abolición de los libros de texto había sido uno de los temas principales de protesta aquel año), la administración decidió por fin terminar el curso dos semanas antes de la fecha prevista en el programa escolar.

Tanto Gherkin como Calliope tenían empleos preparados para el verano. Sin embargo, una semana antes de que Callie empezase el suyo como ayudante de despacho para una de las causas de que se ocupaba su madre, al despertar por la mañana una vocecilla oculta le dijo que estaba encinta. Cuando fue a ver al médico quedó demostrado que era cierto.

—¡Yo creí que las chicas ya no quedaban embarazadas en la actualidad!
—exclamó Gherkin cuando ella le puso al corriente del acontecimiento.

Al oírle decir esto la chica estalló en lágrimas al tiempo que decía cuánto lo sentía y que probablemente iba a tener un bebé tan vulgar como ella.

Pero, en definitiva, iba a tenerlo. Podía enseñarle el informe del doctor y todo eso.

—¿Es que no... tomaste precauciones? —Gherkin estaba en la creencia de que las mujeres tomaban la píldora con la misma naturalidad con que ingerían tranquilizantes, y casi por la misma razón.

—¡Claro que tomé la píldora! Pero debía de ser de la misma clase que la hierba aquélla, el «diente de gato». ¡Me vendieron un sustituto!

—Pobrecilla —dijo él, muy masculino de pronto y muy protector. Al fin y al cabo dentro de un mes iba a cumplir ya dieciocho años y, por lo tanto, a ser un, adulto responsable—. Necesitas que alguien se ocupé de ti.

Y movido por los impulsos ancestrales de su herencia burguesa se ofreció a casarse con ella, y la muchacha, descendiente de esclavos, aceptó inmediatamente. No se molestó en mencionar siquiera lo que había ocurrido con Dave, ya que este hecho había sido puramente mecánico, no una

verdadera relación. Además, no había ni la más remota posibilidad de que Dave se casase con ella. El matrimonio, había declarado Dave siempre, era uno de los resortes que utilizaban las clases dirigentes para mantener oprimidos a sus esclavos. Y lo que ella quería en aquel momento de pánico era una alianza sólida, aprobada por la sociedad.

Aunque los dos estaban bien convencidos de no haber violado ningún código moral importante se mostraban bastante apagados cuando llegó el momento de pensar en la reacción de sus respectivos padres, aferrados a las tradiciones, cuando se lo dijese. En esto no perdieron mucho tiempo, sin embargo, ya que, bajo las leyes del sistema opresor, el embarazo, el matrimonio y todas las formalidades de una sociedad corrompida cuestan dinero, de modo que había que buscar subsidios cuanto antes.

La cosa resultó aún peor de lo que habían pensado. Hubo una buena cantidad de retórica llena de recriminaciones y, luego, la señora Rosenblum se llevó a Callie aparte y le dijo que no era que no la recibiese *con gusto* como nuera, pero ¿no pensaba ella misma que era aún demasiado joven para asumir los papeles de madre y esposa? Si quería..., hum..., «evitar» el bebé, la señora Rosenblum estaba segura de que su tío Joe... A lo que Callie, más por miedo que por convicción moral (Marjorie había estado contándole durante semanas todos los horrores por los que había tenido que pasar), empezó a dar rienda suelta a tal cantidad de lamentaciones que la señora Rosenblum se apresuró a decir:

—¡Te lo había sugerido sólo por tu propio bien, cariño! No pienses que el doctor Rosenblum y yo no estamos encantados... —y al llegar aquí se echó ella misma a llorar.

Todo esto ocurría, naturalmente, antes de que los Fillmore y los Rosenblum adultos llegaran a conocerse, y para disgusto de sus retoños quedaran encantados los unos con los otros. Hay que señalar, de paso, que la señora Rosenblum fue una terrible desilusión para Callie. En lugar de una diosa plena, llena de curvas, como se la había imaginado, resultó ser una mujercita menuda y avispada, no demasiado bonita, que vestía como una adolescente y que casi lo parecía a veces. El padre de Callie, por el contrario, no se sintió defraudado en absoluto, aunque como es natural en su caso, no

tenía ninguna imagen previa que contrastar con la realidad.

—Es una mujer muy guapa, ¿verdad? —dijo—. Y tan joven, para tener hijos ya mayores...

La señora Fillmore, que era ocho años menor que la señora Rosenblum y podía por lo tanto permitirse el lujo de la tolerancia, dejó entrever una sonrisa soñadora y dijo:

—¿No se parece mucho a Paul Newman el doctor Rosenblum?

—Yo le encuentro más parecido con Sam Levene —comentó el señor Fillmore sin rencor alguno.

Gherkin contó a Calliope que sus padres se habían mostrado también muy complacidos.

—Mi madre comparó a tu padre con Sydney Poitier, y papá me preguntó, de hombre a hombre, si era cierto que las mujeres negras tenían más... — hizo aquí un gesto vago con las manos— vibraciones que las blancas. —Se echó a reír—. ¡Si lo supiese!

Los padres respectivos convinieron en que era una lástima que los dos chicos tuvieran que casarse tan jóvenes, aunque, en realidad, mucha gente se casaba a temprana edad y todo salía bien.

De modo que Calliope y Gherkin estaban atrapados, aunque sólo por un tiempo. Como la época en que vivían estaba ya, a pesar de todos sus complejos y obsesiones, un paso por delante de la victoriana, el matrimonio sólo representaba una ligazón temporal en lugar de una sentencia por vida. Al final de este período de penitencia brillaba la luz redentora del divorcio.

Las dos madres tomaron el asunto en sus manos y se ocuparon de todos los detalles. No se necesitaba una gran intuición para darse cuenta de cómo se iban desarrollando las cosas. De una manera casi inevitable, los Rosenblum pensaron que los Fillmore eran la familia indicada para el otro dúplex, y que el piso de la planta baja sería «ideal para los chicos». El bebé podría solazarse en el jardín, gozando del sol y del aire puro, mientras Callie hiciese sus trabajos de clase, porque, si bien tendría que tomar un permiso cuando llegase el momento, lo mejor era que continuara estudiando hasta conseguir su título. Aún era más importante para una chica que para un chico terminar su carrera universitaria, por todos los valores simbólicos que ello

comportaba.

—Que me hablen a mí del problema de color —decía la señora Rosenblum—. No es *nada* comparado con el del sexo.

Y la señora Fillmore no se atrevía a contradecirla, por temor a que sonase como una traición a su cualidad de mujer. Es muy difícil ser miembro simultáneo de dos grupos oprimidos.

Mientras Callie estaba fuera, asistiendo a sus clases, la señora Rosenblum no cesaba de hacer planes. Ella se ocuparía del bebé y sus actividades para con la comunidad tendrían simplemente que quedar reducidas a los momentos que le quedasen libres, porque siempre había creído que ayudar a las mentes jóvenes a desarrollarse era una de las tareas más importantes y más *gratificadoras* que podía haber en el mundo.

La señora Fillmore, que después de quince años al servicio de la enseñanza en Nueva York abrigaba muchas menos ilusiones sobre el desarrollo de las mentes juveniles, dijo que colaboraría por las tardes y por las noches para que la joven pareja tuviese tiempo de continuar sus actividades intelectuales y sociales sin sentirse demasiado atada por los lazos de su paternidad prematura.

—Pero vas a tener que mantenerte alejado de todas esas manifestaciones y algaradas, Sanford —le dijo la señora Rosenblum a su hijo—. Ahora tienes una gran responsabilidad hacia tu hijo, aunque no haya nacido aún. No estaría bien que ella, o él, supongo, empezase su vida con el estigma de un padre que ha estado en la cárcel.

—Tampoco creo que está bien para un futuro padre pasar todo el verano como consejero de un grupo de morbosos delincuentes juveniles.

—No son delincuentes juveniles, sino muchachos perturbados por la vida de la ciudad, en un ambiente sin recursos. Y si desarrollan tendencias antisociales es, principalmente, a causa de actitudes intolerantes como las tuyas. Ni tu padre ni yo esperamos que vayas al campamento. Como es natural te quedarás con Callie. Pobrecilla, parece asustada por completo. Claro que, estar encinta de un niño interracial a la edad de diecisiete años no es una situación fácil de llevar para ninguna chica.

—Cualquier mujer es lo suficiente mayor para tener un hijo desde que

alcanza la pubertad —declaró Gherkin enfáticamente—. Es la prolongación artificial de la adolescencia en la sociedad presente lo que ha producido tantos complejos y tantas neurosis.

—Si lo que quieres es dejar la Facultad y empezar a ganarte tu propio sustento, Sanford —intervino el doctor Rosenblum—, no voy a impedírtelo en absoluto.

—Sssh, Herbert. Tú sabes perfectamente que en la actualidad nadie puede conseguir un trabajo decente sin tener por lo menos un diploma de licenciado; de modo que tenemos que ocuparnos de que los chicos lleguen hasta el doctorado. Nunca se sabe lo que puede suceder. Puede llegar una revolución o una guerra atómica. Deben de estar lo mejor preparados posible.

También los protegió contra el presente matriculándolos en el curso para la paternidad consciente; cuando Gherkin se enteró casi tuvo un ataque. Callie, sin embargo, aceptó la idea de este curso con docilidad. Estaba dispuesta a ser una madre consciente.

Sus nombres intertribales, que salieron a luz inevitablemente en el curso de las conversaciones de familia, causaron bastante sorpresa. Los Rosenblum lo tomaron bastante a broma.

—No se puede decir que Gherkin suene peor que Sanford —dijo el doctor Rosenblum. Sanford era un nombre que venía del lado de la familia de la señora Rosenblum, que descendía de Samuel, y al doctor no le había gustado nada desde el mismo momento en que fue propuesto.

Sin embargo, la señora Fillmore tomó el nombre de Calliope casi como si se tratase de una ofensa personal.

—Mi madre nunca tuvo la oportunidad de educarse. Trabajaba como sirvienta y no se le ocurrió nada mejor que llamarme Lobelia. Pero tú tienes todas las ventajas que ella no tuvo, incluido el nombre de Janet, y te agradeceré que les pidas a tus amigos... y conocidos que te llamen así.

Durante un tiempo mantuvo cierta hostilidad hacia la señora Rosenblum, que se había reído con los nombres; pero acabó por perdonarla, convencida de que aunque fuese inteligente, no sería capaz de distinguir las diferencias, por mucho que lo intentase.

La boda se fijó para una fecha próxima, tanto como fue posible antes de

que Calliope empezara a mostrar signos externos de su embarazo.

—Muy bien. Pues boda —dijo Gherkin cuando acabó de darse plena cuenta de lo que le esperaba—. Sea todo por el niño, por Cali... por Janet. Pero ¿por qué todos esos rituales bárbaros de lo que se llama una boda blanca? En primer lugar, de acuerdo con el simbolismo de la ceremonia, sería completamente falso que ella llevase un traje blanco...

Al oír esto, Calliope estalló en sollozos y le acusó de que quería que llevase negro sobre negro. La señora Fillmore también rompió en llanto y dijo que temía que nunca iba a resultar aquella boda. En el corazón de todo hombre blanco, no importa, lo evolucionado que parezca o pretenda ser, hay siempre un racista.

Luego le llegó el turno del lloriqueo a la señora Rosenblum, diciendo que Sanford no era racista, sólo un chico mal criado que nunca dio más que disgustos a sus padres. La cuestión terminó con todos ellos conviniendo (todos menos Gherkin) que el problema no estaba en el color, sino en la falta de humanidad del hombre para con el hombre, o más concretamente, la falta de humanidad del hombre para con la mujer.

La cosa se convirtió en un verdadero acontecimiento social, hasta el punto de que incluso Callie, que había estado mirando hacia la boda con una buena dosis de placer (casi se murió, al enterarse de que el traje de novia iba a costar trescientos dólares en una tienda al por mayor) acabó por pensar de la misma forma que Gherkin y pedir que hiciesen sólo una ceremonia privada.

Pero era demasiado tarde para esto. Las participaciones ya estaban puestas en el correo. La lista de los invitados era en verdad impresionante, incluyendo nombres que ocupaban altos puestos en un sinnúmero de causas, por ambas familias, y que no hubiesen soñado en asistir, ni remotamente, si se hubiera tratado de una boda de un solo color, ya fuese completamente blanca o completamente negra.

Pero esto era diferente. Un sacerdote no sectario hizo un hermoso discurso sobre la cuestión, diciendo que este ejemplo era un bello punto de partida hacia la hermandad universal.

—Si somos hermanos y hermanas —se pudo oír la potente voz de la tía Ada—, ¿cómo es que toda la gente negra está a un lado en este lugar, que seguro no representa la idea que yo tengo de una iglesia, y toda la blanca al otro?

Finalmente, su voz quedó ahogada bajo las notas estridentes de una soprano que se puso a cantar el *Oh, prométeme* y el *Nosotros triunfaremos*; difícil decir cuál de los dos, con el contrapunto de tía Ada como fondo.

Cuando hubo terminado la ceremonia abandonaron aquel «lo que fuese» donde se había celebrado la boda para encontrarse fuera con un piquete de manifestantes de la Liga de Estudiantes Africanos, encabezado por, Dave Kikipu, muy guapo con el traje nacional de alguna parte de África. El piquete agitaba pancartas en las que se leían cosas como: «Las mujeres negras para los hombres negros», «¡Una boda blanca es una afrenta a la virilidad negra!», y otras muchas peores.

Los invitados fueron en «Cadillacs» y los manifestantes en «Chevrolets» y «Volkswagens» hacia una recepción muy elegante, para devorar pollo con salsa blanca y melón como postre. Allí, la señora Rosenblum fue presentando a Callie a todos sus parientes como «mi brillante nuera; imaginaos que aún no ha cumplido los diecisiete años y ya está en segundo curso de la Facultad, con una beca, además. Y ya sabéis que la universidad no concede becas a menos que se sea verdaderamente bueno».

—Sí —decía Callie, haciendo esfuerzos por agradar a todo el mundo—. Aún no tienen una cuota mínima para los estudiantes negros. Esa es una de las cosas que ha provocado este año muchas manifestaciones de protesta, según creo.

Una señora mayor, que llevaba el pelo teñido de azul, se apresuró a decir que era una suerte para Sanford tener una esposa tan bonita. ¿No se parecía un poco a Lena Horne?

—¿Cómo es que Lena Horne no ha venido? —preguntó en seguida tía Ada—. Todo el mundo está aquí. ¿Por qué motivo la han dejado fuera a ella? ¿Dónde está Sammy Davis junior? ¿Y George Wallace?

A lo que el tío abuelo de Gherkin, Milton, una momia en la comitiva del novio, que con más de ochenta años llevaba el pelo teñido y aún se

consideraba un donjuán, respondió:

—Mire, a mí no me agrada la idea de que mi sobrino se case con una morena más de lo que a usted te gustaría la idea de que ella se casase con un chino, pero así es como marcha el mundo. Y hay que bailar al son que nos tocan, cariño.

Después de esto, él y tía Ada se dedicaron a vaciar juntos una botella de champaña («¡Esto es lo que yo llamo verdadero alimento para el espíritu!», aprobó ella), y más tarde fueron descubiertos los dos por la señora Rosenblum en un rincón de la despensa comportándose de una forma que, según dijo, sólo podía describir como «verdaderamente sonrojante».

Aparte de la señora Rosenblum, todos los demás tuvieron más bien un sentimiento de admiración por aquella pareja que estaba consiguiendo el triunfo de la sexualidad sobre la senilidad y pidieron más detalles.

Cuando un rato después tía Ada acabó por desvanecerse, tío Milton le dijo a Gherkin:

—No me importa de qué color salga el crío, pero si es niño y yo me muero antes de que él nazca, le ponéis mi nombre.

Gherkin le explicó a Callie que, según las creencias judías, no se puede dar a un niño el nombre de ningún familiar que esté vivo porque traerá mala suerte y uno de los dos morirá.

—¡Pero eso es una superstición primitiva! —exclamó Callie.

—Bueno, de todas formas no hay nadie vivo en mi familia cuyo nombre yo quiera dar al niño.

El arroz que les arrojaron cuando se iban estaba teñido.

No era nada personal, le aseguró Gherkin a su esposa que se puso ligeramente sobre ascuas al verlo, ya que el arroz colorado era una moda, lo mismo que poner pequeños trocitos de apio en la bebida hecha con esta planta.

Entre los que echaban arroz estaba, como era de esperar, el piquete de la Liga de Estudiantes Africanos, que se unió con todo entusiasmo a la ocasión. Habían estado deseando arrojar algo desde hacía ya bastante rato, pero

pedras y cascos de botellas no parecían ir bien con una boda.

Gherkin suspiró aliviado cuando el coche se alejó del barullo, con ellos dos dentro.

Sus familias respectivas, de común acuerdo, les habían reservado habitación durante tres semanas en un parador en las colinas de Catskills; no había manera de escapar a esto, ya que eran los padres quienes pagaban la cuenta, y, además, su futuro apartamento no estaba listo aún.

Mientras estaban allí Callie se cayó de un caballo y Gherkin casi se ahoga en el lago. Aparte de estos incidentes, lo pasaron tan bien como lo hubiese pasado cualquier otro en su lugar.

Cuando volvieron, el apartamento estaba más o menos terminado, pero Callie no tuvo la posibilidad de elegir el papel para las paredes; su madre y su suegra ya habían decidido que sería más práctico pintarlas. En cuanto a los muebles, los Rosenblum estaban adquiriendo una gran cantidad de antigüedades, de manera que regalaron a la pareja buena parte de las viejas, que estaban todavía en buen estado; tantas como materialmente podían comprimirse en el piso.

—Tendríais que estar agradecidos —dijo la señora Fillmore con gravedad—. Tienen algunas cosas muy lindas.

—¿Por qué no te llevas tú algunas, mamá?

—Eddie pensaría que no apreciáis bastante todo lo que está haciendo por vosotros si tú regalases algunas de estas piezas tan hermosas. Además, tiene un primo en el negocio de muebles que puede procuraros a buen precio algunas cosas de estilo colonial español.

Tanto Callie como Gherkin se graduaron con honores en el curso de la paternidad consciente.

La gente empezó a hacerles tantos regalos para el futuro bebé, que hubo que almacenarlos en uno de los cuartos vacíos del piso alto, que aún estaba siendo remozado.

—Tened cuidado de cerrar bien la puerta —aconsejó la señora Rosenblum—. Ya sabéis. Esos operarios...

—Sí —dijo Gherkin—. En cuanto ven una pila de zapatitos de niño y de camisitas tejidas a mano les salta dentro un resorte que dice: ¡a robar!

A pesar del candado, desaparecieron dos chaquetillas y una manta de cuna que tenía estampado un alegre motivo del pato Donald.

Cuando empezaron las clases, en otoño, después de algunos choques violentos entre los estudiantes, los dirigentes de la Facultad, la policía y un buen número de individuos cuya verdadera identidad nunca llegó a ponerse en claro, Gherkin reanudó sus estudios, mientras Calliope pasaba un trimestre de lo más aburrido dedicada a engordar y a sentirse cada vez más incómoda, pero sin llegar a estar nunca lo bastante mal como para que tuviesen que dedicarle demasiada atención.

Su madre y su suegra, juntas o por turnos, se ocupaban de su bienestar. Le preparaban sopas de pollo, la acompañaban a la consulta del médico y le aconsejaban que pensase en cosas agradables; pero en lo que estaban más interesadas realmente era en la casa.

El primer piso que estuvo en condiciones habitables fue el de los Rosenblum, e insistieron para que los Fillmore se mudaran con ellos hasta que estuviesen terminados los arreglos en el piso alto.

En cuanto a la escalera que iba a descender hasta el jardín, se abandonó el proyecto por innecesario, ya que ahora eran todos «una gran familia feliz» (la frase hizo a Gherkin rechinar los dientes, con motivo de lo cual su padre le dijo que anduviese con cuidado si no quería estropearse la dentadura. Pero no podía evitarlo: aquellos adultos estaban cogiendo en sus manos el noble concepto de la tribu, del grupo, y volviéndolo de dentro afuera de la manera más sórdida). Además, la señora Rosenblum dijo que el jardín debía ir, en realidad con el apartamento de la planta baja.

—... Pero no os importará que nosotros, los viejos, lo usemos también de vez en cuando, ¿verdad? —añadió con toda cortesía.

Gherkin no hizo más que una mueca, pero Callie confiaba en que lo usasen a menudo. Quería que todo el mundo estuviese alrededor de ella. Le hubiese gustado, incluso, tener a mano a tía Ada, pero la incansable octogenaria se había escapado a Florida y a otros puntos del sur con tío Milton. A intervalos espaciados llegaban tarjetas postales de lo más alegre.

Nadie usó en realidad el Jardín, o el «patio», como le llamaban con mayor precisión los Fillmore. Era en verdad una imagen triste, con sus matojos de hierbas silvestres y su nogal muerto en medio.

—Y mira que les cuesta secarse a uno de éstos —decía Callie—. Me pregunto si el aire será aquí malsano.

Gherkin se limitó a encogerse de hombros.

—Toda esta sociedad es malsana —dijo.

Para entonces ya se encontraban bastante inquietos.

Habían tomado conciencia de que cuando naciese el bebé iban a convertirse en padres.

La señora Rosenblum tenía miedo de que la gente que viese el jardín, por encima de la cerca, se formase una idea equivocada de su posición social y pensase, viendo aquello, que vivían de la asistencia pública o algo por el estilo.

—No hago más que repetirle a Sanford que haga algo en el jardín, pero está tan ocupado con sus clases... Y Janet dice que no se siente con fuerzas; aunque tío Joe asegura que le convendría un poco de ejercicio.

Se refería a tío Joe, el ginecólogo, que no era el mismo que tío Joe, el analista. En realidad era uno de los ginecólogos más famosos en la ciudad y estaba tratando a Callie con tarifas sumamente especiales.

—Tendrías que estar agradecida —repetía la señora Fillmore, como con los muebles.

Los seis cenaban juntos todas las noches en el comedor del piso alto, cuando los mayores no salían para ir a algún sitio; pero, en cuanto terminaban de comer, Gherkin y Calliope empezaban a sentirse incómodos y a pensar que seis era una multitud, y se escapaban escaleras abajo lo antes posible.

Sentados allí, en su apartamento de techo bajo, con olor a humedad, podían oír las patadas y los gritos que daban sus progenitores respectivos divirtiéndose arriba, y sentir hasta qué punto era ancho el abismo que separaba las dos generaciones. El alcohol no les producía a ellos más efecto que las drogas, y sentían una profunda intolerancia por aquellos a los que se

lo producía. ¡Qué manera tan pobre de evadirse, sin nada trascendental que sirviese para enriquecer la experiencia!

—¿Crees que hacen orgías de conjunto, o simplemente intercambian parejas? —le preguntó Gherkin a Callie.

—Oye, Sanford, no pienses mal.

Callie se negó a creerlo cuando él le habló de la noche en que había ido arriba a buscar un poco de azúcar y había visto al doctor Rosenblum persiguiendo a la señora Fillmore por el vestíbulo, los dos completamente desnudos y un poco gordos en exceso, mientras que del descansillo siguiente llegaban las risas y los jadeos de sus respectivos cónyuges. No era, convino Gherkin consigo mismo, la clase de historia que una chica, por evolucionada que esté, quiere oír acerca de sus padres.

De lo único que Calliope y Gherkin podían derivar aún algún placer morboso era de revivir, contándolo, lo que ellos creían que había sido su experiencia con la droga. Cuantas más ideas intercambiaban, más similares se hacían sus recuerdos, hasta que llegó un momento en que parecía como si los dos hubiesen visitado juntos otro espacio, otro planeta, otro mundo.

—¿Recuerdas...? —no cesaban de decirse el uno al otro como si fuesen dos viejos nostálgicos de su pasado en lugar de dos jóvenes cuyo futuro apenas si acababa de comenzar.

Era por esto principalmente por lo que no tenían deseo alguno de ocuparse del jardín, ni hacer nada con él. Aunque arrancaran todas las hierbas silvestres y plantasen en su lugar las flores que aconsejaba el entendido en floricultura del *Times*, los verdes que iban a ver allí y todos los colores que apareciesen no serían nunca los que ellos añoraban.

El bebé era esperado para Navidad, pero pasó ésta y el fin de año; luego vino y se fue la Epifanía, y aún seguían esperándolo... con gran alivio para todos porque su nacimiento en la fecha prevista hubiera sido excesivamente simbólico, casi rayano con la vulgaridad.

—No hay motivo para preocuparse —dijo tío Joe, el ginecólogo—. En muchas ocasiones el primer embarazo es un poco más largo de lo normal. Y la gente joven está generalmente..., hum..., demasiado ocupada con otras cosas para llevar la cuenta exacta del... hum... momento feliz en que ocurrió.

Decidme, hijos: exactamente, ¿cuándo fue que os unisteis?

—Ya sabe que sucedió antes de que nos casáramos —le contestó Callie sin rodeos.

Pero el hombre no cambió de idea:

—O bien te has equivocado en la cuenta o tuviste un aborto natural al inicio del embarazo. Quizá fue tan pronto que ni siquiera te diste cuenta, y luego volviste a concebir de nuevo. Te caíste de un caballo, ¿no es así?

¿Cómo explicarle a aquel hombre que no pudo haber sido como él decía, ya que Gherkin y ella no habían vuelto a tener ni el más pequeño contacto sexual desde que se casaron? Aunque tío Joe no hubiera sido un miembro de la familia, explicar todo esto resultaba ridículo, de modo que no dijo nada y dejó que el caballo cargase con la culpa.

Pasó el día de San Valentín; luego, el aniversario de Washington, el día de San Patricio y Pascua. Se acercaba el Día de la Madre cuando tío Joe tuvo que confesar que empezaba a estar preocupado.

—En cierto modo resulta increíble —dijo a la familia, que había acudido en bloque para celebrar una especie de consejo de clan—. Nunca en mi vida he tenido noticias de un embarazo tan prolongado como éste. Y, sin embargo, la madre parece estar en perfecto estado de salud.

Calliope ya se había convertido en «la madre», nombre bajo el que iba a acabar apareciendo en todas las revistas médicas, hasta que poco tiempo después los buitres de la prensa sensacionalista imprimieran su nombre verdadero en grandes titulares, con fotografías, incluso.

—¿Y el bebé? —preguntaban con ansiedad los cuatro futuros abuelos—. ¿Está también en buen estado de salud?

Después de una breve pausa, tío Joe dijo que sí. Pero esto fue todo lo que se atrevió a decir. Para entonces había escuchado ya cosas bastante raras a través de su estetoscopio y, finalmente, aunque no era aconsejable exponer a una futura madre a la radiación, tomó de ella unas cuantas radiografías. En cuanto les hubo echado una ojeada llamó a tío Joe, el analista, para que llevase a término algunas pruebas.

Este último hizo todo lo necesario, pero el único consuelo que tío Joe, el ginecólogo, obtuvo de aquel nuevo examen fueron los tragos que se servían

después (no a todos los pacientes, claro; sólo a los amigos y conocidos).

Tras esto, tío Joe dijo a toda la familia que no aconsejaba una cesárea en este caso. El bebé parecía estar... (se estremeció un poco por dentro) desarrollándose normalmente... a su modo.

En mi opinión particular, para ese momento ya había visto, sentido, examinado y auscultado lo bastante como para no tener prisa ninguna por encontrarse cara a cara con aquel envío de los cielos antes de que fuese absolutamente ineludible. Y aunque yo (supongo que ya habrán adivinado ustedes que yo era el envío celestial mencionado más arriba), no tenía todavía conocimiento, ni siquiera en el burdo sentido terreno de esta palabra, mis instintos de supervivencia estaban funcionando ya sin duda y una cesárea en aquella etapa de mi desarrollo me hubiese matado, o por lo menos dejado tan defectuoso que casi hubiera podido pasar por un humano.

El 4 de julio, casi quince meses después de su fecundación, Calliope dio a luz un retoño lleno de vida... que más tarde había de ser llamado «el monstruo yanqui» por los mismos periódicos americanos. Macho, sí, desde luego que lo era, incluso con exageración, pero en cuanto a considerarme *niño*... sólo era posible aceptando que un niño puede estar cubierto de pelusa verde y tener cola y colmillos (colmillos de leche, naturalmente, que después habría de cambiar). Todo aquel que tuviese un cerebro superior al del *pitecantropus* podía ver que era tan adorable como un pequeño cometa. No era posible esperar, sin embargo, que aquellos individuos percibiesen mi encanto.

Los Rosenblum y los Fillmore se reunieron fuera de la habitación de Callie (habitación particular, gracias a Dios, aunque en todas las demás cosas les hubiese dejado de su mano), en el hospital y lloraron a coro mientras, en el cuarto, Calliope y Gherkin se miraban el uno al otro con sorpresa y júbilo.

—¡Por todos los...!

—Ocurrió realmente. Y él era de verdad —susurró Callie.

—Ella era de verdad —murmuró Gherkin.

—Las dos *ellas* eran de verdad —dijo Callie con poco tacto, antes de que

ambos se ensimismaran en recuerdos tiernos (¿por qué no iba a sentirse él feliz también?)—. Apuesto a que la primera quería estar contigo de nuevo, pero sin duda no se lo permitían las reglas porque todas las chicas tenían derecho a gozar de su oportunidad, lo cual es bastante justo si se mira bien.

Luego, sonriente, bajó la vista hacia su bebé, que le permitían, más bien le *pedían*, tener con ella, porque ninguna de las enfermeras quería tocarlo; y al ver en él la cara de su padre murmuró:

—Me parece que es precioso.

Gherkin lo miró también, y viendo cuánto se parecía a la chica a la que tanto había amado y que quizá ahora mismo, en alguna parte, en algún lugar del orbe, llevaba su propio hijo (y olvidando convenientemente al mismo tiempo a la otra chica que no había amado, pero que también quizá llevaba su descendencia), dijo:

—¡Es el bebé más extraordinario que he visto nunca y estoy orgulloso de ser su padrastro!

Después de esto él y Callie se miraron el uno al otro con un amor cuyos orígenes no estaban en el sexo, sino en haber compartido una experiencia que ensanchaba los horizontes mentales de ambos y los ligaba con mucha más fuerza que ninguna atracción física, que los hacía avanzar por la escala de la evolución, al menos en su propia conciencia, con varios siglos de adelanto de una época que tal vez no llegase nunca a causa del instinto autodestructivo de su propia raza humana.

Es así como vine a hacer mi entrada a este mundo, aunque como no nací con todas mis facultades mentales desarrolladas por completo (pero mucho más, desde luego, que ningún apestoso rorro de este planeta) el resto de esta historia tengo que continuar contándola a través de las referencias que escuché más tarde.

Calliope y Gherkin intentaron narrar los hechos tal y como habían sucedido, sabiendo de antemano que nadie iba a creerles, pero pensando que, de todas formas, debía quedar alguna constancia del suceso.

Sus padres respectivos, desde luego, no podían comprender nada; tío Joe,

el ginecólogo, estaba furioso y, sin embargo, aliviado, porque esto era algo que él podía entender... o pensar que entendía.

—Ya hemos advertido a los jóvenes una vez y otra sobre los peligros del LSD y sus similares, pero no quieren hacernos caso. Se ríen de nosotros cuando les explicamos el daño irreparable que estos horrores alucinógenos pueden causar. Las personas mayores, con su cerebro fosilizado, no saben nada de nada, dicen ellos. Bueno, pues ahora que tenemos aquí una prueba palpable de estos disparates quizá quieran comprenderlo un poco mejor. Pero... —al llegar aquí su voz se rompió en un lamento— ¿por qué tenía que suceder esta desgracia en mi propia familia?

Cuando los Rosenblum y los Fillmore hubieron superado un poco su primer *shock* de espanto, su pena inútil, su consternación y todo lo demás que puede suponerse, quedaron, simplemente, lívidos.

—Si no pensabais en nosotros podíais al menos haber tenido un poco más de consideración con Bill y Lobelia. Ya tienen bastante con su problema de color..., ¡y ahora, además, un nieto verde y peludo! —explotó con ira y lástima de sí misma la señora Rosenblum. Porque no eran sólo los periódicos los que habían hecho una gran charada de «Negro + Blanco = Verde», sino que algunos segregacionistas militantes, de una y otra comunidad, estaban tratando de probar con sus proclamas que aquello era lo que podía suceder como resultado del cruce de razas.

—De veras que no sé cómo vamos a poder sobrevivir, a esta desgracia —decía la señora Fillmore—. ¿De qué ha servido que os diésemos una buena educación universitaria si sólo ibais a utilizarla para tomar drogas y engendrar monstruos?

—¡Es exactamente lo mismo que yo siento! —sollozó la señora Rosenblum—. ¿Cómo habéis podido hacernos una cosa semejante? ¡Y, para colmo de males, hacer declaraciones a la prensa!

—Pero no lo hicimos —insistía Gherkin—. Tomar drogas, quiero decir. Por lo menos hasta mucho más tarde. Esto ocurrió en un viaje *verdadero*. Fuimos hasta otro..., planeta, supongo. Todo el mundo sabe ya hoy día que existen otros mundos. Los científicos no dejan de recibir señales, vibraciones, ondas y cosas así...

—Puede que el *National Inquirer* se crea una historia como ésa —dijo la señora Rosenblum con frialdad—, o pretenda creérsela, porque supone buena venta. A pesar de todo supongo que no se la tragarán de veras. Pero lo que no podéis esperar es que *nosotros* aceptemos como buenos esos cuentos de magia psicodélica endemoniada que nos estáis contando. No, es mejor reconocer la verdad; y ya que parecéis tan ansiosos por tener publicidad, utilizadla al menos para un propósito noble como sería advertir a los otros jóvenes para que no sigan vuestro trágico ejemplo.

—Podríamos formar una asociación —sugirió la señora Fillmore—. Con emblemas y todo. Nadie más ha pensado en esto. Tendríamos el campo abierto.

La señora Rosenblum titubeó un poco bajo la tentación, pero luego meneó la cabeza.

—No me parece que estuviese bien. Para empezar, ¿cómo íbamos a llamarla?

—La Fundación Teratológica Sindicada —sugirió inmediatamente Gherkin.

Su madre se le quedó mirando como si quisiera atravesarle con la vista.

—Y en cuanto a vuestro retoño —dijo—, ¿cómo pensáis llamarle?

—Podemos llamarle Ishmael —propuso el doctor Rosenblum; pero nadie le hizo el menor caso.

—Nosotros nos ocuparemos económicamente de él hasta que Sanford haya obtenido su licenciatura y pueda asumir sus responsabilidades como esposo y como padre —continuó diciendo la señora Rosenblum— pero... (al llegar a este punto su voz se hizo más aguda) os pido que lo mantengáis lejos de mi vista. Me niego a considerarlo como nieto mío.

«Con toda la razón», pensó Callie, no sin cierto remordimiento. Ella y Gherkin ya habían decidido que el bebé se llamase Milton en recuerdo del difunto tío abuelo que había expirado no hacía mucho en Acapulco en brazos de tía Ada. Al fin y al cabo era un nombre tan bueno como cualquier otro. Además, estaban seguros en su fuero interno de que a tío Milton le hubiese encantado el pequeño.

Resultó más chocante que sorprendente cuando vino a descubrirse que tanto la señora Rosenblum como la señora Fillmore estaban también encintas, aunque esto se mantuvo en el mayor secreto posible porque la cosa resultaba un tanto embarazosa bajo cualquier circunstancia, pero mucho más en aquellos momentos.

—Por culpa vuestra, tío Joe no quiere saber nada de mí —se lamentaba amargamente la señora Rosenblum—. Tendré que ir a otro médico fuera de la familia —dijo, y se ruborizó.

Aunque a menudo le había sido infiel a su marido (los dentistas siempre tienen horarios de trabajo demasiado largos) nunca había consultado con un ginecólogo desconocido. Le hubiera parecido indecente hacerlo.

—Imagínate, Milton, cariño mío —me dijo Calliope mientras yo estaba tendido en mi cuna, todavía un poco atontado por el hecho insólito de haber venido a nacer en este extraño mundo—. ¡Vas a tener unos tíos más jóvenes que tú! —me hizo cosquillas en los pies—. ¡Mira qué ruiditos tan preciosos hace! —añadió cuando yo empecé a gargarizar algunos sonidos incoherentes en señal de protesta—. ¿Cómo es que no se da cuenta todo el mundo de lo adorable que eres?

¡Verdaderamente! Gherkin, sin embargo, me miró con cierto recelo. Él y yo habíamos desarrollado ya algunas ligeras corrientes de antipatía mutua.

—Los nuevos bebés les harán olvidarse un poco de nosotros cuando nos vayamos —dijo Callie—. De todas formas, no es que pensase que iban a echarnos mucho de menos. Más bien se alegrarán de librarse de nosotros, sobre todo de Milton, ¿comprendes lo que quiero decir?

—Nunca fuimos realmente parte de este sucio mundo; ni tú ni yo —convino Gherkin con ella—. Desde el principio estuvimos marginados.

¡Marginación! Entonces fue cuando realmente empezaron a entender el significado de esta palabra.

—Sólo que... —añadió titubeando al cabo de unos instantes—, ¿estás segura de que ellos..., los exploradores quiero decir, volverán a buscarnos?

—Volverán por Milton, seguro —contestó ella—. Porque no puede ser que hayan llevado allá arriba, en viaje de fertilidad, a muchos de nosotros.

Además, hay muchas posibilidades de que dé resultado todas las veces, de modo que el bebé debe ser de una importancia capital para ellos.

Si hubiera sabido realmente toda la importancia que tenía habría habido más confianza en su voz... y más aprensión en su corazón.

—Pero ¿cómo van a saber que existimos —dijo Gherkin— y donde estamos?

—Leyendo los periódicos. Por eso te pedí que me dejases aceptar todas aquellas entrevistas. Esos exploradores no se pierden nada. Tarde o temprano tienen que enterarse.

Además, aunque esto no se lo dijo a Gherkin, ella rezaba cada noche pidiendo que volviesen. Así, la llamada se hacía por dos canales de comunicación simultáneos, aunque bien distintos. Seguro que el poder de las relaciones públicas no puede estar limitado tan sólo a un miserable planeta.

—El caso es que parecían tan mandonas —dijo Gherkin—. La segunda chica sobre todo... Quizá ya no nos quieran. Tal vez sólo quieran al bebé.

—No pueden llevárselo sin llevarme a mí con él —aseguró Callie, convencida de que su visión simplista del universo era la universalmente aceptada—. Yo soy su madre. Y tú eres mi marido. *Insistiré* para que te lleven con nosotros.

«Y allí arriba —pensaba ella para sus adentros— podremos divorciarnos y casarnos con la gente verde, y vivir felices por siempre jamás.»

Porque la verdad es que, a pesar de todo, aún creía firmemente en el viejo sueño americano.

—¡Todo va a ser magnífico! —le dijo a Gherkin—. Ya lo verás.

SALIVA

Vance Aandahl

La represión de la búsqueda del placer no es ninguna novedad. Y si a alguien le parece exagerada la siguiente alegoría, que piense que aún estamos muy lejos de una sociedad cuya jurisdicción se rija por el lema, aparentemente tan obvio, de que no hay crimen sin víctima.

Terriblemente indeciso y mordisqueando sus huesudos nudillos, Tantalus miraba fijamente la fea puerta.

¿Ocultaría, como le había dicho el astuto y viejo abacero Raven, musitando lascivamente en su oído, un espectáculo porno?

¿O quizás era posible que estuviesen esperándole allí media docena de polizontes de la Brigada del Vicio armados de esposas para sus muñecas y escalpelos para su cerebro?

Tantalus recordó durante un instante a su antiguo amigo y vecino, Ed Ac. Habían detenido a Ed en el antiguo monorraíl de Wyoming-Nebraska. Llevaba una cartera llena de mercancía ilícita..., fotografías aromáticas en papel brillo de 6x10, Truecolor 3D, cinco frascos sintéticos, e incluso un grueso paquete de auténtica mercancía. Tantalus había estado esperándole cuando soltaron a Ed tres días más tarde.

Sonriente, había descendido los escalones bajo un pobre sol y había pasado de largo ante Tantalus sin reconocerle, sin mirarle siquiera, avanzando casi automáticamente hasta llegar a mezclarse con la multitud que en ambas direcciones circulaba por la acera. Los de la Brigada del Vicio le habían convertido en un robot.

Tantalus jamás le volvió a ver, pero más tarde supo que estaba trabajando para el personal de mantenimiento en las laberínticas entrañas de la fábrica de glucosa artificial Ward 763.

Tantalus movió los hombros para desentumecerlos y miró a su alrededor. Había recorrido un largo camino hasta la ciudad ulterior para encontrar aquella dirección. Pero aun cuando eran más de las tres de la mañana, la calle, pavimentada con un asfalto ya pasado de moda, estaba abarrotada de

grises figuras. Sabía que cualquiera de aquellos rostros vacíos, casi neutros, podía ocultar a un polizone de la Brigada. Era probable que Ed les hubiera dado su nombre. Quizá esperaban a que él abriese la fea puerta.

Pero, sin duda, también era muy posible que todos sus temores careciesen de fundamento.

Recordando la descripción del abacero, Tantalus se humedeció los labios con la punta de la lengua y dio un paso hacia adelante. No se trataba de imágenes fijas, sino de películas. Aquello era lo que Raven le había prometido. Exhaló un profundo suspiro y avanzó hasta la puerta.

En el interior se encontró con una extraña semi oscuridad. Del techo colgaba una pequeña lámpara.

—Hola.

La voz sonó a su espalda.

Tantalus miró hacia las sombras y vio a un hombre calvo de baja estatura tras un mostrador de cristal. El hombre parecía muy viejo y, aunque resultaba extraño, usaba gafas oscuras en aquel cuarto apenas iluminado.

—¿Quieres algo bueno para leer?

La voz del hombre sonaba a reseco y viejo. Incluso en la oscuridad Tantalus distinguió la red de abultadas venas azules que latían en sus sienas.

—¡Oh... no!

En la caja de cristal del mostrador había cuatro o cinco pilas de bolsilibros que mostraban un aspecto anacrónico y absurdo en su antigüedad.

—Entonces, ¿buscas algo mejor?

El hombre no sonreía.

—Raven me dijo...

Tantalus sintió que la sangre ascendía hasta su nuca. Sintió que se mareaba de pánico.

—¿Quién?

—Raven. Es un abacero que vive en Sooper Dooper Syntho, en Ward 781.

—¡Oh, sí, sí!

Hubo un largo silencio.

—Bueno..., me dijo que usted tenía..., bien..., que usted enseñaba...

La voz de Tantalus se ahogó en la garganta.

—Películas —el anciano terminó la frase—. ¿Te gustan fuertes?

Demasiado nervioso para hablar, Tantalus asintió con un movimiento de cabeza y miró hacia una puerta cerrada que había en la pared del fondo.

—Doscientos en efectivo.

El precio era razonable. Hacía exactamente dos semanas Tantalus había pagado gustosamente el doble de aquella cantidad por un paquete de doce fotografías como las que Ed llevaba al ser detenido. Contó los billetes sobre el mostrador de cristal.

—Cuatro películas. Se pasan toda la noche. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

El anciano contó el dinero, lo guardó en un bolsillo y cogió una llave para abrir la puerta.

Tantalus se encontró en un pasillo aún más oscuro que la habitación delantera. Al final del mismo había otro anciano sentado en una silla. Daba la espalda a Tantalus y su cabeza se perdía de vista entre las grandes cortinas cerradas. Se sobresaltó un tanto con el ruido que hizo Tantalus al aproximarse, apartó su cabeza gris de los cortinajes y se pasó el dorso de la mano por los labios babeantes.

—Entra —murmuró mirando hacía las puntas de sus zapatos para esconder su rostro—. Entra ahí... hay muchos asientos libres.

Tantalus pasó por delante de la silla del viejo y separó las cortinas para entrar.

Durante un momento sólo pudo ver la pantalla. Sus ojos se habituaron a la oscuridad y encontró un asiento libre. Lanzó una ojeada a su alrededor y distinguió a otros nueve o diez hombres, todos inclinados hacia adelante sobre sus respectivos asientos. En su mayor parte parecían ser mayores, pero en la fila delantera había unos cuantos jóvenes que charlaban en voz baja.

Cuando Tantalus miró a la pantalla se sintió sorprendido por la vejez de la película. El color era malo y a la derecha de la imagen la profundidad de foco parecía irreal. Y lo que aún era peor: no había olor en la sala; quizás el proyector no lo difundía.

Considerando que la pornografía de calidad había empeorado mucho

desde la promulgación de la última ley antiobscenidad, Tantalus maldijo en voz baja y luego se inclinó para observar atentamente lo que sucedía en la pantalla.

Casi en el acto sintió que la emoción se apoderaba de él.

Era un filete de ternera.

Tantalus jamás había podido poner sus manos sobre un auténtico filete, pero cuando veía uno sabía si era bueno o no.

Tenía dos pulgadas de espesor. Dos pulgadas de succulenta carne rosada, recién salida del horno, todavía envuelta en su propio jugo.

Y a su lado, en el plato, una enorme patata cocida adornada en su parte superior con crema agria.

Muy cerca de la patata se destacaba otro plato con champiñones salseados en mantequilla.

Asimismo, muy cerca de los champiñones, había un plato más pequeño con ensalada, lechuga, rebanadas de tomate fresco, cebollas, corazones de alcachofa y pepinillos, todo ello en salsa azul de queso.

Tantalus se deslizó hacia delante en su asiento hasta ocupar sólo el borde del mismo. Apoyó ambas manos sobre las rodillas y tragó saliva.

De repente estalló el aroma en la sala. Esta, que era muy pequeña, quedó inundada por un irresistible aroma a filete asado.

Tantalus sintió que su estómago se contraía abriéndose y cerrándose en lentos y rítmicos movimientos. Su frente se cubrió de sudor y su respiración se hizo más agitada.

Unas manos anónimas aparecieron en la pantalla con cuchillo y tenedor. El tenedor tocó el borde del filete. Las aceradas púas penetraron en la tierna carne. El dentado corte del cuchillo penetró sin el menor esfuerzo y la carne expulsó sus ricos jugos sobre el plato.

Tantalus ni se dio cuenta de que estaba jadeando. Intentó dominarse, pero no pudo.

Cuando abrió la boca acudió a sus labios la saliva, que se deslizó en tres claros y diminutos torrentes hasta la barbilla.

Estaba tan profundamente absorto que ni siquiera oyó los gritos que sonaron a su alrededor.

—¡Una redada! ¡Escapad...!

Sus ojos se clavaban aún en la pantalla cuando dos corpulentos polizontes de la Brigada del Vicio le sacaron de la sala.

Y dos días más tarde, cuando el primer escalpelo se deslizó en su cerebro, aún vio, en lo más profundo de su mente inconsciente, el delicado filete de ternera asada.

EL GAMBITO VON GOOM

Victor Contoski

Este delicioso relato apareció originalmente en la Revista de Ajedrez estadounidense; pero no se preocupe, no hace falta siquiera saber cómo se mueven las fichas del ajedrez para disfrutarlo. Y si es usted ajedrecista, esperamos de su sentido de la ética y el honor para que no intente poner en práctica el Gambito Von Goom.

Esto del Gambito Von Goom no se halla en ningún libro de aperturas de ajedrez. El *Moderne Schachtheorie*, de Ludvik Pachman, no lo registra. La autorizada obra de Paul Keres, *Teoría Debintow Szachowych* sólo lo menciona de paso en una nota de la página 239, advirtiendo al lector que no lo intente en ninguna circunstancia y no da más información al respecto. En los *Archivos* de Max Euwe se incluye el gambito en el índice junto a las iniciales V. G. (Gambito), mas afortunadamente no está el número de página. El volumen 20 de la *Enciclopedia del Ajedrez* (cuarta edición), afirma que el Gambito Von Goom es un mito y lo clasifica junto a los hombres-lobo y los vampiros. El gambito no se menciona ni explica. Vassily Nikolayevich Kryllov recomienda cordialmente el Gambito Von Goom en su obra *Teoría rusa de la apertura*, pero la edición rusa no lo menciona. Por suerte, el mismo Kryllov no conocía, y aun ignora, los movimientos, por lo que no pudo recomendarlos a sus lectores americanos. De haberlos conocido, la guerra fría se habría terminado. En realidad, se habría terminado Norteamérica y posiblemente el mundo.

Von Goom era un individuo poco conspicuo, como suelen ser muchos descubridores; probablemente efectuó su descubrimiento por casualidad, como usualmente se hacen casi todos los descubrimientos. Era hijo ilegítimo de una famosa actriz y un político eminente. El escándalo de su nacimiento entristeció sus primeros años, y tan pronto como le fue posible adoptó legalmente el apellido Von Goom. Se negó a tomar un nombre cristiano porque afirmaba no serlo, hecho que parecía trivial entonces, pero que explica muchas cosas de ese hombre. Creció muy joven y llegó a medir un metro sesenta centímetros a los diez años. Por lo visto, creyó que dicha

estatura le bastaba, ya que dejó de crecer. Cuando midieron su cadáver después de su súbita defunción, demostró que su estatura era exactamente de un metro sesenta centímetros. Poco después de dejar de crecer, también dejó de hablar. Jamás dejó de trabajar, porque tampoco empezó. La fortuna heredada de sus padres fue suficiente para todas sus necesidades. A la primera oportunidad abandonó la universidad y pasó los veinte años siguientes de su vida leyendo ciencia ficción y dejándose crecer un bigote a un lado de su cara. Por lo que parece, durante este periodo aprendió a jugar al ajedrez.

El 5 de abril de 1997 tomó parte en su primer torneo de ajedrez, el Campeonato del Estado de Minnesota. Al principio, Los jugadores le tomaron por sordomudo, porque se negó a hablar. Luego, el director del torneo, al anunciar las parejas de la ronda, cometió un error:

—Curt Brasket, blancas; Van Goom, negras.

Una vocecita fina y delicada, llena de sarcasmo, exclamó:

—Von Goom.

Era la primera vez que Von Goom hablaba en veinte años. Antes de su óbito, no obstante, hablaría todavía otra vez.

Von Goom no ganó el campeonato de Minnesota. Perdió ante Brasket en veintinueve movimientos. Luego, perdió ante George Barnes en treinta y tres movimientos, ante K. N. Pedersen en diecinueve, Frederick G. Galvin en siete, James Seifert en treinta y nueve. Con el doctor Milton llegó sólo a tres, y con Baby George Jackson (que a la sazón contaba cinco años), perdió en ciento dos movimientos. Después, estuvo retirado de los torneos de ajedrez durante dos años.

Su siguiente aparición se realizó el 12 de diciembre de 1999, en la Gran Exposición de Birmingham, donde también perdió todas las partidas. Durante el resto del año, jugó en el Festival Ajedrecista de Presno, en el Congreso de Ajedrez de los Estados Orientales, en el Invitatorio del Estado Peach, y en el Campeonato de Alaska. Su tanteo de aquel año fue: contrarias, cuarenta y un puntos de cuarenta y una partidas. Von Goom: cero.

Sin embargo, Von Goom estaba decidido. Durante un periodo de dos años y medio tomó parte en todos Los torneos que pudo. El dinero no era

obstáculo y las distancias no ofrecían barreras. Compró un avión particular y aprendió a pilotarlo para poder cruzar el continente jugando al ajedrez en todas las ocasiones posibles. Al terminar ese periodo de dos años y media, todavía aguardaba su primera victoria.

Entonces descubrió el Gambito. El descubrimiento debió de ser casual, más el crédito, o mejor la infamia, de buscar sus variantes ha de atribuirse a Von Goom. Sus estudios le convencieron de que el Gambito podía practicarse con Las blancas o Las negras indiferentemente. Debió de pasar muchas noches terribles sobre el tablero, analizando cosas que un hombre no debe analizar jamás. El descubrimiento del Gambito y sus implicaciones volvieron su cabello albo como la nieve, aunque su medio bigote continuó siendo castaño hasta el día de su muerte, que ya no estaba muy lejos.

Su primera oportunidad de jugar el Gambito llegó con la Gran Exhibición de Nueva York. El favorito del torneo preliminar era el inmenso campeón, el gran maestro Moroslav Terminsky, aunque por sentimiento, la gente prefería a John-George Bateman, el campeón interuniversitario, que era también zaguero del NotreDame Phi Beta Kappa, y el miembro más joven de la Comisión de Energía Atómica. Por aquel entonces, Von Goom era ya una figura familiar, casi cómica, en el mundillo del ajedrez. La gente ya aceptaba su silencio, sus retiradas, incluso su medio bigote. Cuando Von Goom firmó en la ficha de registro, algunos jugadores observaron que su pelo se había vuelto blanco; mas la mayoría de personas le ignoraron. Quince minutos después de comenzar la primera ronda, Von Goom ganó su primera partida de ajedrez. Su contrario había muerto de un ataque al corazón.

Ganó la segunda partida también cuando su rival enfermo violentamente del estómago después de seis movimientos. Su tercer contrario se levantó de la mesa y abandonó el torneo disgustado, sin que jamás haya vuelto a jugar. El cuarto oponente estalló en lágrimas, suplicando a Von Goom que desistiera de jugar su Gambito. El director del torneo tuvo que echar de la sala al pobre hombre. El siguiente contrincante se limitó a sentarse y estuvo contemplando la posición de apertura de Von Goom hasta que perdió la partida por límite de tiempo.

Esa serie de victorias colocó a Von Goom entre los favoritos del torneo, y

su contrario siguiente fue el campeón interuniversitario John George Bateman jugador de mal carácter, y siempre dispuesto al ataque. Von Goom jugó su Gambito, o si se prefiere en términos técnicos, el contragambito, puesto que jugaba con las negras. El intento de rechazo de John George fue tan poco convencional como ineficaz. Se puso en pie, alargó los brazos a través del tablero, asió a Von Goom por el cuello de la camisa y le aporreó en la boca. No sirvió de nada. Mientras caía, Von Goom ejecutó el movimiento siguiente. John George Bateman, que no había estado enfermo en su vida, sufrió un ataque epiléptico.

Así, Von Goom, que jamás había ganado anteriormente una partida de ajedrez tuvo que enfrentarse con el maestro de maestros, Miroslav Terminsky el sumo campeón. Por desgracia, la partida tuvo lugar en una enorme tarima elevada para que pudiera ser seguida con el máximo interés por una gran multitud. La tensión creció de punto cuando los dos rivales se dispusieron a jugar. La muchedumbre jadeó horrorizada cuando contempló los movimientos de apertura del Gambito Von Goom. Luego, se hizo el silencio... un silencio larguísimo, continuo. Un periodista que llegó al finalizar el día para entrevistar al vencedor, vio, ante su infinito asombro, que tanto los mirones como los jugadores se habían petrificado. Sólo Terminsky se había librado de la catástrofe: el dichoso hombre se había vuelto loco.

Unas cuantas victorias más por derrota completa, y Von Goom se convirtió en el campeón de ajedrez de Norteamérica. Como tal recibió una invitación para tomar parte en el Torneo de Retadores, el vencedor del cual jugaría una ronda para el campeonato del mundo con el campeón actual, doctor Vladislav Feorintoschkin, autor, humanista y ganador del Premio Nobel de la Paz. Algunos oficiales de la Federación Internacional de Ajedrez propusieron impedir la jugada del Gambito, pero Von Goom efectuó diversos viajes a medianoche a sus respectivas moradas y les enseñó el Gambito. Todos aquellos oficiales desaparecieron de la faz de la Tierra. Por tanto, parecía que el camino para el nombramiento de campeón del mundo tenía para él vía libre.

Sin saberlo Von Goom, sin embargo, la noche de llegar él a Portoroz, Yugoslavia, sede del torneo, la Federación Internacional de Ajedrez mantuvo

una conferencia secreta. Los mejores cerebros del mundo se reunieron para hallar una réplica al Gambito Von Goom... y la encontraron. A la noche siguiente, los hombres más inteligentes de su generación, los grandes maestros del orbe, condujeron a Von Goom a un bosque y lo mataron. El gran humanista, doctor Feorintoschkin contempló el cadáver y murmuró:

—Un final piadoso para Van Goom.

Una voz fina y delicada le corrigió con infinito sarcasmo:

—Von Goom.

Luego, el primero de los grandes maestros volvió a disparar, y entre todos escondieron su cuerpo en una tumba recién abierta, que hasta hoy no ha sido hallada. Al fin y al cabo, aquéllos eran los mejores cerebros del orbe.

¿Y cuál es el Gambito Von Goom? El ajedrez es un juego de lógica. Treinta y dos piezas se mueven sobre un tablero de sesenta y cuatro cuadros, coloreados alternativamente de blanco y negro. Al moverse las piezas forman dibujos. Y algunos de tales dibujos resultan placenteros a la mente lógica del hombre, y otros no. Muestran lo que un hombre es capaz de hacer y lo que está fuera de su alcance. Tomad cualquier posición de las piezas sobre el tablero. Usualmente, una posición proclama la lógica o falta de lógica de los planes de los jugadores, su estrategia al jugar para ganar, o para quedar en tablas, y sus personalidades. Si uno ve un dibujo con el Gambito de Rey Aceptado, sabe que los jugadores son tácticos, que la batalla será breve, pero feroz. Un dibujo con el Gambito de Reina Rehusado, sin embargo, dice que los jugadores son estrategas y que juegan con diminutas ventajas, con la debilitación de un cuadro o la colocación de una torre en una columna semiabierta. De tales dibujos, gratos o ingratos, es posible saber mucho, no sólo sobre la partida y los jugadores, sino también respecto al hombre en general, y tal vez incluso sobre el orden del universo.

Bien, supongamos que alguien descubre por casualidad o investigación un dibujo en el tablero que resulta mucho más que nauseabundo, un dibujo extraño que pregone cosas secretas respecto a la mente del jugador, del hombre en general, y del orden del universo. Supongamos que ningún hombre normal puede contemplar dicho dibujo y continuar siendo normal. Seguramente tal dibujo ha de estar formado por el Gambito Von Goom.

Me gustaría que esta historia terminase aquí, mas temo que tardará mucho tiempo en concluir. La historia ha demostrado que los descubrimientos no pueden esconderse ni olvidarse. Hace dos meses, en Camden Nueva Jersey, hallaron a un hombre de cuarenta y tres años convertido en piedra, contemplando una posición sobre un tablero de ajedrez. En Salt Lake City, el campeón del estado de Utah de repente empezó a chillar, y enloqueció. Y la semana pasada, en Minneapolis, una mujer que estudiaba un tablero de ajedrez dio súbitamente a luz dos mellizos..., aunque no estaba embarazada.

Y yo mismo voy a abandonar la partida.

ALMA LATENTE

Josephine Saxton

La interpretación de los grandes mitos, en clave de SF, es una de las vertientes narrativas típicas del género y ha dado lugar a obras muy notables. El eterno tema de la lucha de las fuerzas del Bien y del Mal por la conquista de la Tierra cobra en este relato una singular perspectiva.

—Es como hallarse en el purgatorio —había dicho Lucy a su médico.

Le acababa de visitar de mala gana porque la situación estaba empeorando tanto que ya no podía trabajar. Viuda, artista comercial independiente, podía permanecer en casa y, por lo tanto, nadie la veía cogerse la cabeza con ambas manos, quejarse y temblar sin poder dominarse.

Las noches de soledad le permitían estar despierta, tendida boca arriba y crispando las manos en el borde de las mantas para resistir al impulso de ir al cuarto de baño y tragarse toda la codeína que allí guardaba, tabletas que incluso tomadas en triple dosis no alcanzaban a atenuar el dolor que le taladraba el cerebro. Era como si éste hubiera desarrollado nervios sensoriales y sufriera algún experimento por parte de otro cerebro que operase sobre una masa de creciente angustia.

—Migraña —había decretado el doctor.

Todos sus tratamientos y dietas habían fracasado. Lucy era tan alérgica a sustancias que se sospechaba que pudieran provocar migraña que el hecho de por sí ya era interesante. Sus dolores no respondían a ningún analgésico que él pudiese recetarle. Ni siquiera la ergotamina la aliviaba. El médico admitió, después de seis meses, que Lucy no sufría de migraña *per se*.

Incapaz de calentarse, a pesar de envolverse en todas las prendas de lana que poseía, de arrimarse al homo de su cocina, de beber constantemente café caliente, y de llevar una bolsa de agua caliente sobre la parte superior de sus pantalones, Lucy había sugerido al doctor que al igual que en aquellos momentos el verano inglés, aun cuando estaba terminando, era insólitamente caluroso, también era probable que en su circulación sanguínea hubiese algo anormal.

El doctor gruñó un poco, habló de neurosis y de su incurabilidad, comprobó su tensión y la despidió.

—Haga más ejercicio, si quiere. Eso no hace ningún daño. Tome vitamina B si cree que le hará algún bien, pero recuerde que en nuestra bien alimentada sociedad de hoy día, ¡nadie padece de avitaminosis!

Era un individuo de mejillas sonrosadas, con un tic nervioso en ellas y brillantes ojos claros. Un hombre saludable.

No había vuelto a él en varios meses, después de aquella consulta, pero luchó sola contra el deseo de morir. Las hojas de afeitar con las que se afeitaba el vello una vez a la semana se convirtieron en dioses menores. Rogó para que cobrasen vida y penetraran cortantes en sus venas. Nunca lo hicieron. Sus manos, retenidas por otra fuerza superior a su deseo de olvido, no podían cumplir con aquel acto.

Tenía tanto pánico a sus más profundas depresiones que llegó a pensar seriamente en tomar asiento las veinticuatro horas del día para contemplar el espacio, sintiéndose excesivamente deprimida para realizar las tareas más simples. Arrojó a un lado las amenazadoras hojas de afeitar, a la vez que deploraba el olor que despedía su cuerpo y que le parecía demasiado fuerte, un olor que penetraba en todas partes e invadía todos los rincones, incluso por encima de todos los jabones especiales que había comprado y probado. Hasta que ese olor llegó a ser parte familiar de la lenta pero progresiva decadencia que estaba apoderándose de su pequeña casa. Antes estaba casi excesivamente limpia y apabullaba a los vecinos y amigos que llegaban buscando en vano algún polvo para tranquilizar sus conciencias.

Hacía ya mucho tiempo que no la visitaban, desanimados quizá porque ella nada tenía que comunicarles excepto miserias humanas. No era la viudez la que provocaba su angustia. En su interior había otra fuerza que la sumía en el pánico, pero ignoraba qué era.

Los psiquiatras estaban fuera de lugar. Había probado con uno que la había abarrotado de píldoras de varios colores, píldoras que la dormían escandalosamente, y que en realidad le producían mayores dolores de cabeza. Los psicoanalistas eran demasiado caros y tenía tan poca fe en ellos como otras mujeres en los sacerdotes, incluso dada una religión como «creencia».

En su trigésimo quinto cumpleaños entró en la cocina para hacerse una taza de café y vio escrito en la pared:

DESTINADA A LA SOLEDAD

No cabía duda de que lo había escrito ella misma, aunque no recordaba haberlo hecho. Le hubiese gustado llorar amargamente por su estado mental, salir a dar un paseo por los pantanos, y olvidar aquella tontería. Pero estaba excesivamente cansada y sabía que tal tontería, fuera lo que fuese, era demasiado pesada para olvidarla o dejarla a un lado. Visitó al doctor para decirle que estaba a punto de volverse loca.

—Está bien eso de volverse un poco loca, ¿sabe? —dijo el médico alegremente—, mientras usted lo sepa. El momento de preocuparse es cuando uno se vuelve loco sin saberlo. Ingrese en algún club.

Había intentado consolarla. Entonces ella no estaba loca. No había que preocuparse por escribir mensajes en la pared casi todas las noches, incluso cosas complicadas, de carácter secreto, tales como:

ICONOCLASTIZADA. MISTICISMO. EL PERRO ES ROJO

Estaban escritas con el material más a mano, algunas veces con mantequilla, sobre los baldosines que rodeaban al fregadero, con salsa de tomate en el mantel, o con hollín de la cocina sobre la limpia pared. Lucy las leía, e intentaba luego recordar cuándo las había escrito. ¿Habría sido durante el sueño?

Una mañana encontró su caja de pinturas abierta y esparcida por la alfombra de la pequeña sala de estar, y lo que aún era peor: las huellas de sus propias manos y pintura azul por las paredes. ¡Huellas de manos en color azul! ¡Para alejar el mal de ojo!

Podía haberse echado a reír o llorar. No pudo, y tampoco pudo lavar por el momento la resistente pintura que se aferraba desesperadamente a sus

manos. No era supersticiosa. Jamás tocaba madera. Entonces, ¿por qué hacía todas aquellas cosas?

«¿Por qué hace ella todas esas cosas?», preguntó la propia Lucy, en voz alta y a solas.

¿Menopausia? Lo había sugerido otro médico, muy violento cuando ella le explicó que solamente tenía treinta y cinco años. Había envejecido, por lo tanto, terriblemente, en aquellos últimos dieciocho meses. A los veintinueve años, muchas veces la habían confundido con una adolescente.

Una mañana, el mensaje escrito en el espejo de su tocador era mucho más claro y explícito:

BEBE VINO ESTA NOCHE

Estaba marcado con un lápiz verde, para maquillar los ojos, que no usaba hacía casi un año. Se sintió divertida, si así puede llamarse al hecho de golpearse la cabeza con ambos puños crispados, intentando reír sin poder conseguirlo.

Entonces, bien, si se estaba diciendo a sí misma que empaparse de alcohol aliviaría un tanto las cosas, escucharía el consejo. Se puso un impermeable y luego se acercó hasta el más próximo autoservicio y compró dos botellas de vino español. ¿Qué habría pensado Jim si la hubiera visto en aquellos momentos? Ninguno de ellos había bebido mucho. Esto, sin duda, había motivado que él estrellara el coche después de aquella fiesta. Seis whiskys, dos coñacs y una ginebra. Las llamas ascendieron hasta seis metros de altura. Ella había quedado tendida en el borde del campo, contemplando como él moría. Ilesa. Atontada. Sin poder moverse para ayudar. Un caso trágico.

Pero muy pronto superó la tragedia, como él habría deseado. Odiaba el sentimentalismo y le habría agradado que ella se casara de nuevo. ¿Quién se casaría con aquella perra que ella vio en el escaparate de la tienda, reflejándose allí bajo la tormentosa tarde?

A las siete y media estaba en casa bebiendo vino; tenía buen sabor y fue

pasando con suavidad por su garganta hasta que, aproximadamente a las ocho y media, abrió la segunda botella. Entonces sintió hambre y recordó la bolsa del supermercado que hacía tres días se hallaba en la cocina sin abrir. Nunca hacía la compra personalmente si podía evitarlo, sino que utilizaba el teléfono y luego le dejaban los pedidos en la puerta de la cocina. Generalmente abonaba las compras con cheque enviado por correo. Evitaba todo contacto con la gente. Aburrimiento.

Entonces pensó en unas sardinas portuguesas y patatas fritas, pero a la vez se percató de la presencia de Armaziel tras la puerta de la cocina. Retrocedió al entrar ella, quizá aguardando la posible presencia de un ratón, y vio un libro que estaba a punto de caer sobre él. Era la Biblia, y Armaziel sonrió, ya que pertenecía a esa raza que se ha tomado por ángeles aun en los tiempos en los que Jacob soñaba.

La viuda Lucy estaba demasiado borracha como para correr tras él u ocultar sus ojos para no mirar la blancura del atavío de Armaziel, y así permaneció inmóvil, sorprendida de que cualquiera, aunque fuese un maldito ángel, hubiera podido entrar con tanta facilidad en su casa.

—¿Qué estás haciendo con mis patatas fritas? De todos modos, ¿quién eres tú, brujo de cabellos largos?

El vino era bueno para su nivel de comunicación, pensó, extendiendo una mano hacia la bolsa de patatas fritas que sostenía el ángel en una mano.

—Iba a entregárselas con un poco de queso de crema, pero me parece que el queso de crema está estropeado. Debía haberlo puesto en la nevera.

—Debía. Tienes razón. Mis hábitos caseros ya no son lo que fueron. ¿He de suponer que tu familiaridad con la naturaleza de cosas tan terrenales como las normas a seguir sobre el queso de crema suprime enteramente la primera impresión que recibí de que eras un ángel bajado del cielo?

Lucy reconoció su propio estilo de discurso tras haber bebido algo. Palabras pomposas, cuidadas, ingeniosas pero desfasadas y aburridas. Estaba más que borracha y veía cosas, alucinaciones. Ello, por supuesto, se provocaba en su mente inconsciente. «¿Y quién hubiese pensado que en mi mente disponía de ángeles guardianes? Yo, que no tengo nada de religiosa. Todo esto está en mi mente. O algo por el estilo.»

—Soy de otro planeta —dijo el ángel.

¿De manera que era eso? Ahora conocería detalles que ella no sabía que sabía, de forma que todo sería real, innegable. Puede que él la llevase en un viaje en OVNI, como Adamski y aquellos lunáticos. ¡Oh, Jesucristo! ¿Acaso esto era locura? No resultaba desagradable. Era bueno tener compañía. El esplendente ser era simpático.

—Que yo sepa no hay eso que llaman ángeles —dijo el nuevo amigo de Lucy.

Lucy movió la cabeza lentamente, con ademán interrogativo.

—Explícame quién eres —musitó, bebiendo.

—A menudo se nos toma por tales a causa de los materiales de nuestras ropas, que durante siglos han estado mucho más avanzados que los vuestros. Y nuestros cabellos y nuestras alas, desde luego.

—Desde luego. Las alas.

Las alas le llegaban hasta los pies. Blancas, hermosas. Como las de un enorme cisne.

—Ya ves, es nuestra forma de visitar gente en planetas como la Tierra, gente que sufre. Visitamos principalmente a los que padecen ciertas condiciones mentales y emocionales. Y por muy buenas razones que te explicaré.

Lucy abrió la bolsa de las patatas fritas y la extendió. Él tomó unas cuantas y comenzó a comer. ¿Comían las apariciones? Lucy le imitó. Resultaban enloquecedoras las patatas fritas. Una no podía parar de comérselas, hasta que, de repente, se daba cuenta de que estaba tan harta que las aburría.

—Estás enferma desde hace tiempo —dijo el brillante ser.

—Cierto. ¿Cómo lo sabías?

—Te estuve observando, por supuesto. Paso mucho tiempo en la Tierra. Soy lo que se llama un guardián. Lucho contra los demonios de Sirio Ocho allí donde tratan de proliferar.

—¿Estás seguro de que no te refieres a Sirio Nueve? —preguntó Lucy, riendo entre dientes.

Sabía que estaba borracha y que sufría alucinaciones, pero aun así estaba

segura de haber leído algo de ciencia ficción sobre Sirio Nueve. ¿O era Sirio Ocho? Por primera vez en un año, sentía algo parecido a la felicidad. Era agradable aquel juego con el inconsciente.

Sin embargo, otra parte de Lucy se había convencido de la realidad de la persona que tenía ante sí. Su cerebro le decía que todo aquello era pura imaginación. Pero no siempre se podía confiar en el cerebro.

Suficientes patatas fritas. ¿Dónde estaba el vino?

—¿Quieres un poco de vino?

—No, gracias. El alcohol perjudica terriblemente mi facilidad de vuelo. Es más peligroso que tener las rodillas vacilantes si estás a varios pies de altura sobre el terreno.

—Lo imagino. ¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó Lucy, bebiendo otro trago.

—En nave espacial hasta una estación piloto y luego volando. La nave descansa al borde de vuestro oxigenado cinturón, a bastante altura.

—Comprendo. ¿Y tú respiras aire de la Tierra? Seres espaciales. ¿Dónde estaba su casco?

—Sí, respiro aire de la Tierra, pero tengo que tomar píldoras para equilibrar mi sangre. En mi planeta el aire es más rico y más puro.

—Naturalmente. No lo envenenáis como hacemos nosotros. Estáis mucho más avanzados.

Luego, Lucy lamentó haber sido tan ruda.

—Perdóname por ser tan chistosa. ¡Es todo tan insólito!

—Lo sé. No te preocupes. Algunas veces me arrojan cosas y la gente chilla. Siempre trato de emborrachar a mis nuevos pacientes antes de llegar a ellos. Reduce mucho el momento del susto. Creen que están viendo visiones, lo cual es malo, pero no tan sorprendente como la verdad.

—Realmente me sorprendes ¿Cómo te llamas?

—Armaziel.

Bueno, ella jamás había oído tal nombre. ¿Acaso el inconsciente inventaba tanto? Tendría que consultar algunos libros. Como la Biblia, los libros hebreos. Todo aquello era muy interesante. En aquel momento estaba vacilando un tanto. Sería mucho mejor sentarse.

—Bonito nombre. ¿Chico o chica?

—El sexo en nuestro planeta carece de importancia porque es universal. Lo suprimimos hace unos cuatro mil años.

¡Por Judas! Aquello sí que era auténtica imaginación de viuda. Siempre había sido feminista, y en verdad que había experimentado cierta ola de alegría después de la muerte de su esposo. La aflicción, la desgracia, también significaban libertad. Lo que hubiera hecho perfectas todas las cosas hubiera sido no sentirse sexualmente frustrada. Como aquel esplendente andrógino que comía patatas fritas con movimientos exquisitos, pero no afeminados. Pero el sexo era en su cuerpo un perpetuo machaconeo, solamente ahogado por los grandes dolores de cabeza y corazón.

—¿Por qué has venido a mí?

—Para ayudarte a salir de tu desesperación, pero primero he de explicarte su naturaleza. No es lo que supones, sino algo más serio y asombroso. Tendré que aclarártelo primero porque de lo contrario no podremos efectuar una cura.

¡Una cura! ¡Estar bien y ser normal otra vez!

—Entonces, dímelo. Haré café.

Puso la cafetera a hervir, pero Armaziel rechazó el café. Pidió un vaso y bebió agua fresca. Lucy observó dónde lo depositaba para comprobarlo más tarde.

El brillante ser comenzó a explicar a Lucy por qué estaba tan enferma y cómo se curaría.

Desde luego eran los demonios de Sirio Ocho, aunque Armaziel sólo les llamaba demonios porque se parecían a negros buitres de cuatro pies de altura y tenían la costumbre de tomar posesión de cuerpos humanos dejando sus propios cuerpos en casa.

Tardaron meses en conseguirlo, pero tuvieron gran paciencia y el resultado final fue un pájaro-demonio siriano perfectamente disfrazado de ser humano. Un ser humano insano. Intentaban apoderarse de la Tierra de aquella manera. Lo habían estado intentando durante miles de años, cientos de miles de años. Y durante todo aquel tiempo, tanto Armaziel como su raza intentaron detenerles. Porque si los sirianos se esparcían por el universo,

Lucy debía entender que sucederían cosas terribles. La destrucción y el mal les seguían por todas partes. Les iba bien en la Tierra, pero el equipo de Armaziel también lo estaba haciendo muy bien. La formidable batalla tenía lugar día y noche.

Sin embargo, la psiquiatría estaba ayudando, sin querer, a los demonios, al drogarles. Una vez drogados no había posibilidad de ayudar a los presos, especialmente en un hospital.

Lucy reflexionó sobre el hecho de que estaba aumentando alarmantemente el número de pacientes mentales. Jamás había habido tantos locos e infelices.

Alrededor de la medianoche, cuando el vino estaba acabándose y Armaziel aún estaba con ella, sentado en su mecedora, con las encantadoras alas medio abiertas, Lucy comenzó a saber que todo era cierto.

Le interrumpió cuando estaba dándole la parte principal de la receta para expulsar al pájaro-demonio que la poseía. Extendió una mano para tocarle. Él cogió su mano. La mano de Armaziel era fría, real y sólida. Esta circunstancia la animó.

Era la primera mano que sostenía desde hacía mucho tiempo. Le hubiese gustado llorar, pero los pájaros-demonio mantenían sus garras sobre sus emociones, las atrofiaban de manera que sus víctimas abandonaban sus cuerpos sin protesta. Ningún ruido, sólo un lento corroer interior.

Sí, Armaziel era real y verdadero. Incluso sentía su bondad. Pero ni siquiera se estremeció, como debía, al darse cuenta de que la mano que sostenía era la exterior de dos que habían crecido, bellamente formadas, en la misma muñeca de Armaziel. La otra se hallaba frente a la primera, muy flexible.

Armaziel señaló que una persona de inteligencia humana o superhumana que tenía alas, también debía disponer de dos pares de manos. Para transportar cosas por el aire, para entrar en la nave espacial, para luchar contra los enemigos. Un par no sería suficiente.

—Muy a menudo decimos que necesitamos cuatro manos —dijo Lucy, preguntándose a la vez cómo habría podido soñar aquello.

Pero no lo había soñado. Era real. La duda y la certeza llegaban y se iban,

pero en su mayor parte se sentía segura de aquella realidad. Y era la cosa más tranquilizante. No había temor alguno.

Tenía a alguien a su lado, alguien que sabía lo que ella padecía, que la podía ayudar en forma real. Alguien que se preocupaba por ella. ¿Y si aun así no fuera real? Pero tenía que serlo y ella debía intentar su cura.

De lo contrario, estaría perdida en manos del pájaro-demonio o de una indigna enfermedad terrenal, todo era lo mismo.

Estuvo sentada toda la noche tomando cuidadosa nota mental de lo que debía hacer para entrar de nuevo en posesión de su cuerpo, expulsar al demonio y llevar una existencia normal saludable, una vez más. No era una operación excesivamente compleja, pero sí embarazosa y tonta en algunos aspectos. Lograr que siete personas rogaran por una dos veces en un día durante dos medias horas diferentes. ¿Cómo? Recurrir a extraños, puesto que ella no tenía ya amigos. No había nada de malo en hacer la prueba, aunque quizá se sentiría ridícula. Diría que se trataba de un asunto de vida o muerte. Y en realidad, lo era.

Aun cuando se tratara de una alucinación, bien podría dar como resultado una cura. Era tema repetido a través de toda la historia, ángeles que se aparecían a la gente en momentos de dolor, con un plan de acción, con instrucciones contra las fuerzas del mal. Espadas brillantes y demás. Se puso en pie y escribió algunas notas en la pared de la cocina bajo el precepto que la ordenaba beber vino. El proceso de cura sería una mezcla de oración, magia y falsedad.

Armaziel le dijo que la razón de que algunos curanderos tuvieran éxito con su extraña cura era que las recetas habían sido tomadas hacía muchos miles de años, recetas que nunca habían olvidado los pueblos primitivos. Algunas veces la oración era suficiente y el éxito se atribuía a exorcismos de alguna iglesia. Pero si había otra cosa, además de la concentración de buenos pensamientos de siete seres humanos que no podía soportar un pájaro-demonio, entonces para este último resultaba veneno. Como el ácido prúsico para los humanos. O bien el demonio partía rápidamente o moría.

—Ahora debo irme —dijo Armaziel—. Gracias por tu hospitalidad.

Abrió la puerta y salió. Lucy probó la puerta y la encontró cerrada, a

pesar de que la llave estaba guardada en un cajón. Comprobó esto último.

Armaziel dijo a través del buzón del correo de la puerta:

—No temas. Es uno de nuestros talentos menores abrir las puertas cerradas.

Al día siguiente, Lucy empleó mucho dinero en llamadas telefónicas tratando de elegir gente al azar en la guía para que rezaran por ella durante dos sesiones de media hora en un día. De cuatro y media a cinco y de diez a diez y media. Nada de palabras especiales ni algo por el estilo. Sólo una concentración de buenos pensamientos y esperanzas y quizá algún *amor* hacia ella. Comenzó a hacer las llamadas, diciendo:

—Perdóneme por molestarle. Soy una desconocida, pero ¿consentiría usted en rezar por alguien si se encontrara en dificultades y ese alguien se lo pidiese?

Algunas personas colgaban el teléfono en cuanto oían la palabra «desconocida», otras lo hacían al oír la palabra «dificultades» y había otras que colgaban al oír hablar de «oración».

También había algunas que fueron más allá hasta el punto de mostrarse groseras con Lucy cuando ésta explicó lo que deseaba. Era asombroso lo extendido que estaba su propio y cínico ateísmo. Y lo que aún era peor, muchas personas ni siquiera soñaban con prestar ayuda a nadie y así lo manifestaban.

—Si está en dificultades soluciónelas usted misma.

—Me atrevería a decir que es culpa suya.

—Los inmorales siempre piden ayuda a otros, con lamentos.

—Llamaré a la policía.

—Vaya a ver a un médico.

—Está usted bromeando.

—No me haga perder el tiempo.

Lucy comenzó a hacerse preguntas sobre la gente. ¿Acaso había personas que si no dedicaban un solo pensamiento a un alma atormentada también le negaban un trozo de pan a un cuerpo hambriento? ¿Acaso existían tantas

personas egoístas, cerradas de corazón? Suprimió el pensamiento de que Armaziel y sus seguidores debían atravesar momentos muy duros en la Tierra; en su mayor parte, los habitantes de esta última se inclinaban a Sirio Ocho.

Pero hacia la mitad de la tarde ya contaba con siete personas que la ayudarían. Una de ellas era católica romana, una anciana de ochenta y tres años.

—Sí, querida. Rezaré por cualquiera. ¿Cuántas avemarías cree que serán suficientes?

Otra era un tendero hindú.

—Sí, señora. El señor Murke rezará. Quizá en un futuro próximo quiera usted visitar nuestro establecimiento. Tenemos el mejor surtido en artículos de alimentación también. Dos medias horas garantizadas. De todos modos, rezo mucho cada día porque la oración es buena para el alma. Buenos días.

Otra era un auténtico ateo.

—Está bien. Cualquier cosa para carcajearme. Le enviaré mi amor.

Otra era un extraño filósofo cristiano.

—Sí, por supuesto. Pero si llama usted pronto o me visita le podré presentar a nuestro pequeño grupo. Ninguno de nosotros está nunca enfermo, ni hay necesidad de estarlo. Ya sabe usted, buenos pensamientos y obras.

Lucy dijo que no estaba segura de visitarle, pero que quizá lo haría. Sintiéndose culpable, pensó en que una buena acción se merecía otra.

Hubo otra persona que pidió a Lucy que rezara por ella al día siguiente. Era joven. Lucy dijo que lo haría, pero que carecía de fe. La persona joven era una muchacha que padecía cáncer.

Otra fue un hombre de negocios de mediana edad. Dijo que no había rezado por nadie, ni siquiera por sí mismo, desde que era niño.

—Si cree que eso le ayudará... No estoy seguro de cómo hacerlo, que conste.

Por otra parte, hubo un camionero que dijo que pensaría en ella durante su viaje a Edimburgo. Añadió que no era religioso, pero que Lucy le caía bien porque parecía muy desgraciada. Quería saber de qué se trataba, pero Lucy no lo explicó. Sólo adujo que no podía explicárselo.

—Bueno, yo también metí en ese mismo apuro a una muchacha.

Lucy pensó que aquella sensación de culpabilidad impulsaría al hombre a rezar por ella. Comenzó a hacer otros preparativos, todos de acuerdo con las instrucciones de Armaziel. Ignoró cuidadosamente que todos sus sentimientos sobre lo que estaba haciendo eran actos de una demente. Ya no importaba una cosa u otra. Estaba totalmente convencida de que debía seguir adelante con todo aquello. Si no lo hacía, los dolores de cabeza y las depresiones empeorarían. Moriría. Si no lograba resultados, bien..., pero todo podía ser. Había cosas extrañas. Sí que sucedían, pero no tanto como aquéllas y mucho menos a ella, pensó, encendiendo un pequeño fuego en una sartén sobre el suelo de la sala de estar. Se estremeció y se le ocurrió pensar en que no tenía nada de extraño que siempre sintiera frío. Los pájaros tenían plumas. Ella no tenía ninguna. Y quizá el planeta de los pájaros también estaría muy caliente.

Bebió el resto de su poción. Leche caliente con un huevo batido y mucha nuez moscada en polvo, endulzada con azúcar y regada con brandy. Era para darle energías y poder afrontar lo que iba a venir, había dicho Armaziel, porque la nuez moscada abriría ligeramente los bordes de su mente. Así se calentó un poco.

Se preguntó lo que pensaría su médico si le dijera que aquella nuez moscada había hecho más por ella que todos sus caros potingues. Se sintió más relajada y caliente. ¡Aquella porquería de píldoras! Una mínima mejoría en su cráneo. Agradable. Tomó asiento en la mecedora inhalando un poco de benzoína. Sostenía en la mano izquierda tres hojas de laurel; inhalaba también los varios palillos de incienso que había encendido y colocado alrededor de la habitación. Fragantes aromas de rosa y heliotropo. Los demonios los odiaban, había dicho Armaziel. Se inclinó y tomó algunas hojas más de laurel del paquete que tenía a sus pies y las arrojó en el fuego encendido en la sartén, donde crujieron y se consumieron, añadiendo humo al cargado ambiente de la estancia. Luego tomó la botella de benzoína y la vertió a su alrededor ignorando las manchas que estaba haciendo sobre la alfombra. Empapó un «Kleenex» en el líquido y lo sostuvo bajo la nariz. Tras respirar varias veces con fuerza, arrojó el «Kleenex» también al fuego.

Después se echó hacia atrás, con los ojos cerrados, y esperó. Mentalmente comprobó si se le había olvidado algo. No, todo estaba hecho.

Bostezó. Una y otra vez, más profundamente. Los bostezos llegaban desde lo más hondo de sus pulmones. No podía controlarlos por mucho que se esforzara. La toma de aire era enorme. Involuntariamente, abría las mandíbulas como un soñoliento gato, mostraba los dientes como si se hallara en la cumbre de un orgasmo y el aire entraba profundamente, como una aspiradora. Descanso. Luego, otro bostezo.

Estaba tan preocupada con los bostezos que ni siquiera se le ocurría pensar que quizá no hubiese suficiente aire en la estancia o que posiblemente la benzoína estaba haciendo efecto. No importaba cómo funcionaban las cosas. Los bostezos le inyectaban algo llenando espacios en su ser que pronto estarían llenos con otra cosa más.

Luego, las lágrimas. Nada de emoción, nada de sentimientos; sollozos, quejas. Nada de nada. Solamente lágrimas. Lágrimas como perlas, lágrimas solitarias y brillantes, formando diminutos arroyuelos, como cristal fundido que se deslizara por las enjutas mejillas, lágrimas que surgían de los ojos cerrados, calientes y grandes.

Lágrimas en cintas de sal, que goteaban y empapaban la parte delantera de su suéter. Lágrimas que podían haber sido recogidas en una copa de cristal, una, dos, tres. ¡Maldito seas, esclavo! Tráeme esa copa de media pinta, la copa de media pinta; lloro por Roma, y cuando lloro, lloro tales lágrimas que incluso un cocodrilo de media milla de longitud hubiese perdido en un campeonato lacrimoso.

La cabeza de Lucy se movía. ¿Cómo se había iniciado aquello? El movimiento era rítmico. Gene Krupa nunca lo había hecho mejor, ni Pandit Chatur Lal, ni el músico del gong chino que podía perderse para siempre enviando vibraciones a los extremos del universo si no fuera por la llamada del estómago. «Les he oído», pensó Lucy, tocando el metal con sus pequeños palillos y el disco produce música por sí solo. Podía haberlo jurado. El ritmo ayuda a enderezar la cabeza, sí, lo había oído decir, ¡pero no de aquella manera! Sonaban los dientes unos contra otros, sonaban los sesos chocando contra el vacío cráneo. Y el péndulo se ha equivocado durante todo este

tiempo, un tiempo enfermizo. Debe oscilar hacia delante y hacia atrás con regularidad, suavemente. Y cuando la cabeza oscila de lado a lado con tanta rapidez hace que el péndulo marche bien. Bajo una silente música, una fuente de algo muy importante. Mucho más importante que el corazón o la sangre. Algo central.

¡Dios! Jamás había sentido tanto placer al mover la cabeza. Necesitaba esto y yo no lo sabía. ¿Por qué no lo hace todo el mundo? ¿Por qué la gente ignora que sacudir la cabeza es la mejor cosa que se puede hacer? ¡Qué descubrimiento! Sacudir, sacudir. Y en las junglas de Bengala los Danzantes de Cabeza. ¿Tamil? ¿Telugu? Lo hacen. Vi una película y me maravillé ante la imposibilidad de mover la cabeza de aquella forma, como si se sacudiese seda negra al compás de la música que hacían los hombres. Hora tras hora, y mientras tanto el maíz crece alto. Si no bailan así cada primavera, entonces el maíz morirá. Ojos blancos, relampagueantes entre cabellos que se agitan en perfecta maniobra, cuellos como goma, se mueven para tocar el pecho y la espalda. Práctica de años y años, iniciada desde niños. Algunos mueren de tormentas cerebrales y aquí estoy yo, Lucy, haciéndolo sin el menor esfuerzo. Involuntariamente. Mi cuello no tiene huesos y se mueve libremente. No hago nada. Algo me mueve de esta forma.

Mis brazos están golpeando sobre los costados de mi silla y haciendo señales en el aire, hacia dentro, hacia fuera. Mis dedos trazan símbolos en el aire y yo no los entiendo. Nunca puedo realizar esos trucos de salón donde la gente separa los dedos, «¿Puedes hacer esto?», dicen, alzando ambas manos. «¿Puedes hacer esto?», dicen, moviendo las orejas. ¡Hábiles bastardos, no! No puedo hacer nada. Pero ¿puedes hacer esto? Mírame, Lucy, cómo envío mensajes con las manos. A la música, ¿no la oyes? Bueno, sí, puedo. Ya ves qué sucede.

Mis piernas golpean las tablas del suelo, salvajemente, con enorme rapidez, una y otra, todavía vertiendo lágrimas. Algo se alza dentro de mí, algo bueno. Y mi cabeza, la parte superior de mi cabeza. ¡Oh, Dios! ¿Qué sucede ahora? Algo está subiendo. Algo oprimido, estrujado, retorcido, arañado. Fuera de mi cabeza. Y se ha ido. Alzándose dentro de mí, desde el centro de mi cuerpo, algo bueno. Arriba, a través de mi cabeza, llenando el

espacio vacío. ¿Qué es? Una sustancia. Cálida, buena, dulce, poco familiar. Recuerda. ¿Qué?

Felicidad.

Lucy durmió profundamente en un halo protector de humo que era gas venenoso para un pájaro-demonio de Sirio Ocho, que seguramente huía volando, gritando, mostrando las garras, y maldiciendo como un villano curtido o genio del mal, volando hacia su jefe, de regreso a su propio cuerpo, lejos, murmurando imprecaciones.

Poco antes de las diez, Lucy despertó sintiendo que algo se agitaba. Era hambre. Se preparó leche caliente malteada y se fue a la cama, sonriendo y soñolienta. Se tendió con la luz encendida. Relajada, contemplando la dulzura de la normalidad. Para estar caliente como los demás, para vivir y no para morir.

La habitación se llenó de más luz y Armaziel se presentó allí para decirle que ahora todo iría bien; los siete ayudantes habían rezado bien, cada uno de ellos en su forma peculiar, y estaban comenzando de nuevo. Ella no necesitaba hacer más. Sólo dormir. Se cerraría en aquellos momentos para que el pájaro-demonio no pudiese entrar nuevamente en ella.

—Adiós, Armaziel.

Le deseó suerte en su perenne batalla, le dio las gracias, se tendió y sintió una inmensa gratitud. Él se había ido. La luz disminuyó. Encendió la lámpara de noche y cerró los ojos.

«Hay muchas cosas que no le pregunté. Dónde está exactamente este planeta, cuánto tiempo vive él, qué hay del OVNI, si le pertenece a él o es de los otros. Por qué la Tierra está lamentándose. Olvidé preguntarle cosas.»

Dormir sin soñar durante diez largas horas.

Los días felices se convertían en semanas felices. La liberación de Lucy del pájaro-demonio de Sirio Ocho era completa y perfecta. El demonio no había dejado huella alguna. Se había ido.

Pudo mirarse en un espejo y se vio joven de nuevo y comprobó que su aspecto era saludable. En el armarito del cuarto de baño guardó muchas

cosas. Drogas, hojas de afeitar, cosas que eran útiles y no amenazadoras. No significaban muerte en potencia porque ahora no pensaba en la muerte. La vida era buena. Ansiaba vivir, trabajar, salir y entrar, dormir, despertar y comer. Estas cosas eran buenas porque eran normales sin dolores insólitos. Levantarse de una silla sin tener que reunir antes fuerzas para hacerlo. Lucy aún hallaba placer en esto. Cubrirse con un fino vestido sin sentir estremecimientos de frío. Era maravilloso. No pensaba a menudo en las otras almas enfermas que estaban poseídas por los terribles extraños, pero cuando lo hacía sus pensamientos eran difíciles y muy pronto se identificó con su feliz presente. Después de todo, ¿cómo podía evitarlo? Había rezado por la moribunda joven que en aquel día también había rezado por la liberación de Lucy, sintiéndose violenta, estúpida, sin fe. En cuanto se refería a pagar su salud, era otra cuestión. Porque ahora dudaba a medias de la realidad de Armaziel. Pensaba que había sido una ficción. Una figura que había llegado a ella desde el inconsciente, a tiempo, cuando ella se encontraba al borde de la locura.

En consecuencia, no había otras personas poseídas por los pájaros-demonio de Sirio Ocho. Estaban enfermas en formas diferentes. Lucy no podía ayudar, y, sin embargo, algunas veces, por la noche, pensaba que todo era cierto, que había sido verdad, y que si podía hallar el medio de avisar al mundo sobre lo que estaba ocurriendo ayudaría a Armaziel en su lucha contra el mal.

Era su obligación. Pero, en primer lugar, ¿cómo hallar a los enfermos? ¿Cómo decírselo sin que la considerasen demente? Era imposible.

Reflexionó sobre todos los medios que podía usar para denunciar el peligro que se cernía sobre la Tierra. Decírselo a los psiquiatras. ¿Escribir a algún prelado de la Iglesia? No habría respuesta. Todo lo más, una visita de algún sacerdote que ofrecería «instrucción». ¿El primer ministro? Probablemente recibía montones de cartas diciéndole que el mundo estaba siendo ocupado por extraños. Era hasta posible que tuviera una secretaria para solucionar tal clase de correspondencia. ¿El secretario general de las Naciones Unidas? Demasiado ocupado para preocuparse de si la Tierra estaba siendo ocupada por extraños.

Realmente no había nada que ella pudiese hacer. Siempre se lo decía a sí misma y muy pronto dejó de pensar en ello. El tiempo libre, cuando no contaba con demasiado trabajo en su labor de ilustración, lo dedicaba a pintar la casa, a cubrir las huellas de sus manos y los mensajes escritos en las paredes. Pronto fue todo normal en la vida de Lucy. Luego pensó que quizá debía hacer de nuevo un poco de vida social. ¿Y si se enamoraba y se casaba otra vez? No era imposible. Hasta podía tener hijos. Aún no era vieja.

Un día, al final de la primavera, escribió en la última pared de la casa que debía pintar: «Armaziel, necesito tu consejo.»

No recibió respuesta; así que cubrió la pared con pintura y salió a comprar plantas para el largo tiesto de su ventana. Adquirió flores de varias clases. Emocionada ante la perspectiva de un verano lleno de colorido en su ventana, regresó dando un paseo por el parque en lugar de atajar por la calle mayor. El día era hermoso. Había niños jugando ataviados con sus ropas veraniegas. Un perro corría de un lado a otro con un pequeño palo en la boca. Madres empujando los cochecillos de sus bebés. Cantaban los pájaros, y el aire era suave. Miles de tulipanes alegraban los ojos de Lucy, y una mimosa esparcía pequeñas bolas de algodón amarillo alrededor del banco donde se detuvo a descansar. Todos los asientos estaban llenos de ancianos de la vecindad. Mujeres con las cestas de la compra y perros de aguas. Mujeres de edad con bolsas de maíz para los pájaros. Ancianos con periódicos. Ancianos con bastones y sombreros de paja. Lucy recordó los mediodías de domingo de su infancia. Lo único que allí faltaba era la banda de música tocando en el quiosco central... Se recostó pensando, como siempre, que los bancos de los parques eran terriblemente incómodos, pero en aquel día tal circunstancia no importaba. Una anciana que ya estaba sentada en el mismo banco inmediatamente entabló conversación. El corazón de Lucy latió apresuradamente. Había ansiado la tranquilidad total. «No seas mezquina — se dijo a sí misma—, la pobre anciana probablemente es una solitaria.»

—Sí, un hermoso día —dijo Lucy, mirando a su alrededor y suprimiendo así toda ulterior conversación.

—¿Ha estado comprando plantas, querida?

—Sí, para el alféizar de mi ventana.

—Bonito un alféizar así. Si yo fuera joven como usted, ¿qué no haría?

Lucy se sintió violenta.

—¿Qué haría usted? —interrogó. La anciana lo pensó un momento, y Lucy miró hacia el césped donde en dos separados estanques nadaban dos cisnes.

—Vendría aquí y charlaría con una anciana como yo, supongo —dijo la mujer, riendo repentinamente.

Lucy imitóla por mostrarse cortés. Luego lanzó una ojeada a su paquete. Tenía que llevar pronto aquellas flores a casa y plantarlas antes de que se marchitasen.

Lucy contempló de reojo cómo la anciana abría su bolso y extraía puñados de migas y maíz que extendió en el sendero. Instantáneamente acudieron los pájaros sin temor alguno. Uno de ellos se posó sobre la tendida muñeca y pareció alegrarse de que lo alzasen hasta el rostro agudo e interrogador de la anciana.

Lucy estaba asombrada de lo mansos que eran los pájaros y tendió también una mano. Pero los pájaros emprendieron el vuelo hasta que una vez más se reunieron en el otro extremo del banco. Lucy sintió un estremecimiento de frío. Realmente no se podía confiar en aquellos días de primavera. Debía haberse traído una chaqueta de lana. Una vez más miró a la anciana que alimentaba a los pájaros y se dio cuenta de lo pobremente vestida que estaba. Penosa. Delgada, arrugada y sucia, como un cuervo muerto de hambre. La brisa trajo una oleada de extraño y desagradable olor que hizo abrir la boca a Lucy y pensar en irse. Horrible. Y familiar.

Lucy cogió su paquete de plantas y trató de levantarse, pero no pudo hacerlo. En el acto recordó dónde había sentido aquel hedor. En ella misma cuando había estado enferma. Aquella anciana cubierta de harapos, poseída por un pájaro-demonio. Entonces, ¿por qué estar tan alegre? Era uno de ellos, ahora feliz en el mal. La cabeza de Lucy osciló. Le dolía. No hacía falta preguntar: «Eres uno de ellos, ¿verdad?»

La esquelética figura de ojos duros y penetrantes la miró directamente sosteniendo un pájaro en una mano parecida a una garra, y Lucy oyó, como si las palabras llegasen desde enorme distancia:

—Nadie se fija en las viejas. Es como un disfraz. Hace años que vengo aquí a dar de comer a mis pequeños primos.

Lucy intentó ponerse en pie, luchando interiormente por mantener fuera la cosa. De repente, quiso gritar. Pero su voz apenas fue audible:

—¡Tú eres uno de ellos!

—Sí, querida. Hace treinta años o más que estoy con dios. Salvamos todas las almas que podemos...

Miró a Lucy con un rostro en el que se destacaba la nariz en forma de pico. ¿Salvar almas? ¿Era aquello lo que opinaban los parásitos del mal? ¿Como un ejército de salvación de Sirio *convirtiendo* a la gente? Luego, que los conversos convirtieran a otros.

El sol se puso.

El policía recogió el bolso negro de encima del banco y examinó su interior. No había medio de identificarlo. Sólo contenía restos de comida para pájaros y un pequeño transistor. Era un aparato de radio costoso para tenerlo aquella anciana. Se lo llevó a la comisaría e informó al sargento de guardia.

—¿Adónde se fue ese viejo pajarraco después de ser atacado por la loca?

—No lo sé. Desapareció entre la gente tan pronto como las separé. La muchacha era una verdadera fiera. Golpeó a la anciana con un paquete de plantas, le dio puntapiés, y algunos puñetazos. Totalmente fuera de sí, dijo que había descubierto a un pájaro-demonio de otro planeta y ¿no sabíamos que la Tierra estaba siendo ocupada? Luego continuó chillando. Se la han llevado a St. Luke con camisa de fuerza.

—Parece que ha estallado una especie de epidemia. La semana pasada ocurrió un caso parecido. Dijo que teníamos que decírselo al primer ministro antes de que fuese demasiado tarde. El tipo atacó a otro repentinamente en un bar.

El sargento de servicio redactó una cartulina para Objetos Perdidos y probó los tres mandos de la radio transistor sin obtener resultado alguno. Pilas agotadas. Se preguntó si era robada y quizá eso explicaba cómo la anciana atacada había huido del lugar a toda prisa. Depositó el aparato en un

cajón fijándose en que había otro igual que nadie había reclamado. Tampoco funcionaba. Habría que decírselo al primer ministro, sin duda. Aquellas gentes tenían grandes ideas, pero actuaban poco. ¡Atacar a una pobre anciana! Bueno, de todos modos había que compadecerles.

Tan pronto como Lucy tuvo oportunidad escribió sobre su cama de hospital con harina de avena:

«¡Oh, Armaziel! ¿Dónde estás ahora?» La enfermera, enfadada, limpió la colcha y administró a Lucy otra píldora. Fue necesario que dos enfermeras la tranquilizaran, pero aun así, la amenaza de la camisa de fuerza hizo su efecto.

EL ÁRBOL DE SALIVA

Brian W. Aldiss

Podríamos decir que en esta narración confluyen dos épocas de la SF: la primitiva y la actual, de la que precisamente Aldis es uno de los más relevantes exponentes.

Homenaje a Wells y a la primera SF (la acción se sitúa a principios de siglo, y el mismísimo H. G. Wells aparece como «estrella invitada», en este relato se unen la evocación y la desmitificación, a través del tema más «clásico» del género: el de la invasión extraterrestre.

«No hay discurso ni lenguaje; pero se escuchan sus voces.» (Salmo XIX.)

—Sabes, conozco bastante sobre la cuarta dimensión —dijo el hombre rubio, con un tono de voz absolutamente sincero.

—¡Hum! —dijo su compañero, levantando los ojos hacia el cielo estrellado.

—Se nos aparece con gran claridad en estos días. ¿No tienes la impresión de percibirla incluso en los dibujos de Aubrey Beardsley?

—¡Hum! —dijo su compañero.

Estaban ambos situados en una pequeña elevación del terreno al este de la dormida ciudad anglicana de Cottersall, contemplando las estrellas y tiritando un poco bajo la fría brisa de febrero.

Los dos eran jóvenes, de poco más de veinte años. El que parecía preocupado con la cuarta dimensión se llamaba Bruce Fox. Era alto y rubio y trabajaba como pasante adjunto en la firma noruega de abogados Prendergast and Tout. El otro, el que hasta ahora se había limitado al proferir una o dos exclamaciones, respondía por el nombre de Gregory Rolles y es el héroe de nuestra historia. Era alto, moreno, con ojos grises y un rostro agradable e inteligente. Tanto él como Fox habían jurado pensar sin barreras, distinguiéndose así, por lo menos en su propia opinión, del resto de los habitantes de Cottersall en los últimos años del siglo XIX, en que ocurre nuestro relato.

—¡Ahí va otro! —exclamó Gregory, rompiendo por esta vez su estilo monosilábico.

Con el índice de su mano enguantada señalaba la constelación del Auriga. Un meteoro cruzó el cielo como una bola incandescente desprendida de la Vía Láctea y se perdió en la noche.

—¡Bellísimo! —dijeron los dos a un tiempo.

—Es curioso —dijo Fox, usando esta frase como prólogo a sus palabras—. Las estrellas y las mentes de los hombres guardan y siempre han guardado entre si una estrecha relación; podemos observarlo incluso en los siglos de ignorancia anteriores a Charles Darwin. Se diría que las estrellas siempre están llamadas a jugar un papel no muy bien definido en las vidas humanas. También ellas me ayudan a pensar sin barreras. ¿No te ocurre a ti lo mismo, Greg?

—Ya sabes lo que pienso a este respecto, que algunas, de esas estrellas pueden estar habitadas. Por gente, quiero decir —respiró profundamente, sintiendo la emoción de lo que decía—. Gente que quizá es incluso mejor que nosotros, ha conseguido una sociedad más justa... Gente espléndida.

—Ya sé lo que quieres decir: ¡socialistas todos ellos hasta el último hombre! —exclamó Fox. Este era un punto en el que no compartía las opiniones avanzadas de su amigo. Había escuchado a míster Tout hablando en la oficina y estaba convencido de que a este respecto sabía mucho mejor que su rico amigo Rolles hasta qué punto los socialistas estaban socavando los cimientos de la sociedad en aquellos días—. ¡Las estrellas llenas de socialistas!

—¡Mejor así, que llenas de cristianos! Si estuviesen llenas de cristianos no hay duda de que ya nos hubieran enviado misioneros aquí para predicar el evangelio.

—Me pregunto si habrá alguna vez viajes interplanetarios, como predicen Nunsowe Greene y monsieur Jules Verne... —dijo Fox.

Pero la aparición de un nuevo meteoro le hizo detenerse a mitad de lo que iba a decir.

Lo mismo que el anterior, este nuevo meteoro parecía llegar también desde el Auriga. Se movía lentamente en el espacio, con un resplandor rojo y venía de frente a ellos. Los dos amigos se agarraron por el brazo y dejaron escapar una exclamación al mismo tiempo. La magnífica chispa ardía en su trayectoria, con una especie de núcleo anaranjado dentro de su halo rojizo, ahora que era ya mucho más grande. Pasó por encima de sus cabezas (más tarde discutieron si había hecho un ligero ruido al pasar) y se perdió tras la copa de un sauce.

Sabían que había pasado cerca. Durante un instante, la tierra se iluminó con su resplandor.

Gregory fue el primero en hablar:

—Bruce, Bruce, ¿has visto eso? No era una bola de fuego ordinaria, como las otras.

—Quizá nuestro visitante celestial ha llegado al fin.

—Hey, Greg, debe de haber caído cerca de la granja de tus amigos, los Grendon, ¿no crees?

—Tienes razón. Mañana iré a visitar al señor Grendon y a enterarme de si él o su familia han visto algo de todo esto.

Los dos amigos hablaban llenos de excitación, moviendo con fuerza los pies para calentarse mientras ejercitaban sus pulmones. Su conversación era la conversación de dos jóvenes naturalmente optimistas y estaba plagada de multitud de especulaciones, que solían comenzar con frases como: «¿No sería maravilloso si...?» o «Supón que...»

Ambos se interrumpieron y se echaron a reír de sus propias hipótesis absurdas.

Fox dijo con cierta malicia:

—¿De modo que mañana irás a ver a la familia Grendon?

—Es lo más probable, a menos que esa nave planetaria al rojo se los haya llevado ya a un mundo mejor.

—Dime la verdad, Greg. A quien tú vas a ver en realidad es a esa linda Nancy Grendon, ¿no es así?

Gregory le dio a su amigo una palmada amistosa en el hombro.

—No necesitamos ahora tus celos, Bruce. Voy a ver al padre, no a la hija. Aunque la una es hembra, el otro es progresista y eso me interesa mucho más aún. Nancy tiene belleza, es cierto, pero su padre... ¡Ah, su padre tiene electricidad!

Riendo aún, se estrecharon la mano alegremente y se separaron para irse a dormir.

En la granja de los Grendon las cosas eran mucho menos tranquilas en aquellos momentos, como Gregory no tardaría en descubrir.

Gregory Rolles se levantó a la mañana siguiente antes de que diesen las siete, como era su costumbre.

Estaba encendiendo su estufa de gas y deseando que el señor Fenn (el panadero en cuya casa se alojaba) se decidiera de una vez a instalar la electricidad, cuando una asociación de ideas le llevó a reflexionar de nuevo sobre el fenómeno maravilloso que habían visto la noche anterior en el cielo.

Dejó vagar su imaginación con deleite por todas las posibilidades que el meteoro iluminaba. Al final, decidió que lo mejor era coger su yegua y darse un paseo hasta la granja del señor Grendon en cuanto estuviese vestido.

Tenía la suerte de poder pasar sus días, en aquel período de su vida, como mejor se le antojara, ya que su padre era un hombre acomodado. Edward Rolles, el autor de sus días, tuvo la buena fortuna de encontrar a Escoffier, el gran cocinero, durante la guerra de Crimea. Con su ayuda había puesto en el mercado una harina de hacer pasteles, a la que bautizó con el nombre de «Eugenol» y que, gracias a ser un poco más sabrosa y menos perjudicial a la salud que sus rivales, había llegado a alcanzar un gran éxito comercial. Como resultado de ello, Gregory había podido educarse en uno de los colegios de Cambridge.

Ahora que había obtenido ya su diploma estaba en condiciones de empezar una carrera. Pero, ¿cuál? Durante su permanencia en Cambridge había adquirido ciertos conocimientos científicos, más por el contacto y el intercambio de ideas con otros condiscípulos que por las enseñanzas de sus profesores. Algunos de sus ensayos habían recibido elogios y se habían publicado algunos de sus poemas. Gregory se inclinaba más bien por la literatura. Y una premonición de la dureza de la vida que esperaba a todos aquellos que no pertenecían a las clases privilegiadas le había hecho considerar seriamente la posibilidad de dedicarse a una carrera política. En ciencias divinas se hallaba también preparado. Pero la idea de ingresar en una orden religiosa no le tentaba en absoluto.

Mientras decidía lo que iba a hacer con su futuro, pensó que lo mejor era irse a vivir fuera de casa, ya que las relaciones que mantenía con su padre no eran excesivamente cordiales. Durante este período de vida rústica en el

corazón de West Anglia confiaba en llegar a reunir material suficiente para completar un volumen que había bautizado con el nombre de *Vagabundeos con un naturalista socialista*, y que una vez acabado colmaría gran parte de sus ambiciones. Nancy Grendón, que tenía buena mano para dibujar, podía incluso hacerle una pequeña viñeta para la primera página. Quizá incluso se atrevería a dedicárselo a su autor favorito, Herbert George Wells.

Se vistió con ropas de abrigo, porque la mañana estaba gris y fría, y se dirigió hacia las cuadras del panadero. Cuando tuvo ensillada a «Daisy», su yegua, montó con agilidad y la dirigió hacia el camino que ella conocía ya tan bien.

La granja se encontraba en una especie de colina aislada en medio de las marismas y de algunos estanques que reflejaban en su superficie al gris plomizo del cielo. La verja, al final del pequeño puente, estaba abierta, como de costumbre. «Daisy» marchó sola a través del barro hacia los establos, donde Gregory la dejó para que se diese un buen atracón de avena. La perra «Cuff» y su cachorro, «Lardie», comenzaron a ladrar alegremente en torno a las piernas de Gregory, como hacían siempre que llegaba a la granja. Él les acarició la cabeza sin dejar de andar hacia la casa.

Nancy salió corriendo a su encuentro antes de que llegase al porche.

—Tuvimos novedades anoche, Gregory —le dijo.

Y él notó con cierto placer que al fin se había decidido a llamarle por su nombre.

—¡Algo sumamente luminoso y brillante! —continuó ella—. Iba ya a retirarme cuando oí el ruido y luego vi aquella luz. Corrí a mirar por entre las cortinas y allí estaba aquella cosa enorme, hundiéndose como un huevo en nuestro estanque.

Su acento, sobre todo cuando estaba excitada como ahora, tenía el deje inconfundible de Norfolk.

—¡El meteoro! —exclamó Gregory—. Bruce Fox y yo estábamos anoche dando un paseo para observar la constelación del Auriga, que aparece todos los años en febrero, cuando vimos aquella extraña cosa cruzar el cielo. Yo estaba seguro de que iba a caer muy cerca de aquí.

—¡Pero si casi cayó encima de la casa! —dijo Nancy.

Estaba muy bonita, con las mejillas brillantes, los labios rojos y sus rizos castaños en desorden. Mientras hablaba, su madre apareció en el umbral, con delantal y gorro y un mantón echado sobre los hombros.

—Nancy, entra, vas a coger frío parada ahí. ¿Estás loca o qué te pasa, muchacha? Hola, Gregory, ¿cómo le va? Pensé que no le veríamos hoy. Entre y caliéntese.

—Buenos días tenga usted, señora Grendon. Su hija me estaba hablando sobre el maravilloso meteoro de ayer noche.

—Era una estrella fugaz, según dice Bert Neckland. Yo no sé lo que era, pero asustó mucho a los animales. Eso sí que lo sé.

—¿Se puede ver algo en el estanque? —preguntó Gregory.

—Ven que te lo enseñe —contestó Nancy.

La señora Grendon se volvió a meter dentro, con un aire digno y reposado, la espalda muy derecha y un gran peso, nuevo, por delante. Nancy era su única hija. Había también un varón, Archie, un mozo testarudo como una mula que se había peleado con su padre y ahora estaba trabajando como aprendiz de herrero en Norwich. Estos eran los Únicos que le quedaban vivos. Otros tres que nacieron no habían sido capaces de sobrevivir a la combinación de nieblas y vientos helados que caracterizaba los inviernos en Cottersall. Pero ahora, inesperadamente, estaba de nuevo encinta, lista para darle un nuevo bebé a su marido cuando plegase la primavera.

Mientras iba con Nancy hacia el estanque, Gregory vio al señor Grendon, que trabajaba con dos de sus ayudantes en el campo del oeste, pero ninguno de ellos agitó la mano.

—¿No se emocionó tu padre con lo de anoche?

—¡Que si se emocionó! Cogió su escopeta y salió con Bert Neckland a ver lo que pasaba. Pero no había nada que ver, sino unas cuantas burbujas en la superficie del estanque y un poco de vaho que había quedado flotando allí. Esta mañana no quería ni hablar de ello. Dijo que había que continuar el trabajo, a pesar de lo ocurrido.

Se detuvieron los dos frente al estanque, una extensión de agua oscura y tranquila, con algunos grupos de juncos en la margen del otro lado. Desde donde estaban, el molino de viento, negro y macizo, quedaba a su izquierda.

Nancy señaló hacia él con la mano.

Había barro salpicado sobre sus paredes, hasta bastante arriba. Y también se veían algunas manchas oscuras en la punta de lona blanca de su aspa más próxima. Gregory observó todo esto con interés. Nancy, sin embargo, continuaba la línea de sus propios pensamientos.

—¿No crees que mi padre trabaja demasiado? Cuando no está haciendo alguna faena, está leyendo sus panfletos y sus manuales de electricidad. No descansa nunca, más que cuando duerme.

—Lo que quiera que sea que cayó en el estanque hizo un buen impacto. Pero se diría que no hay nada ahí ahora, ¿verdad? Aunque realmente no se puede ver mucho a un par de pulgadas por debajo de la superficie.

—Puesto que tú eres amigo suyo, mamá pensó que quizá pudieras decirle algo. Se acuesta siempre tan tarde... Algunas veces es más de medianoche, y luego está ya en pie a las tres y media. ¿No quieres hablarle? Ya sabes que mamá no se atreve.

—Nancy, tenemos que ver qué es lo que cayó ahí dentro. No puede haberse disuelto. ¿Qué profundidad tiene aquí el agua? ¿Es muy hondo?

—¡Oh, no me estás escuchando siquiera, Gregory Rolles! ¡Qué me importa a mí el viejo meteoro!

—Esto es una cuestión científica, Nancy. ¿No te das cuenta...?

—Vieja ciencia podrida, ¿no es eso? Entonces no quiero escuchar. Tengo frío aquí. Tú puedes quedarte mirando todo lo que quieras, pero yo me voy adentro, antes de congelarme. No era más que una piedra caída del cielo, eso es todo. Se lo he oído decir a mi padre y a Bert Neckland.

—¡Mucho sabe Bert Neckland de estas cosas! —le gritó Gregory, cuando ella ya había iniciado el regreso.

Luego se quedó mirando la superficie oscura del agua. Lo que quiera que fuese que había *llegado* la noche anterior, estaba allí, a sólo unos pocos pies por debajo de él. Ardía en deseos de averiguar qué era. Algunas imágenes cruzaron rápidamente por su mente: su nombre en los titulares del *Morning Post*, la Real Sociedad Geográfica nombrándole miembro de honor, su padre dándole un abrazo y rogándole que volviese a casa.

Echó a andar, pensativo, hacia el granero. Las gallinas se apartaron

cacareando a su paso y él se detuvo un instante en el umbral de la puerta para acostumbrar sus ojos a la penumbra del interior. Allí guardaban un bote de remos, según creía recordar. Quizá era el que había usado el señor Grendon para llevar de paseo a la señora Grendon por el Oast, en los días en que la estaba cortejando. Seguro que nadie había vuelto a usarlo en muchos años. Sacó el bote del cobertizo y lo puso sobre el agua del estanque. Flotaba. ¡Menos mal! La madera de los costados estaba demasiado seca y dejaba entrar el agua por alguno de sus intersticios, pero no lo bastante como para hacerle desistir de su propósito. Se metió dentro con cuidado, entre la paja y el estiércol que se había juntado en el fondo, y empujó con los remos.

Cuando ya estaba casi en el centro del estanque, dejó de remar y se inclinó a mirar por encima de la borda. El agua estaba agitada y no era posible ver nada, aunque imaginó mucho.

Mientras estaba en esta posición, el bote se ladeó inesperadamente hacia el lado opuesto. Gregory se dio la vuelta, agarrándose con las dos manos para conservar el equilibrio. El bote se inclinó aún más hacia la izquierda y los remos rodaron hacia aquel lado. Aún no podía ver nada. Sin embargo, oyó algo... Era un sonido apagado, algo así como el jadeo sordo de un lebrél de caza. Y lo que quiera que fuese estaba a punto de hacer zozobrar la embarcación.

—¿Qué pasa? —exclamó en voz alta, al tiempo que sentía que se le erizaba la piel de la nuca y el cuero cabelludo.

El bote dio otro balanceo, como si alguien invisible estuviese intentando encaramarse a él por la otra borda. Asustado, recogió uno de los remos y casi sin pensarlo lo pasó por el costado izquierdo del bote.

Al hacerlo, tropezó con algo sólido, donde sólo parecía haber aire.

Sorprendido, dejó caer el remo y extendió la mano. Tocó una cosa blanda. Al mismo tiempo, algo le golpeó en el brazo.

A partir de este instante, más que pensar, actuó por instinto. No era momento para detenerse a hacer un análisis de la situación. Empuñando de nuevo el remo golpeó el aire con él. Dio contra algo. Se oyó una zambullida y

el bote se enderezó tan bruscamente que Gregory casi se fue de cabeza al agua. Aún se tambaleaba la embarcación cuando el muchacho comenzó a remar con todas sus fuerzas hacia la orilla. En cuanto la hubo alcanzado, sacó el bote del agua y echó a correr hacia la seguridad de la casa.

Al llegar a la puerta se detuvo y controlándose con un esfuerzo mental procuró que su corazón recobrase poco a poco su ritmo normal. Con la vista perdida en el maderamen del porche intentó analizar lo que acababa de ocurrirle y lo que había visto. Pero ¿es que había visto algo en realidad?

Se obligó a sí mismo a regresar hasta el estanque y allí, parado junto al bote, observó la superficie. Estaba completamente tranquila e inmóvil, excepto por algunas ondas que la brisa levantaba. Miró el bote. Tenía una buena cantidad de agua en el fondo. Pensó, para tranquilizarse: «Lo único que me ha sucedido es que casi lo hago zozobrar yo mismo y he dejado que mis temores estúpidos se apoderasen de mí.» Moviendo la cabeza arrastró el bote otra vez hasta el cobertizo del granero.

Como hacía con frecuencia, se quedó a almorzar en la granja, pero no vio al granjero hasta la hora de ordeñar las vacas.

Joseph Grendon era un hombre de unos cuarenta años, apenas un poco mayor que su mujer. Tenía un rostro enjuto y solemne y una barba espesa que le hacía parecer más viejo de lo que era. A pesar de estar preocupado, saludó a Gregory cortésmente. Se quedaron el uno junto al otro, bajo la penumbra de la tarde que moría, mientras las vacas entraban en sus respectivos establos. Juntos caminaron luego hasta el cobertizo cercano donde se guardaban las máquinas. Grendon encendió las lámparas de aceite que ponían en funcionamiento la máquina de vapor que haría dar vueltas al generador para producir la chispa vital.

—Puedo oler aquí el futuro —dijo Gregory, sonriendo. Para entonces, había olvidado ya el *shock* que había sufrido por la mañana.

—El futuro tendrá que arreglárselas sin mí. Yo estaré muerto para entonces •—dijo el granjero, sin detenerse en sus movimientos, pero articulando claramente cada palabra.

—Eso es lo que usted dice siempre —dijo Gregory—. Pero se equivoca: el futuro se precipita sobre nosotros.

—Ahí no anda errado, Gregory, pero yo no llegaré a verlo, me parece. Soy un hombre viejo. ¡Aquí viene ya!

La última frase se refería a la chispa de luz que apareció en la bombilla piloto colocada por encima de sus cabezas. Los dos se quedaron contemplando con profunda satisfacción la maravillosa maquinaria. A medida que el vapor aumentaba su fuerza, la ancha correa de cuero comenzó a girar más y más de prisa y la luz de la bombilla se hizo más intensa. Aunque Gregory estaba ya acostumbrado a vivir en, sitios alumbrados por gas y por electricidad, nunca había experimentado la excitación que sentía allí, en medio del campo, donde la bombilla incandescente más cercana se encontraba probablemente en Norwich, a casi un día entero de viaje.

Una claridad temblorosa iluminó el cobertizo. Por contraste, el exterior parecía más oscuro. Grendon asintió satisfecho, hizo algunos ajustes en las zapatas y salieron fuera.

Ahora que se habían alejado del ruido del vapor, escuchaban más distintamente los mugidos de las vacas. A la hora de ordeñarlas estaban por lo general silenciosas. Algo las había inquietado. El granjero echó a correr hacia los establos. Gregory fue detrás de él.

La nueva luz, que una bombilla colgante proyectaba sobre los pesebres, les mostró en seguida hasta qué punto los animales estaban nerviosos y con los ojos asustados. Bert Neckland estaba de pie, tan lejos de la puerta como le era posible, con un palo levantado en las manos y la boca abierta.

—¿Qué demonios estás mirando, dime? —le preguntó Grendon.

Neckland cerró lentamente la boca.

—Tuvimos un susto —respondió al cabo de un momento—. Algo ha entrado aquí.

—¿No viste lo que era? —le preguntó Gregory.

—No. No había nada que ver. Era un espíritu, eso es lo que era. Entró aquí derecho y tocó a las vacas, También me tocó a mí. Era un espíritu.

El granjero lanzó un gruñido.

—Un vagabundo, más bien. No pudiste verlo porque aún no había dado la

luz.

Su ayudante movió la cabeza con énfasis.

—La luz no era tan mala como todo eso —dijo—. Le aseguro que lo que quiera que fuese vino hasta mí y me tocó.

Al llegar aquí se interrumpió y señaló con un dedo hacia el borde de una de las vallas.

—¡Mire ahí! ¿Ve como no le estaba diciendo ninguna mentira? Era un espíritu y ahí está su huella mojada.

Los tres se agruparon para examinar el borde carcomido de la madera que separaba dos pesebres. Podía verse allí una mancha indefinida de humedad, que hacía la madera más oscura. Los pensamientos de Gregory volaron a su experiencia en el estanque, aquella mañana, y sintió de nuevo un escalofrío de inquietud. Pero el granjero dijo.

—Tonterías. No es más que un poco de baba de vaca. Anda y sigue ordeñándolas, Bert, y basta de sandeces, porque quiero mi té. ¿Dónde está «Cuff»?

Bert miró a su patrón con aire de desafío.

—Si no me cree a mí, tal vez crea a la perra. Ella vio también lo que quiera que fuese y salió corriéndole detrás. La cosa le dio una patada, pero ella siguió sin parar.

—Voy a ver si la encuentro —dijo Gregory.

Salió fuera apresuradamente y empezó a llamar a la perra. Era ya de noche y no pudo distinguir nada que se moviese en el patio, de modo que echó a andar en la otra dirección, sendero abajo, hacia donde estaban las pocilgas y los campos, llamando a «Cuff» mientras caminaba. De pronto, se detuvo al escuchar unos gruñidos salvajes un poco más adelante, casi debajo de los álamos. Era «Cuff», no había duda. Siguió avanzando con precaución. En aquel momento maldijo que la luz eléctrica hubiese suprimido del uso cotidiano las linternas y deseó al mismo tiempo tener un arma.

—¿Quién anda ahí? —llamó.

El granjero vino hasta él.

—¡Vamos por ellos!

Echaron a correr hacia delante. Los troncos de los cuatro grandes olmos

se recortaban contra el cielo y se reflejaban en el estanque. Distinguieron la forma de la perra y en el mismo momento que Gregory la vio, el animal salió volando por el aire, describió un círculo y fue a dar contra el granjero, que extendió los brazos para protegerse del golpe. Casi simultáneamente, Gregory sintió el roce del aire, como si alguien o algo invisible hubiese pasado corriendo muy cerca de él. Sintió en las narices un olor hediondo. Vacilando sobre sus piernas, se volvió a mirar a su espalda. La débil claridad que salía de los establos iluminaba el trozo de terreno que había entre los cobertizos exteriores y la casa. Más allá, quedaba el paisaje silencioso que se extendía detrás del granero. No se veía nada ni en un sitio ni en otro.

—¡Han matado a mi «Cuff»! —gritó Grendon en aquel momento.

Gregory se arrodilló junto al cuerpo exánime del animal. No tenía ninguna herida, pero estaba muerta. De esto no cabía ninguna duda.

—Ella sabía que había algo ahí —dijo Gregory—. Y fue detrás de lo que quiera que fuese, pero la cogieron primero. ¿Qué podía ser? ¿Qué demonios podía ser?

—Han matado a mi «Cuff» —repitió el granjero, sin prestar atención a sus palabras. Cogió el cuerpo de la perra en sus brazos y echó a andar con ella hacia la casa. Gregory se quedó donde estaba, con la mente y el corazón igualmente inquietos.

Dio un salto involuntario al escuchar unos pasos que se aproximaban. Era Bert Neckland.

—¿Qué ha pasado? ¿El fantasma ha matado a la perra? —preguntó.

—Sí, la ha matado. Pero se trata de algo más terrible que un fantasma.

—Seguro que es uno de esos espíritus, se lo aseguro. Yo he visto muchos de ellos en mi tiempo. Usted no tiene miedo de los fantasmas, ¿verdad?

—Usted mismo estaba bastante pálido en el establo, hace unos minutos.

El mozo de granja se llevó los puños a las caderas. No sería más que un par de años mayor que Gregory, pero era de constitución muy robusta, con la piel llena de pecas y una nariz chata que le daba un aire de comedia y de amenaza al mismo tiempo.

—¿Usted cree, Gregory? Pues usted no tiene demasiado buen aspecto ahora.

—Tengo miedo, no me importa confesarlo. Pero es porque tenemos que habérnoslas con algo mucho más peligroso que cualquier fantasma.

Neckland se le acercó un poco.

Entonces si lo cree así, será mejor que en adelante no venga mucho por la granja.

—Ni pensarlo —dijo Gregory, e intentó continuar su camino, pero el otro le cortó el paso.

—Si yo estuviese en su lugar, no vendría —dijo Neckland recalcando las palabras, al tiempo que apoyaba un codo en la chaqueta de Gregory—. Recuerde que Nancy estaba interesada en mi mucho antes de que usted apareciese.

—¡Ah, es de eso de lo que se trata! Creo que Nancy puede decidir por sí misma en quién está interesada, ¿no cree?

—Se lo estoy diciendo yo, ¿no me entiende? Y procure no olvidarlo —recalcó sus últimas palabras con otro codazo.

Gregory le apartó el brazo, furioso. Neckland se encogió de hombros y se alejó. Aún se volvió un momento para decir:

—Le van a caer cosas peores que espíritus si sigue rondando por aquí.

Gregory se sentía molesto. La violencia contenida que había en la voz del hombre indicaba bien a las claras que su resentimiento era ya antiguo. Sin sospecharlo, Gregory había procurado siempre mostrarse amistoso con él y había tomado el aire taciturno del otro por pura cerrazón mental. En su mejor estilo socialista para suprimir las barreras de clase había hecho verdaderos esfuerzos de aproximación. Y ahora se encontraba con esto. Por un momento sintió el impulso de ir tras de Neckland para hacer las paces. Pero se dio cuenta a tiempo de que el otro lo tomaría como un signo de debilidad. De modo que echó a andar hacia la casa, donde el granjero había ido con su perra muerta.

Volvió demasiado tarde a Cottersall aquella noche para ir a encontrarse con su amigo Fox. A la noche siguiente hizo demasiado frío, hasta el punto que Gabriel Woodcock, el habitante más viejo del lugar, profetizó nieve antes

de que acabase el invierno (una profecía poco arriesgada, que se cumplió plenamente antes de las cuarenta y ocho horas, impresionando así a la mayor parte de la aldea, que sentía un gran placer en alardear y exclamar: «¡Te digo que...!»). Los dos amigos se reunieron en la taberna El Viajero, que tenía mejor fuego que la de Los Tres Cazadores Furtivos, que estaba al otro extremo del pueblo, aunque la cerveza era mucho más floja.

Procurando no olvidar ningún detalle dramático de lo sucedido, Gregory le contó a Fox los acontecimientos del día anterior, omitiendo sin embargo lo que se refería a la actitud airada de Neckland. Fox le escuchaba tan fascinado que llegó a olvidarse de su pipa y de su cerveza.

—De modo que ya ves, Bruce —concluyó Gregory—. En aquel estanque profundo junto al molino hay hundido alguna clase de vehículo, el mismo que vimos llegar por el cielo, y dentro de él se oculta un ser invisible de intenciones perversas. Temo por mis amigos de la granja. ¿Tú crees que deberíamos avisar a la policía?

—Estoy seguro de que no va a ayudar en nada a los Grendon el hecho de tener por allí rondando al viejo Farrish en su jamelgo —dijo Fox, refiriéndose al representante local de la ley. Dicho esto aspiró una larga bocanada de humo de su pipa y tomó mi buen trago de cerveza—. Pero no estoy seguro de que tus conclusiones sean correctas, Greg. Comprende, no es que dude de los hechos, por raros que sean; lo que quiero decir es que ya estábamos esperando visitantes celestiales de alguna clase. El nuevo florecimiento del mundo con luces de gas y de electricidad debe haber sido para muchos habitantes del espacio una señal bien visible de que ya estamos civilizados. Pero ¿por qué querrían nuestros visitantes hacer daño a nadie intencionadamente?

—Mataron a la pobre «Cuff» y casi me ahogaron a mí. No sé adónde quieres ir a parar. No han comenzado su visita de una manera muy amistosa, ¿verdad?

—Piensa cómo deben de juzgar ellos la situación. Supón que vienen de Marte, o de la Luna. Su mundo tiene que ser absolutamente diferente al nuestro. Deben de estar aterrados. Y no puedo llamarle poco amistoso al hecho de querer subirse a tu bote. El primer acto poco amistoso fue realmente

el tuyo, cuando le diste un golpe con el remo.

Gregory se mordió los labios. Su amigo tenía razón sobre este punto.

—Estaba asustado —dijo.

—Puede ser que ellos mataran a «Cuff» porque también estaban asustados. Después de todo, la perra les atacó, ¿no es eso? Me dan pena estas criaturas, perdidas en un mundo tan hostil.

—Tú sigues diciendo «éstas». Por lo que yo sé, hasta ahora sólo hay uno de ellos.

—Mi opinión es, Gregory, que parece haber abandonado de pronto toda tu actitud abierta de antes. Lo único que quieres es acabar con estas pobres criaturas en lugar de intentar comunicarte con ellas. ¿Te acuerdas lo que decías a menudo, a propósito de todos los otros mundos, habitados por socialistas? Intenta pensar en estos seres invisibles como si fueran socialistas y veamos si no te resulta más fácil entenderte con ellos.

Gregory comenzó a acariciarse la barbilla. Interiormente reconocía que las palabras de Bruce Fox le habían causado una profunda impresión. Es cierto que había dejado que el pánico se impusiera a su razón, y como resultado de ello había actuado tan impulsivamente como cualquier salvaje en algún remoto confín del imperio que viese por vez primera una locomotora de vapor.

—Será mejor que vuelva a la granja y aclare la situación lo antes posible —dijo—. Si esas cosas necesitan realmente ayuda, voy a ayudarles.

—Eso es. Pero trata de no pensar en ellos como «cosas». Piensa en ellos como..., como..., ya sé: como los aurigas.

—Aurigas son, Bruce, Perú si tú hubieses estado en aquel bote...

—Ya lo sé, amigo mío. Me hubiera muerto de miedo. —A esta frase llena de tacto añadió—: Haz como hemos dicho. Vuelve a la granja y aclara la situación lo antes posible. Estoy ansioso de conocer el próximo episodio de este misterio. Es la cosa más estupenda que he oído desde la invención de Sherlock Holmes.

Gregory Rolles volvió a la granja. Pero aclarar la situación le llevó más

tiempo del que había pensado. Y esto se debió principalmente a que los aurigas, después de la agitación del primer día, parecían haberse instalado tranquilamente en su nuevo hogar debajo del agua.

No habían vuelto a salir de allí, por lo que pudo enterarse. O por lo menos no habían vuelto a causar ningún problema. Gregory sintió bastante que fuese así, ya que había tomado las palabras de su amigo al pie de la letra y estaba dispuesto a demostrar lo benévolo y lo abierto de espíritu que se encontraba ante aquella forma de vida. Al cabo de varios días sin novedad, llegó a pensar que se habían ido tan inesperadamente como habían llegado. Luego, un pequeño incidente le convenció de que no era así. Y aquella misma noche, confortablemente sentado en su cuarto, se lo escribió en estos términos a su admirado corresponsal en Worcester Park, Surrey:

Querido míster Wells:

Debo excusarme por no haberle escrito antes, debido a la falta de novedades en lo que se refiere al asunto de la granja Grendon.

¡Hasta hoy los aurigas no han vuelto a dar señales de vida! Y realmente se «mostraron», en la verdadera acepción de la palabra, para tratarse de criaturas invisibles.

Nancy Grendon y yo estábamos en la huerta dando de comer a las gallinas. Hay todavía mucha nieve y todo el campo está blanco. Cuando las aves acudían corriendo hacia la batea de Nancy, vi algo extraño al final del huerto. Era simplemente un poco de nieve que caía de una rama de manzano, pero el movimiento atrajo mi atención y pude observar entonces toda una *procesión* de nieve que caía de los árboles en dirección adonde estábamos nosotros. La hierba es bastante alta en esta parte y pronto vi que los tallos se inclinaban hacia el suelo, como empujados por un *peso invisible*. Llamé la atención de Nancy hacia el fenómeno. El movimiento de las hierbas se detuvo tan sólo a unos pocos pasos de nosotros.

Nancy se asustó, pero yo hice un esfuerzo para comportarme un poco más como un inglés, de lo que había hecho hasta entonces. Avancé un paso y dije:

«¿Quiénes sois, y qué queréis? Somos vuestros amigos si venís amistosamente.»

No hubo ninguna respuesta. Avancé un paso más. Ahora la hierba se inclinaba hacia otro lado y pude ver, por el modo como aparecía comprimida contra el suelo, que la criatura invisible debía de tener unos pies enormes. También pude comprobar que iba corriendo. Le grité y eché a correr detrás de ella. Dio la vuelta a la casa y luego se dirigió hacia el barro helado del patio. Allí perdí sus huellas. Pero el instinto me hizo continuar avanzando, hasta más allá del cobertizo, en dirección al estanque.

Mis sospechas se confirmaron cuando vi que la superficie del agua embarrada se levantaba y formaba una onda de succión, como si estuviera tragándose un peso que se sumergía lentamente. Algunos trozos de hielo se proyectaron hacia los bordes de la onda y por su dirección de rechazo pude ver cómo se hundía aquella extraña criatura y cómo desaparecía en un instante, dejando tras de sí un pequeño remolino. Estoy seguro de que se dirigió por debajo del agua hacia su misterioso vehículo.

Estas cosas, o estas gentes, no sé cómo llamarlas, deben de ser acuáticas. Quizá viven en los grandes canales del Planeta Rojo. ¡Pero imagínese, señor, una humanidad invisible! La idea es casi tan maravillosa y fantástica como si estuviese sacada de su novela *La máquina del tiempo*.

Le ruego que me comunique su opinión y que confíe en mi precisión y cordura como reportero.

Suyo afectísimo,

Gregory Rolles.

Lo que no contó en su carta fue la manera en que Nancy se había apretado contra él después del incidente, una vez que estuvieron de vuelta, en la sala, y le había confesado cuánto miedo pasó. Y cómo él había rechazado burlonamente la idea de que aquellas criaturas pudieran ser hostiles y al

hacerlo había advertido admiración en los ojos de la muchacha. Pensó que, después de todo, era una chica muy decidida y digna de que se enfrentara por ella con la ira de aquellos dos hombres tan diferentes: Edward Rolles, su propio padre, y Bert Neckland, el mozo de la granja.

Fue a la hora del almuerzo, una semana más tarde, cuando Gregory estaba de nuevo en la granja, llevando en el bolsillo un artículo sobre electricidad como pretexto de su visita, cuando se discutió por primera vez el tema del rocío maloliente.

Grubby fue quien lo mencionó primero, delante de Gregory. Grubby era el otro mozo de la granja y formaba con Bert Neckland el equipo completo de trabajadores de Joseph Grendon. Pero mientras que Neckland era considerado lo bastante de fiar como para dormir en la granja (tenía un cuartito pequeño en el desván), Grubby sólo tenía categoría para dormir en una choza de madera y yeso construida bastante lejos del edificio principal. Su «casa», como él la llamaba con dignidad, quedaba justo detrás de la huerta y cerca de las pocilgas, cuyos moradores arrullaban con sus gruñidos el sueño del mozo.

—Juraría que nunca hemos tenido un rocío como éste, míster Grendon —dijo Grubby, y por el tono de su voz podía deducirse que ya se había comentado esto antes; por la mañana seguramente. Grubby nunca se aventuraba a decir nada original.

—Denso como un rocío de otoño —dijo el granjero con firmeza, como si hubiese habido ya una discusión sobre el tema.

Hubo un silencio, roto sólo por el ruido que hacían al masticar (y por parte de Grubby un cierto ruido de cañería al tragar). Estaban todos absortos en dar cuenta de enormes platos de conejo guisado con patatas.

Si no era un rocío ordinario —dijo Grubby al cabo de un rato—, eso yo no lo sé.

—Olía a mierda de sapo —comentó Neckland—. O a agua podrida de charca.

Siguieron masticando.

—Sin duda está relacionado con el estanque —dijo Gregory—. Una

especie de evaporación de miasmas.

Neckland dejó escapar un gruñido. Desde su silla, a la cabecera de la mesa, el granjero se interrumpió un momento en su comida para apuntar con su tenedor hacia Gregory.

—En eso puede que tenga razón —dijo—. Porque escúcheme esto: ese rocío sólo ha caído dentro de nuestra propiedad. Unos pocos metros más allá de la puerta exterior la tierra estaba completamente seca. Seca como un hueso.

—Así es, señor —convino Neckland—. Y, mientras que el campo del este estaba chorreando con esa basura, yo mismo vi que los helechos al otro lado de la valla no estaban nada mojados. ¡Ah, es un enigma!

—Digan lo que quieran, nunca hemos tenido un rocío como ése —repitió Grubby. Y con sus palabras parecía resumir el pensamiento de todos los presentes.

Aquel rocío misterioso no volvió a caer. Como tema de conversación era, pues, bastante limitado, incluso para la granja, donde no había mucho de qué hablar. Así que fue olvidado en unos pocos días. Pasó febrero, ni mejor ni peor que otros muchos febreros anteriores, y terminó con grandes tormentas de lluvia. Llegó marzo y con él comenzó una primavera fría sobre la tierra. Los animales de la granja comenzaron a dar a luz sus crías.

Y lo hicieron en un número muy elevado, como para contradecir la falta de fe del granjero en la productividad de sus animales.

—¡Nunca he visto nada semejante! —dijo Grendon a Gregory. Gregory tampoco había visto nunca al granjero tan excitado como entonces. Este cogió al joven por el brazo y le llevó con él hacia el pajar.

Allí estaba «Trix», la cabra de leche. Contra su flanco se apretaban tres cabritillos pardos y blancos, y un cuarto estaba de pie, experimentando equilibrios sobre sus patitas de alambre.

—¡Cuatro cabritos! ¿Ha oído hablar alguna vez de una cabra que tuviese *cuatro* crías a un tiempo? Mejor será que escriba a los diarios de Londres sobre esto, Gregory. Pero antes venga conmigo a las pocilgas.

Los gruñidos eran allí más ruidosos que de costumbre. Mientras descendían la cuesta, Gregory contempló los altos álamos que recortaban sus siluetas de color verde polvoriento contra el cielo y le pareció detectar algo siniestro en los ruidos que escuchó, algo con un elemento de nota histórica que se compaginaba muy bien con el comportamiento de Grendon.

Los puercos del granjero eran de raza cruzada, con preponderancia de negros grandes. Por lo general tenían camadas de diez cerditos. Ahora no había una sola hembra que no tuviese catorce por lo menos. Una, enorme cerda negra tenía dieciocho cochinitos revolcándose contra su panza. El ruido era tremendo, y parado allí, frente a tanta vida, Gregory se dijo interiormente que era absurdo pretender imaginar algo misterioso en ella. En el fondo sabía muy poco de granjas. Después de almorzar con Grendon y los hombres, ya que la señora Grendon y Nancy habían ido a la ciudad en la carriola, dio una vuelta solo por los terrenos, sintiendo todavía una profunda sensación de inquietud. Era absurdo, se dijo a sí mismo.

Un sol pálido doraba la tarde. No era lo bastante fuerte como para iluminar bien el interior de las aguas del estanque. Mientras Gregory permanecía junto al establo de los caballos contemplando la superficie líquida, vio que hervía de crías de sapo y renacuajos. Se acercó un poco más. Lo que desde lejos le había parecido una lámina de agua tranquila estaba llena de pequeñas criaturas vivientes que nadaban de un lado a otro. Mientras observaba esto, algo salió del fondo y se tragó un renacuajo. Los renacuajos proveían también de comida a dos patos que surcaban con sus crías la superficie, cerca de los juncos de la margen opuesta. ¿Cuántas crías tenía aquella pareja de patos? Un verdadero enjambre al parecer, jugando unos con otros entre el agua y las hierbas.

Durante un largo minuto se quedó allí parado, sin saber qué hacer. Luego dio la vuelta y comenzó a andar hacia la granja. Cruzó el patio, entró en la cuadra y ensilló a «Daisy». Montó en ella y se alejó al trote sin despedirse de nadie.

Al llegar a Cottersall fue directamente hacia el mercado. Reconoció la carriola de los Grendon, tirada por «Hetty», el ponny de Nancy, esperando frente a la puerta de la tienda de comestibles. En aquel momento Nancy y su

madre salían de la tienda. Desmontó de «Daisy» y condujo al animal por la brida hasta donde estaban ellas para saludarlas.

—Íbamos a visitar a mi amiga, la señora Edwards, y a sus hijas —dijo la señora Grendon.

—Si usted fuese tan amable, señora, le agradecerla mucho que me permitiese hablar unos minutos con Nancy, en privado. Mi patrona, la señora Fenn, tiene una salita en el piso bajo, en la parte de atrás de la tienda, y sé que nos dejaría usarla. Sería absolutamente respetable.

—Al diablo lo respetable. Que la gente piense lo que quiera, es lo que digo yo —pero se quedó de todas formas meditándolo durante unos minutos.

Nancy estaba junto a su madre con los ojos bajos. Gregory la miró y tuvo la impresión de que la estaba viendo por primera vez. Debajo de su abrigo de paño azul, ribeteado de piel, llevaba puesto su traje largo de algodón color pardo y naranja. En la cabeza llevaba un gorrito. Su cutis era limpio y sin mancha y su piel tan firme y delicada como la de una ciruela. Los ojos, oscuros, aparecían ahora velados por sus largas pestañas. Tenía los labios rectos, claramente definidos y un poco pálidos, con hoyuelos sumamente atractivos al lado de cada comisura. Se sintió casi como un ladrón, robándole esta visión de su hermosura mientras ella no miraba.

—Yo sigo a casa de la señora Edwards —declaró al fin Marjorie Grendon—. No me importa lo que hagáis, con tal de que os portéis bien; pero me importará si no os reunís conmigo dentro de media hora. ¿Me oyes, Nancy?

—Sí, madre.

La tienda del panadero estaba en la calle siguiente. Gregory y Nancy se dirigieron hacia allí sin hablar. Gregory dejó a «Daisy» en la cuadra y entró con Nancy en la sala por la puerta trasera. A aquella hora míster Fenn descansaba arriba y su esposa se ocupaba de la tienda, de modo que el cuartito estaba vacío.

Nancy se sentó muy derecha en una silla y dijo:

—Bien, Gregory; ¿de qué se trata? Separarme así de mi madre en plena ciudad...

—No te enfades, Nancy. Tenía que verte.

Ella hizo un mohín con los labios.

—Vienes a la granja con bastante frecuencia y nunca pareces tener demasiados deseos de verme allí.

—Eso es una tontería. Siempre vengo a verte a ti, sobre todo en los últimos tiempos. Además, tú estás más interesada en Bert Neckland, ¿no es cierto?

—¿Bert Neckland? ¿Por qué habría de estar interesada en él? Aunque no es asunto tuyo, si lo estuviera.

—Es asunto mío, Nancy. Porque estoy enamorado de ti.

No había pensado nunca soltarlo de este modo, pero ahora ya lo había dicho. Y una vez que lo había dicho, empeoró su situación cruzando el cuarto, arrodillándose a los pies de la muchacha y cogiéndole la mano.

—Nancy, querida Nancy, di que por lo menos no te desagrado. Dame un poco de ánimo.

—Tú eres un perfecto caballero, Gregory. Y te tengo mucho afecto, desde luego, pero...

—¿Pero?

La muchacha bajó los ojos de nuevo.

—Tu situación en la vida es muy diferente de la mía y además..., bueno, tú no haces *nada*.

Gregory se quedó callado ante estas palabras que no esperaba. Con el egoísmo natural de la juventud no se le había ocurrido pensar que ella pudiese tener ninguna objeción contra él. Pero al oírla se dio cuenta de la verdad de su posición; al menos tal y como ella la veía.

—Escucha, Nancy..., yo, bueno, es cierto que parece que no haga nada en el presente. Pero mientras estoy aquí leo y estudio mucho y me carteo con bastante gente importante en el mundo. Mientras tanto voy pensando cuál es la carrera que puede convenirme más. Te aseguro que no soy un vago, si es eso lo que piensas.

—No, no lo pienso. Pero Bert dice que vas a pasar muchas veladas a esa taberna de El Viajero.

—¡Oh, eso es lo que te cuenta! ¿Y por qué tiene él que meterse en lo que yo hago, ni tú, ya que lo mencionas? ¡Qué atrevimiento más condenado!

Ella se levantó al oírle.

—Si no tienes otra cosa que decir que lanzar juramentos, me vuelvo a buscar a mi madre, con tu permiso.

—¡Oh, por Júpiter! Qué lío estoy haciendo de todo esto.

La cogió por la muñeca.

—Escúchame, cariño. Sólo te pido una cosa, y es que trates de mirarme con simpatía. También que me dejes explicar lo que quería decirte a propósito de la granja. Están sucediendo allí cosas extrañas y de veras te digo que cuando pienso en ello no me gusta que pases las noches allí. Todo este exceso de nacimientos en los animales, todos esos cochinitos... Es de veras inquietante.

—No sé qué es lo que puede haber de inquietante en ello, si mi padre no piensa que lo es. Yo sé lo mucho que trabaja y cuánto esfuerzo ha puesto en criar sus animales. Eso es todo. Es el mejor granjero que hay en Cottersall, con mucha ventaja sobre cualquier otro.

—Desde luego. Es un hombre estupendo. Pero no es él quien puso siete u ocho huevos de gorrión en un solo nido, ¿verdad? Ni quien llenó el estanque de renacuajos y crías de sapo. Aquello parece un hervidero. Algo extraño está sucediendo en vuestra granja este año, Nancy, y de eso es de lo que quiero protegerte si puedo.

La sinceridad con que habló, unida a su proximidad física y a la pasión con que le apretaba la mano, contribuyeron a ablandar un tanto a la muchacha.

—Querido Gregory, tú no sabes nada de lo que es una granja, me parece, a pesar de todos tus libros. Pero es un gran gesto tuyo el preocuparte tanto.

—Siempre me preocuparé por ti, Nancy, hermosa mía —dijo él.

—¡Vas a hacer que me ruborice!

—Hazlo si quieres, porque entonces aún pareces mucho más bonita que de costumbre —le pasó un brazo por el talle y cuando ella levantó el rostro para mirarle la atrajo hacia sí y la besó ardientemente.

Ella dio un hondo suspiro y se apartó de él, pero no demasiado de prisa.

—¡Oh, Gregory, Gregory! Tengo que volver con mi madre ahora.

—¡Deja que te dé otro beso antes! No puedo dejarte ir hasta que te haya besado otra vez.

Así lo hizo y luego se quedó temblando junto a la puerta mientras Nancy salía.

—Ven a vernos pronto, otra vez —susurró ella.

—Con todo placer —le dijo él.

Pero la próxima visita que hizo a la granja no fue tan placentera como suponía.

El carro grande, lleno de cochinitos, estaba en medio del patio cuando llegó Gregory. El granjero y Neckland estaban trabajando por allí. Grendon saludó a Gregory alegremente.

—Tengo la oportunidad de hacer un buen beneficio con estos gritones. La marrana no puede alimentarlos a todos, pero los lechones tiernos alcanzan un buen precio en Norwich, de modo que voy a ir con Bert hasta Heigham y llevarlos en el tren.

—¡Han crecido mucho desde la última vez que los vi!

—¡Ah, sí! Han aumentado casi dos libras por día. Bert, vamos a buscar una red y echársela por encima o van a escaparse. ¡Están tan llenos de vida!

Los dos hombres atravesaron el patio en dirección al pajar, chapoteando en el barro. Gregory sintió también un chapoteo a sus espaldas. Se volvió a oírlo.

En el trecho fangoso que quedaba entre los establos y el carro aparecieron unas huellas. Dos líneas paralelas de huellas que parecían marcarse por sí solas, sin que nadie las hiciese. Se sintió invadido por una oleada de terror sobrenatural y no pudo moverse. Le pareció que todo se volvía gris y borroso en torno suyo, mientras continuaba allí clavado, sin poder apartar los ojos de aquellos dos pares de huellas que continuaban avanzando hacia él.

El caballo del carro relinchó nervioso; las huellas llegaron hasta el carro y se oyeron crujir sus maderas como si algo pesado hubiese trepado encima. Los cochinitos lanzaron chillidos de terror. Uno de ellos saltó por un lado. Luego se hizo un silencio de muerte.

Gregory aún no podía moverse. Oyó un extraño ruido de succión dentro del carro, pero sus ojos continuaban clavados en las huellas que había sobre el fango. Eran las huellas de algo muy distinto a un hombre: de algo que avanzase arrastrando unas aletas como las que tienen las focas. De pronto

recuperó la voz.

—¡Señor Grendon! —gritó.

Sólo cuando lo vio aparecer corriendo desde el pajar, con la red, seguido por Bert, se atrevió a volver los ojos hacia el carro.

Un último cochinillo parecía estar desinflándose allí rápidamente, como un globo que perdiera aire. Al fin se quedó plano e inerte, tendido junto a las otras pieles vacías. Las maderas del carro crujieron de nuevo y algo cruzó chapoteando rápidamente a través del patio en dirección al estanque.

Grendon no lo vio. Había corrido hasta el carro y estaba allí, mirando las pieles desinfladas con la misma expresión de desconsuelo que Gregory. Neckland miraba también y fue el primero de los tres en recuperar el habla.

—¡Alguna enfermedad los ha atacado a todos, así de pronto! —exclamó—. Debe de ser una de esas enfermedades nuevas que vienen del continente, en Europa.

—No es ninguna enfermedad —dijo Gregory. Apenas si podía hablar, porque acababa de darse cuenta que no había ningún hueso dentro de las pieles vacías—. Miren, aquel cochinillo que se escapó, aún está vivo.

Señalaba al decirlo al lechoncillo que había saltado del carro. Al hacerlo, se había dañado las patas y ahora estaba tumbado en una zanja, jadeando a pocos pasos de distancia. El granjero fue hacia él y lo cogió en sus brazos.

—Ha escapado a la enfermedad saltando fuera —dijo Neckland—. Señor, mejor que vayamos a ver cómo están todos los otros, en las pocilgas.

—Si, mejor que vayamos —dijo Grendon. Le tendió el lechoncillo a Gregory, con cara muy seria—. Es inútil llevar uno solo al mercado. Le diré a Grubby que desenganche el caballo; mientras tanto, ¿quiere usted ser tan amable de llevarle este pequeño a Marjorie? Al menos podremos comer un poco de asado de puerco mañana por la noche.

—Señor Grendon, esto no es una enfermedad. Haga venir al veterinario de Heigham y déjele que examine estos cuerpos.

—No me diga lo que tengo que hacer en mi granja, joven. Ya tengo bastantes problemas.

A pesar de este rechazo, Gregory no podía pensar en mantenerse alejado. Tenía que ver a Nancy y tenía que averiguar qué es lo que estaba ocurriendo

en la granja.

A la mañana siguiente del horrible suceso de la muerte de los cochinitos recibió una carta de su muy admirado míster H. G. Wells. En uno de sus párrafos decía:

En el fondo, no me siento ni optimista ni pesimista respecto a la situación. Me inclino a creer que estamos en el umbral de una época de espléndidos progresos; no hay duda de que esta época está ya a nuestro alcance. Tal vez estemos incluso próximos al «fin del mundo», tal y como lo anuncian los más sombríos profetas de fin de siglo. No me sorprendería oír que tan decisivo suceso está ya comenzando en una granja perdida cerca de Cottesall, en Norfolk, de un modo desconocido para todo el mundo, excepto para nosotros dos. No crea que no me siento aterrado por ello, aunque no pueda evitar que algo exclame en mí: «¡Qué gran broma!»

Él mismo estaba demasiado preocupado para conceder a semejante carta toda la atención que le hubiera concedido en otras circunstancias, de modo que se la guardó en el bolsillo de la chaqueta y se dirigió a la cuadra para ensillar a «Daisy».

Antes del almuerzo le robó un beso a Nancy y le plantó otro en la mejilla encendida mientras ella estaba de pie junto al gran fogón de la cocina. Aparte de esto, no hubo muchos placeres durante el día. Grendon estaba más tranquilo después de comprobar que ninguno de los otros cerdos habían caído víctimas de aquella terrible enfermedad de encogimiento, pero se mantenía vigilante ante la posibilidad de que atacara de nuevo. Entretanto, había ocurrido otro milagro. En una choza que había en los pastos bajos una vaca había dado a luz cuatro terneras durante la noche. No esperaba que el animal sobreviviese, pero las cuatro terneras se encontraban bastante bien, y era Nancy la encargada de alimentarlas con leche de una botella.

El granjero tenía una cara seria y fatigada, porque había estado en pie toda la noche, atendiendo a la vaca parturienta, de modo que se dejó caer con

gesto agradecido en su silla a la cabecera de la mesa cuando entró su mujer con la bandeja de puerco asado.

Lo malo es que no pudieron comerlo. Todos, en cuanto lo probaron volvieron a dejarlo en el plato. Tenía un desagradable sabor amargo y fue Neckland el primero en decirlo:

—¡Está enfermo! —gruñó—. Este animal tenía la enfermedad todo el tiempo. No debemos comerlo, o antes de una semana estaremos todos muertos.

Tuvieron que contentarse con un bocado de buey asado, un poco de queso y cebollas en vinagre; nada de lo cual resultaba apetitoso para la señora Grendon en su estado. Se fue escaleras arriba, con los ojos húmedos por el fracaso del guiso que con tanto esmero había preparado, y Nancy echó a correr tras ella para intentar consolarla.

Después que hubieron concluido su frugal comida, Gregory se decidió a hablar a Grendon.

—He decidido marchar a Norwich mañana, por unos pocos días, señor Grendon —le dijo—. Usted tiene ahora algunos problemas aquí, según creo. ¿Hay algo, algún asunto que pueda encargarme de resolver por usted en la ciudad? ¿Quiere que le busque allí un veterinario?

Grendon le cogió por el hombro.

—Ya sé que me lo dice de corazón, y se lo agradezco, pero no parece darse cuenta de que los veterinarios cuestan un montón de dinero y luego, cuando vienen, no siempre sirven de mucho.

—Entonces, Joseph, permítame que haga algo por usted, a cambio de todas sus amabilidades. Déjeme que traiga un veterinario de Norwich por mi propia cuenta. Sólo para que eche una ojeada, nada más.

—¡Que el diablo me lleve si no es usted más testarudo que una mula! —explotó Grendon—. Le estoy diciendo, lo mismo que decía mi padre: si encuentro alguien en mi granja que no he invitado a venir, voy a descolgar aquella vieja escopeta y a espolvorearle con postas, lo mismo que hice con aquellos dos vagabundos el año pasado. ¿Está claro?

—Creo que sí.

—Entonces, tengo que irme a ver a la vaca. Y deje de preocuparse por lo

que no entiende.

La visita que hizo a Norwich (un tío suyo tenía una casa en dicha ciudad) ocupó a Gregory la mayor parte de la semana siguiente. A su regreso, se apoderó de él de nuevo la aprensión, al acercarse otra vez a la granja de Grendon por la carretera que venía desde Cottersall.

Le sorprendió ver cuánto había cambiado el paisaje desde la última vez que pasara por allí. Nuevas hojas verdes habían brotado en los árboles e incluso los matorrales tenían un aspecto más alegre. Pero al aproximarse a la granja por la carretera desigual se dio cuenta de cómo había crecido todo allí, de una manera exagerada. Enormes saúcos y gigantescos perejiles habían surgido por todas partes, tan altos que casi ocultaban las construcciones. Por un momento temió que la granja hubiese realmente desaparecido hasta que, espoleando a «Daisy», vio al fin el viejo molino negro surgir por detrás de un grupo de arbustos florecidos. Los prados del sur estaban materialmente rebosantes de hierba alta. Incluso los álamos parecían mucho más frondosos que nunca, tan opulentos de ramas que casi cubrían la casa con sus formas abrumadoras.

Mientras entraba al trote contenido por el puente de tablas y pasaba al patio por la verja abierta, pudo ver enormes matas de ortigas saliendo de las zanjas adyacentes. Los pájaros revoloteaban por todas partes. Y sin embargo, la impresión que daba la granja era de muerte más que de vida. Una quietud absoluta parecía flotar sobre el lugar, como si se encontrara bajo una maldición que eliminaba todo ruido y toda esperanza.

En seguida se dio cuenta de que parte de esta sensación se debía a que «Lardie», la perrita negra hija de «Cuff», que generalmente salía ladrando a recibir a los visitantes, no había aparecido esta vez.

El patio estaba desierto. No se veían ni siquiera las gallinas. Mientras llevaba a «Daisy» hacia la cuadra vio un grueso alazán en el primer pesebre y lo reconoció inmediatamente como el del doctor Crouchorn. Al verlo aumentó más aún su inquietud.

Ya que no había sitio en la cuadra condujo su yegua hasta el abrevadero

de piedra que se hallaba situado cerca del estanque, la ató allí y echó a andar hacia la casa.

La puerta del porche estaba abierta también. Grandes matas de dientes de león crecían sobre los escalones. La hiedra trepadora, que nunca había sido allí muy abundante, parecía envolver ahora las ventanas bajas. Un movimiento entre las hierbas altas atrajo su atención. Las apartó con la punta de su bota de montar y vio allí agazapado un enorme sapo, devorando una culebra de pradera; aún tenía parte de la cabeza del ofidio en la boca. El sapo se quedó mirando fijamente a Gregory, con sus grandes ojos saltones, como si quisiera estar seguro de que el hombre envidiaba su glotonería. Con un estremecimiento de asco, Gregory se apresuró a entrar en la casa.

Llegaban desde el piso alto algunos ruidos apagados.

Las escaleras subían en espiral alrededor del escape de la enorme chimenea y estaban separadas de las habitaciones del piso bajo por una puerta con cerrojo. Gregory nunca había estado en el piso de arriba, pero no vaciló un momento. Abrió la puerta y comenzó a subir los escalones. Estaba bastante oscuro. Casi inmediatamente tropezó con un cuerpo.

Su suavidad le dijo que era el de Nancy. La muchacha estaba allí de pie en la oscuridad, llorando. Al ir a cogerla en sus brazos, mientras murmuraba su nombre, ella echó a correr escaleras arriba. Ahora pudo oír los ruidos de arriba con mayor claridad y también sollozos..., aunque en aquel momento no estaba verdaderamente escuchando. Nancy corrió hasta una puerta que había en el primer descansillo, la abrió y desapareció dentro, cerrándola tras sí. Cuando Gregory ensayó el picaporte, oyó cómo ella echaba el cerrojo por dentro.

—¡Nancy! —llamó—. No te escondas de mí. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué os sucede?

No hubo respuesta. Gregory se quedó en pie, junto a la puerta, desconcertado y sin saber qué hacer. Se abrió la puerta siguiente que había en el pasillo y apareció por ella el doctor Crouchorn, con su maletín negro en la mano. Era un hombre alto, de aspecto sombrío, el rostro marcado por surcos profundos; imponía tal miedo a sus pacientes que la mayoría de ellos hacían todo cuanto él les ordenaba con tal de curarse pronto y no tener que verle.

Incluso en aquellos momentos llevaba puesto su sombrero de copa, que, por el simple hecho de mantenerse siempre en esta posición sobre su cráneo, contribuía grandemente a la fama de que gozaba el doctor en todo el contorno.

—¿Qué es lo que pasa, doctor Crouchorn? —le preguntó Gregory, mientras el médico cerraba la puerta tras de sí y echaba a andar escaleras abajo—. ¿Es que ha caído la peste sobre esta casa, o algo igualmente terrible?

—¿La peste, joven?, ¿qué peste? No; se trata de algo mucho menos natural que eso.

Se quedó contemplando a Gregory con aire grave, como si se estuviera prometiendo a sí mismo no mover ni un solo músculo hasta que Gregory le hiciese la pregunta inevitable.

—¿A quién ha venido a ver, doctor?

—Su hora le llegó a la señora Grendon por la noche —dijo el médico.

Gregory sintió que una ola de alivio le bañaba por dentro. ¡Había olvidado totalmente a la madre de Nancy!

—¿Ha tenido ya su bebé? —preguntó—. ¿Un niño?

El doctor asintió lentamente con la cabeza.

—Ha tenido dos niños, joven —dijo. Vaciló un momento, le tembló un músculo en la mejilla y luego añadió apresuradamente—: También ha tenido siete niñas. ¡Nueve en total! Y todos..., todos viven.

Gregory encontró a Grendon al otro lado de la casa. El granjero empuñaba un horcón cargado de heno, que llevaba sobre los hombros hacia el establo de las vacas. Gregory se interpuso en su camino, pero el otro le apartó a un lado.

—Quiero hablar con usted, Joseph.

—Tengo trabajo por hacer. Es una lástima que no se dé usted cuenta.

—Quiero hablarle de su mujer.

Grendon no respondió. En lugar de ello continuó trabajando como un demonio, descargando el heno sobre el suelo y aplastándolo allí con el horcón. Era difícil hablar en medio de aquella faena. Además las vacas y las

terneras, apretadas las unas contra las otras, armaban un tremendo estrépito de mugidos..., y gruñidos muy poco vacunos. Gregory siguió al granjero hasta el montón de heno, pero el hombre caminaba tan de prisa como si estuviese poseído. Tenía los ojos hundidos en las órbitas y la boca tan contraída que casi no se le veía el labio superior. Cuando Gregory le puso una mano en el brazo, se desprendió con una brusca sacudida. Metió de nuevo el horcón en el heno, lo sacó con un giro violento y echó a andar de nuevo hacia los establos, con paso tan rápido que Gregory tuvo que echarse a un lado para que no le derribara.

Gregory se encolerizó. Siguiendo a Grendon de cerca hasta el interior de los establos, cerró la parte baja de la puerta oscilante y le echó el cerrojo por fuera. Cuando Grendon volvió hasta su altura, no se movió un centímetro.

—Joseph, ¿qué es lo que le ocurre? ¿Por qué parece de pronto como si no tuviera corazón? Seguro que su esposa le necesita a su lado.

Los ojos del granjero tenían un curioso velo opaco cuando se volvió para mirar de reojo a Gregory. Manteniendo el horcón con las dos manos por delante, casi como si se tratase de un arma, dijo con voz ronca:

—He estado con ella toda la noche, vecino, mientras traía al mundo todos sus pequeños.

—Pero ahora...

—Ahora tiene con ella una enfermera que ha venido de Derham Cottages. Yo he estado allí arriba toda la noche. Ahora tengo que ocuparme de la granja. Todo sigue creciendo, por si no lo sabe.

—Creciendo incluso demasiado, Joseph. Deténgase un momento y piense.

—No tengo tiempo que perder hablando —dijo el granjero. Dejó caer el horcón, empujó a Gregory con el codo para que le dejara paso; quitó el cerrojo y abrió la puerta de par en par. Cogiendo a Gregory firmemente por los bíceps de un brazo con una mano empezó a arrastrarle hacia la huerta de legumbres que había junto a los prados del sur.

Las lechugas eran gigantescas. Todo, realmente era gigantesco en los surcos. Implacable, Grendon comenzó a moverse de un lado a otro, arrancando puñados enteros de rábanos, zanahorias, cebolletas y tirándolas

por encima de su hombro en cuanto las arrancaba.

—¿Ve, Gregory? Nunca las ha visto tan grandes, en su vida, ni tan tempranas. ¡Con semanas de anticipación, están brotando! La cosecha va a ser fabulosa. ¡Mire esos campos! ¡Mire la huerta! —y señalaba con un amplio gesto circular de la mano en dirección de las hileras de árboles frutales, casi ocultos bajo su manto de brotes blancos y rosa—. Ocurra lo que ocurra, tengo que aprovecharme de esto. Puede que no vuelva a suceder ningún otro año. Pero..., ¡pero si es como un cuento de hadas!

No dijo más. Cuando giró sobre sus talones parecía haber olvidado por completo a Gregory. Con los ojos bajos hacia la tierra que había producido tales maravillas, echó a andar de nuevo hacia los cobertizos.

Nancy estaba en la cocina cuando Gregory llegó a la casa.

Neckland le había llevado un cántaro de leche fresca y ella estaba sorbiendo una poca de un cacillo.

—¡Oh, Greg, perdóname que echase a correr! Estaba tan nerviosa... —Vino hasta él, con el cacillo todavía en la mano y le echó los brazos a los hombros con un gesto familiar que no había tenido nunca hasta entonces—. Pobre madre, temo que su cabeza se ha trastornado con esto de... de dar a luz a tantos niños. Habla de una manera extraña, que no le había oído nunca, y me parece que se cree que ella es una niña también.

—No me sorprende —dijo Greg, pasándole la mano por el pelo—. Se encontrará mejor una vez que se haya repuesto de la emoción.

Se besaron y al cabo de un momento ella le pasó un cacillo lleno de leche. Él tomó un sorbo y luego lo escupió con disgusto.

—¡Uf! ¿Qué tiene esta leche? ¿Es que Neckland quiere envenenarte, o algo por el estilo? ¿No la has probado? Está tan amarga como si tuviese acíbar.

Nancy le miró sorprendida.

—Sí; me pareció que tenía un gusto extraño, pero no desagradable. Ven, déjame probarla otra vez.

—No, no lo hagas. Tiene un sabor horrible. Parece que la hubiesen mezclado con algún linimento o algo así.

A pesar de su advertencia, la muchacha llevó sus labios al cucharón de

metal y tomó un sorbo. Meneó la cabeza.

—Estás imaginando cosas, Greg. Tiene un sabor un poco especial, es cierto, pero no es malo. Vas a quedarte a tomar un bocado con nosotros, ¿verdad?

—No, Nancy, tengo que irme ahora. Hay una carta esperándome, que tengo que contestar. Llegó mientras yo estaba en Norwich. Escucha, mi querida Nancy. Esta carta es del doctor Hudson Ward, un viejo amigo de mi padre. Es el director de un colegio en Gloucester y quiere que yo vaya allí como maestro, en las condiciones más favorables. ¡Ya ves que no estaré sin hacer nada por mucho tiempo!

Riendo, ella se colgó de sus hombros.

—Es maravilloso, cariño. ¡Qué maestro tan guapo van a tener tus alumnos! Pero Gloucester..., eso está al otro extremo del país. Supongo que no volveremos a verte una vez que vayas allí.

—No hay nada decidido aún, Nancy.

—Te habrás ido antes de una semana y nunca volveremos a verte. Una vez que estés allí en ese colegio, no volverás a acordarte de tu Nancy.

Él le cogió el rostro entre sus manos.

—¿Eres tú mi Nancy? ¿De veras que te importo?

La muchacha bajó las pestañas sobre sus ojos oscuros.

—Greg, las cosas están tan embrolladas aquí... Quiero decir..., sí, me importas. Me aterra pensar que no voy a volver a verte.

Pensando aún en las palabras de la muchacha, Gregory montó en su yegua un cuarto de hora más tarde, con el corazón lleno de gozo y sin pensar demasiado en los peligros a los que la dejaba expuesta.

Caía una ligera lluvia mientras Gregory se dirigía aquella noche hacia la taberna de El Viajero. Su amigo Bruce Fox le esperaba allí, confortablemente instalado en un rincón, no lejos del fuego.

Aquella noche Fox estaba más interesado en contar los detalles de la próxima boda de su hermana que en escuchar lo que Gregory tenía que decirle; pronto se reunieron con ellos algunos de los amigos de su futuro

cuñado y con este motivo comenzaron a pasar las rondas de bebida y la velada se hizo alegre y despreocupada. Pronto la cerveza produjo su efecto y con ella, Gregory acabó por olvidarse de lo que quería contar y se entregó con entusiasmo a gozar de la compañía de sus amigos.

A la mañana siguiente, se despertó con la cabeza pesada y el ánimo apesadumbrado. El día estaba demasiado lluvioso para salir a hacer ejercicio, de modo que se sentó pensativo en una silla junto a la ventana, sin llegar a decidirse a tomar la pluma para contestar aquella carta del doctor Hudson Ward, director del colegio. En un estado de semiletargo mental cogió un volumen encuadernado en piel sobre serpientes, que había comprado en Norwich pocos días atrás. Al cabo de unos minutos de lectura hubo un pasaje que le despertó la atención:

«La mayoría de las serpientes de las variedades venenosas, con excepción quizá del opistóglifo, sueltan a sus víctimas después de morder. La víctima muere en algunos casos en el espacio de pocos segundos, pero en otros la agonía puede prolongarse durante muchas horas, e incluso días. La saliva de algunas serpientes no sólo tiene veneno sino, además, una sustancia que le confiere una cualidad digestiva especial. La serpiente coral de Brasil, que es mortífera, posee esta propiedad en gran manera, aunque su tamaño apenas si rebasa un pie de longitud. Así, cuando muerde a un animal o a un ser humano, la víctima no sólo sufre una terrible agonía antes de morir, sino que sus partes interiores se disuelven e incluso los huesos acaban por no ser más que una masa blanda, como gelatina. Gracias a ello la pequeña serpiente puede sorber su presa entera por la mordedura en la piel, como si fuera una especie de sopa o de pasta. Al final, sólo la piel de la víctima permanece intacta.»

Durante largo rato, Gregory permaneció inmóvil en su asiento, con el libro abierto sobre el regazo, pensando en la granja de los Grendon y en Nancy. Se reprochaba a sí mismo el haber hecho tan poco por sus amigos, y gradualmente llegó a concebir un plan de acción para su próxima visita. Pero esta visita se retrasó algunos días. Las lluvias parecían haberse asentado sobre el lugar con más persistencia de lo que la estación, finales de abril y principios de mayo, podía hacer esperar.

Gregory trató de concentrarse en su carta al distinguido doctor Hudson Ward, del condado de Gloucester. Sabía que iba a aceptar el empleo; en realidad se sentía muy inclinado a ello. Pero sabía también que antes de hacerlo tenía que ver a Nancy a salvo. La indecisión que se apoderó de él le obligó a retrasar su respuesta al doctor hasta el día siguiente y entonces escribió una carta un tanto vaga, en la que decía que estaría encantado de aceptar el puesto por el salario ofrecido, pero que solicitaba una semana de plazo para pensarlo. Cuando llevó la carta a la mujer encargada del correo en la taberna de Los Tres Cazadores Furtivos aún llovía.

Una mañana por fin cesó la lluvia repentinamente y el cielo volvió a ser azul. Gregory ensilló a «Daisy» y cabalgó en ella a lo largo del camino enlodado que había seguido tantas veces.

Cuando llegó a la granja, Grubby y Neckland estaban trabajando en una zanja, limpiándola de barro con sus palas. Les saludó con la mano y siguió hacia la cuadra. Estaba a punto de atar allí a «Daisy» cuando divisó a Grendon y a Nancy de pie en el trozo de terreno baldío que había frente a la fachada sin ventanas del lado este de la casa. Fue lentamente a reunirse con ellos y mientras caminaba se dio cuenta de lo seco que estaba el suelo en aquella parte, como si no hubiese llovido allí en más de quince días. Pero su atención desapareció del suelo cuando vio las nueve cruces de madera que Grendon estaba clavando sobre los montones de tierra recién removida.

Nancy lloraba. Ambos levantaron la vista al aproximarse Gregory, pero Grendon continuó obstinadamente con su tarea.

—¡Oh, Nancy, Joseph, cuánto lo siento! —exclamó cuando estuvo cerca—. Pensar que todos han... ¿Pero dónde está el párroco? ¿Dónde está el párroco, Joseph? ¿Por qué estás *tú* enterrándolos, sin los debidos oficios, ni nada?

—Ya se lo dije a padre, pero no me hizo caso —exclamó Nancy.

Grendon había llegado al final de la hilera. Cogió la última cruz de madera que le quedaba y levantándola por encima de su cabeza la clavó sobre la tierra como si quisiese apuñalar el corazón que yacía debajo.

Sólo entonces se enderezó para hablar:

—No necesitamos ningún párroco aquí. No tengo tiempo que perder con curas. Si usted no tiene que trabajar, yo, sí.

—¡Pero éstos son sus hijos, Joseph! ¿Qué es lo que le pasa?

—Ahora son ya parte de la granja, como fueron siempre.

Dio la vuelta, enrollándose las mangas de la camisa más arriba de sus codos y echó a andar en dirección adonde sus dos ayudantes estaban cavando en la zanja.

Gregory cogió a Nancy en sus brazos y miró su rostro bañado en lágrimas.

—¡Qué tremendos deben de haber sido para ti estos últimos días!

—Yo..., yo pensaba que te habías ido a Gloucester, Greg. ¿Por qué no viniste? Te he estado esperando todos los días.

—Estaba tan lluvioso y embarrado...

—Aquí ha hecho un tiempo espléndido desde la última vez que estuviste. ¡Mira cómo ha crecido todo!

—En Cottersall ha estado lloviendo a cántaros, sin parar.

—Eso explica por qué el Oast trae tanta agua, y por qué se han inundado los canales. Pero aquí tan sólo liemos tenido unas pocas lloviznas ligeras.

—Nancy, dime: ¿de qué murieron los niños?

—Prefiero no decirlo, si no te importa.

—¿Por qué no llamó tu padre al párroco Landon? ¿Cómo puede ser tan duro?

—Porque no quería que nadie del mundo de fuera lo supiese. Sabes..., ¡oh, tengo que decírtelo, querido!

Se trata de madre. Ha perdido completamente la cabeza; completamente. Fue anteanoche cuando sacó al primero de ellos por la puerta de atrás...

—No vas a decirme que...

—¡Oh, Greg, me estás haciendo daño en el brazo! Sí, subió por las escaleras cuando nadie la veía y..., y comenzó a asfixiar a los bebés por turno, uno detrás de otro, apretándoles la cara con la mejor almohada de plumas...

Vio que Gregory se ponía pálido. Solícita, le condujo hasta la parte

trasera de la casa. Allí se sentaron juntos sobre la valla de la huerta, en silencio, mientras él intentaba digerir lo que había oído.

—¿Cómo está tu madre ahora, Nancy?

—No dice palabra. Padre ha tenido que encerrarla en su habitación por su propia seguridad. Anoche gritaba mucho, pero esta mañana está tranquila.

Gregory dejó correr la vista en torno suyo. Le pareció como si todo lo que veía estuviese moteado de rojo, como si la subida de sangre que sentía en la cabeza lo hubiera infectado todo con urticaria. Los árboles frutales habían perdido ya sus flores casi por completo y en lugar de ellas aparecían las primeras manzanas en embrión, con signos de crecimiento. Cerca de ellos, enormes vainas de judías verdes se inclinaban grávidas hacia el suelo, cargadas de granos. Viendo lo que Gregory miraba, Nancy se metió la mano en el bolsillo de su delantal y sacó de allí un manojito de rábanos encarnados tan grandes como mandarinas.

—Ten uno de éstos. Están crujientes, jugosos y tibios, como deben estar.

Él cogió uno, distraído, y le clavó los dientes. Inmediatamente tuvo que escupir el pedazo que había mordido. ¡Allí estaba de nuevo aquel horrible sabor amargo!

—¡Oh, pero si son buenísimos! —protestó Nancy.

—¡Ahora ya no son «un poco especiales» solamente, sino «buenísimos»! Nancy, ¿no te das cuenta de que algo inquietante, horrible, está ocurriendo aquí? Lo siento, pero no puedo mirarlo de otra forma. Tu padre debería abandonar el lugar inmediatamente.

¿Abandonar la granja, Gregory? ¿Sólo porque no te gusta el sabor de estos rábanos maravillosos? ¿Cómo podríamos abandonar esto, y adónde iríamos? ¿Ves la casa? Mi abuelo murió ahí, y antes de él, mi bisabuelo. Es *nuestra* casa. No podemos abandonarlo todo y marchar, ni siquiera después de estos pocos problemas que hemos tenido. Prueba otro rábano.

—¡Por el amor del cielo, Nancy! Tienen un sabor como si estuviesen criados para criaturas con un paladar completamente diferente al nuestro... ¡Oh! —exclamó de pronto y se la quedó mirando—. Y quizá lo son, Nancy. Escúchame...

Se interrumpió en lo que iba a decir y bajó de la cerca. Neckland había

llegado hasta ellos por el otro lado, cubierto aún por el barro de la zanja en que había estado trabajando y con su camisa desabrochada, sin cuello, flotando al viento. En la mano llevaba una vieja pistola, parecida a las que usaban los oficiales en el ejército.

—Dispararé si avanza un paso —le dijo—. Funciona perfectamente, esté seguro de ello. Y está cargada, Gregory. ¡Ahora, va usted a escucharme!

—¡Bert, aparte esa cosa! —gritó Nancy. Y echó a andar hacia él, pero Gregory la apartó a un lado y se puso delante.

—¡No sea estúpido, Neckland! Deje eso.

—Voy a dispararle, lo juro que voy a dispararle, si sigue enredando por aquí —tenía los ojos inyectados en sangre, y por la expresión de su rostro era indudable que estaba dispuesto a hacer lo que decía—. ¡Va usted a jurarme que va a desaparecer de esta granja en ese pencho suyo y que no va a volver nunca más!

—Voy a decírselo a mi padre inmediatamente, Bert —le advirtió Nancy.

La pistola osciló un poco en la mano del mozo.

—Si te mueves de donde estás, Nancy, te prevengo que voy a pegarle un tiro en la pierna a este magnífico caballero tuyo. Además, a tu padre ya no le importa un rábano Gregory, Ahora tiene otros problemas que le preocupan más.

—¿Como por ejemplo, averiguar qué es lo que está ocurriendo aquí? —dijo Gregory—. Escuche, Neckland, todos estamos metidos en un problema. Esta granja está en manos de un grupo de monstruos peligrosos. No puede verlos porque son invisibles.

La pistola hizo fuego. Mientras hablaban, Nancy había intentado escapar hacia la casa, y sin vacilar un segundo, Neckland había disparado a las rodillas de Gregory, que sintió cómo la bala atravesaba una de las perneras de su pantalón y supo inmediatamente que no estaba herido. Con esta certidumbre explotó en él la cólera, que contenía desde hacía rato. Se lanzó de un salto sobre Neckland y le dio un golpe en el pecho. Al perder el equilibrio, el mozo dejó caer la pistola y lanzó un puñetazo a su contrincante. Gregory le golpeó de nuevo. El otro le agarró por el brazo y los dos se enzarzaron en una pelea salvaje. Cuando Gregory consiguió desprenderse,

Neckland se lanzó a agarrarle de nuevo. Continuaron los puñetazos.

—¡Suéltame, cochino! —le gritó Gregory. Metió el pie por detrás del tobillo de Neckland y los dos rodaron sobre la hierba. Tiempo atrás habían levantado en aquel sitio una especie de terraplén de contención para las aguas, entre la huerta baja y la casa. Los dos rodaron por él, enlazados, hasta ir a parar contra el muro de piedra de la fachada. Neckland se llevó la peor parte, porque se golpeó la cabeza contra un saliente y quedó allí atontado. Gregory vio delante de él dos pies metidos en ridículos calcetines de lana. Se levantó lentamente y se vio frente a la señora Grendon, que estaba a menos de un metro de distancia. Su rostro sonreía.

Gregory se enderezó poco a poco, sin dejar de mirarla.

—De modo que estás aquí, Jackie, mi Jackalurns —dijo ella. La sonrisa se estaba haciendo cada vez más ancha en su rostro y cada vez menos como una sonrisa—. Quería hablar contigo. Tú eres el que sabes de estas cosas que caminan por los hilos, ¿verdad?

—No la comprendo, señora Grendon.

—No me llames por ese viejo nombre, hijito. Tú eres el que lo sabes todo sobre esas cosas grises horribles que no tendrían que estar aquí, ¿verdad?

—Oh, esas... Sí, quizá he dicho que lo sabía.

—Los otros niños malos pueden pretender que no saben de lo que estoy hablando, pero tú sí lo sabes, ¿no es cierto? Tú sabes de esas pequeñas cosas grises.

El sudor le corría por la frente. Se había acercado un paso y se quedó mirándole fijamente a los ojos, sin tocarle, aunque estaba ya pegada a él. Gregory se dio cuenta de que iba a tocarle en cualquier momento. En aquel mismo instante vio con el rabillo del ojo que Neckland empezaba a rebullir y que se arrastraba lejos del muro, pero había algo más importante que le ocupaba la mente.

—Esas pequeñas cosas grises —repitió—. ¿Consiguió salvar de ellas a los nueve bebés?

—Las cosas grises querían besarlos, comprendes, pero yo no podía permitirlo. Yo fui más lista. Los escondí debajo de la almohada de plumas de ganso y ahora ni siquiera yo misma puedo encontrarlos —al terminar de decir

esto se echó a reír con una risa macabra, que sonaba en su garganta como el raspar de un metal.

—Son pequeñas y grises, y están mojadas, ¿verdad? —le preguntó Gregory apremiante—. Tienen los pies muy grandes, con membranas como las de los sapos, pero son pesados y bajos, ¿no es así?, y tienen también colmillos como los de las serpientes, ¿verdad?

Ella pareció confusa durante unos momentos. Luego sus ojos parecieron percatarse de algo y miró hacia un lado.

—Ahí viene uno ahora, la hembra —dijo.

Gregory se volvió para ver qué es lo que ella estaba mirando, pero no pudo ver nada. Sintió que tenía la boca seca.

—¿Cuántos hay, señora Grendon?

En aquel momento vio cómo las hierbas altas se movían y se aplastaban hacia un lado, casi junto a ellos y no pudo contener un grito de alarma. Quitándose rápidamente una de sus botas de montar dio con ella un golpe circular sobre las hierbas, cerca del suelo, y la bota chocó contra algo. Casi al mismo tiempo recibió un impacto en el muslo que le hizo perder el equilibrio. Cayó hacia atrás, pero a pesar del dolor del golpe se puso de nuevo en pie de un brinco.

La señora Grendon había cambiado de aspecto. Las comisuras de los labios se le habían hundido hacia abajo, como si fueran a caérsele de la boca. También se le habían hundido los hombros. Un intenso rubor le subió a las mejillas y luego desapareció todo color al mismo tiempo que su cuerpo empezaba a perder volumen, como si fuera un balón de goma al que han dado un pinchazo.

Gregory cayó de rodillas, sollozando, enterró la cara en las manos y se inclinó sobre la hierba, hasta tocar el suelo con los codos. Luego, las tinieblas. Debió de estar sin sentido sólo unos instantes, porque cuando se incorporó de nuevo el saco vacío de ropas que eran ya los vestidos de la mujer estaba cayendo aún lentamente sobre las hierbas.

—¡Joseph, Joseph! —gritó, presa de desesperación. Nancy no estaba por ningún lado. Con una extraña mezcla de pánico y de furia se puso su bota de nuevo y corrió dando vuelta a la casa hacia el cobertizo de los establos.

Neckland estaba de pie a media distancia entre el granero y el molino, frotándose el cráneo con tina mano. En su estado de confusión, el ver a Gregory, que aparentemente venía tras él, le hizo salir corriendo.

—¡Neckland! —le gritó Gregory y echó a correr detrás del otro, para alcanzarle.

El mozo se dirigió hacia el molino, se metió dentro, intentó cerrar la puerta sin conseguirlo y, perdido ya todo control, se lanzó escaleras arriba. Gregory le llamó de nuevo a gritos.

Aquella carrera absurda les llevó a los dos hasta lo alto de la construcción. Neckland ya no parecía saber lo que hacía, de modo que no pensó siquiera en bajar la trampilla que había al final de las escaleras. Gregory subió detrás de él jadeando. Al verle aparecer, Neckland retrocedió hacia el espacio abierto, hasta quedar casi fuera, sobre la pequeña cornisa que había por encima de las aspas.

—¡Vas a caerte, imbécil! —le gritó Gregory—. Escucha, Neckland, no tienes ninguna razón para temerme. No quiero que haya más enemistad entre nosotros. Hay aquí un enemigo mayor que tenemos que combatir. ¡Mira!

Avanzó hacia la puerta abierta y bajó los ojos hacia la superficie del estanque. Neckland se agarró con las dos manos a la polea de seguridad y no dijo nada.

—Mira ahí, en el estanque —le dijo Gregory—. Ahí es donde viven los aurigas, desde que cayeron del cielo. ¡Dios mío, Bert, mira! Ahí va uno ahora.

La urgencia de su acento hizo que el mozo de la granja siguiera con la vista la dirección en que Gregory estaba señalando. Y juntos, los dos hombres pudieron ver cómo se formaba una depresión sobre la superficie líquida. El agua oscura pareció apartarse y aparecieron unas cuantas ondas en torno, hacia los lados. Aproximadamente en el centro del estanque la depresión se convirtió en un remolino, que se aquietó al cabo de unos instantes, y las ondas fueron desapareciendo, hasta que todo quedó tranquilo de nuevo.

—Ahí va tu fantasma, Bert —le dijo Gregory, casi sin aliento—. Ese debe ser uno de los que acaban de sorberse a la pobre señora Grendon. ¿Ahora, me

crees?

—Nunca he oído de fantasmas que viviesen debajo del agua —respondió Bert, jadeando también, pero todavía obstinado.

—Los fantasmas nunca han hecho daño a nadie. Nosotros en cambio, ya tenemos varios ejemplos de lo que son capaces de hacer estas cosas horribles. Vamos, Bert, démonos la mano, y entiende de una vez que yo no te guardo ningún rencor. ¡Anda, hombre! Ya sé lo que sientes por Nancy, pero ella tiene que ser libre de decidir qué es lo que prefiere en la vida.

Al fin se dieron la mano y sonrieron.

—Ahora tenemos que ir y decirle al granjero lo que hemos visto —dijo Neckland por fin—. Estoy seguro de que fue una de esas cosas la que le hizo a «Lardie» lo que le ocurrió anoche.

—¿«Lardie»? ¿Qué es lo que le ha pasado? Ya me di cuenta que no la había visto hoy.

—Lo mismo que les pasó a los cochinitos. La encontré desinflada dentro del pajar. No quedaba de ella más que la piel. ¡Nada. dentro! Como si la hubieran chupado toda.

A Gregory le costó más de veinte minutos reunir el consejo de guerra que había planeado en su mente.

Todos se congregaron por fin en la casa de la granja, en la habitación que servía de sala. Para entonces Nancy ya se había recobrado un poco del *shock* que le había producido la muerte inesperada de su madre y se sentó en una butaca con un chal echado por encima de los hombros.

Su padre estaba de pie, cerca de ella, con los brazos cruzados sobre el pecho y la expresión impaciente, mientras que Bert Neckland se quedó cerca de la puerta. Sólo faltaba Grubby. El granjero le había ordenado que continuara limpiando la zanja.

—Voy a intentar una vez más convencerlos de que estáis todos en grave peligro —empezó diciendo Gregory—. No queréis verlo por vosotros mismos. En el presente somos todos como animales acorralados. ¿Se acuerda, Joseph, de aquel extraño meteoro que cayó del cielo durante el invierno? ¿Y

de aquel rocío que olía tan mal, a principios de la primavera? Estaban relacionados el uno con el otro y siguen estando relacionados con todo lo que está ocurriendo ahora. El meteoro era una máquina interespacial, no sabemos de qué clase, pero lo que es indudable es que nos trajo consigo una especie nueva de vida, que no es que sea realmente hostil a la vida terrestre, sino más bien *indiferente a ella*. Las criaturas que vinieron en esa máquina y que yo llamo aurigas, son las que esparcieron el rocío sobre los terrenos de la granja. Era un acelerador del crecimiento, una especie de estiércol o de fertilizante que es capaz de aumentar el desarrollo vital de las plantas y de los animales.

—¡Tanto mejor para nosotros! —interrumpió Grendon.

—No lo crea. Todo crece de una manera salvaje, es cierto, pero el gusto que tiene ha sido alterado para complacer el paladar de esas cosas que viven ahí fuera, en el estanque. Usted no puede vender nada de esto que se produce aquí. Nadie comería sus huevos, ni su leche, ni su carne... Tienen un sabor horrible.

—Eso es una tontería. Los venderemos en Norwich. Nuestros productos son mejores que nunca. Los comemos nosotros, ¿no es cierto?

—Sí, Joseph, ustedes se los comen. Pero todos los que comen en su mesa están condenados de antemano. ¿No comprende? Todos ustedes están «fertilizados», lo mismo que sus cerdos y sus gallinas. Su propiedad ha sido convertida en una supergranja para atender a las necesidades de los aurigas. Todos ustedes son carne comestible para ellos.

Hubo un silencio en el cuarto, hasta que Nancy dijo con voz débil:

—Tú no crees eso, ¿verdad?

—Supongo que fueron esas criaturas invisibles las que le contaron todo esto —dijo Grendon, con voz truculenta.

—Juzgue por los hechos, Joseph, como hago yo. Su mujer..., tengo que ser brutal; su mujer fue devorada por ellos, lo mismo que los cochinitos y los perros. Como todo lo demás será devorado a su tiempo. Los aurigas no son siquiera caníbales. No son como nosotros. No les importa que tengamos alma o inteligencia, como a nosotros no nos importa que la tengan o no las vacas.

—Nadie me va a comer a mí —dijo Neckland, que se había puesto bastante pálido.

—¿Y cómo vas a impedirlo? Son invisibles y creo, por lo que hemos visto, que pueden atacar como las serpientes. Son acuáticos y no creo que tengan más de dos pies de alto. ¿Cómo piensas que vas a protegerte? —Se volvió hacia el granjero—. Joseph, el peligro es muy grande, y no sólo para nosotros, los que estamos aquí. Al principio puede que no nos hubieran hecho ningún daño mientras nos estaban tomando la medida, por decirlo así. De lo contrario, yo hubiera muerto el día que me metí en el estanque en su bote. Pero en el presente no cabe ya duda alguna sobre sus intenciones. Le suplico que permita ir hasta Heigham para avisar desde allí al jefe de la policía local de Norwich, o cuando menos a la milicia del condado, para que vengan a ayudarnos.

El granjero movió lentamente la cabeza y apuntó un dedo a Gregory.

Pronto ha olvidado las conversaciones que hemos tenido, vecino; todo eso sobre la próxima venida del socialismo y cómo los poderes del Estado iban a esfumarse en la nada. Y ahora, en cuanto tenemos un poco de problemas, ya quiere llamar a las autoridades. Aquí no pasa nada que unos cuantos perros fieros, como era mi vieja «Cuff», no puedan dominar. No digo que no voy a conseguirme un par de perros así, pero me toma por un tonto si cree que voy a hacer venir las autoridades. ¡Buen socialista me está usted resultando!

—¡Eso tiene nada que ver ahora! —exclamó Gregory, un tanto molesto—. ¿Por qué no dejó que Grubby viniese aquí con todos? Si usted mismo fuera un verdadero socialista, trataría a sus hombres de la misma manera que se trata a sí mismo. En lugar de ello, le deja fuera, en la zanja. Yo quería que él también escuchase esta discusión.

El granjero se inclinó hacia él por encima de la mesa con aire amenazador.

—¡Ah, sí! ¿De veras? ¿Desde cuándo es ésta su granja? Y en cuanto a Grubby, puede ir y venir como le plazca cuando estas tierras sean tuyas, pero no antes. Ponga eso en su pipa y fúmesela con atención, vecino. ¿Quién se ha creído usted que es? —Aún se movió un poco más en dirección a Gregory, contento de poder dar rienda a sus miedos con aquella explosión de cólera—. Está usted intentando asustarnos a todos los que vivimos en este trozo de tierra, ¿no es eso? Bueno, pues sepa que los Grendon no son de los que se

asustan fácilmente. Ahora soy yo quien va a decirle algo: ¿Ve bien esa escopeta que hay colgada en la pared? Pues de ahora en adelante va a estar cargada. Y si no ha dejado esta granja antes del mediodía no va a estar ya en la pared, sino aquí, entre mis manos, para meterle una perdigonada donde más va a dolerle.

—No puedes hacer eso, padre —exclamó Nancy en ese momento—. Tú sabes bien que Gregory es un buen amigo tuyo.

—¡Por el amor del cielo, Joseph, mire dónde está su verdadero enemigo! —le interrumpió Gregory—. Bert, dile al señor Grendon lo que acabamos de ver en el estanque. Anda, díselo.

Neckland no deseaba en absoluto verse mezclado en aquella discusión. Se rascó la cabeza, se quitó el pañuelo moteado de rojo y blanco que llevaba atado alrededor del cuello para secarse con él la cara y murmuró al fin:

—Vimos una especie de ondas en el agua; pero yo no vi nada realmente, señor Gregory. Quiero decir, podía haber sido el viento también, ¿no es así?

—Ahora ya está advertido, Gregory —repitió el granjero—. Fuera de mis tierras antes de que el sol marque el mediodía, y con usted esa yegua suya, o no respondo de lo que pase.

Con estas palabras finales salió de la casa, con Neckland a sus talones.

Nancy y Gregory se quedaron mirándose el uno al otro. Él le cogió las manos y vio que las tenía frías.

—Tú crees lo que yo estaba diciendo, ¿verdad, Nancy?

—¿Por eso la comida tenía unos días aquel sabor tan extraño, y luego parece que nos hemos acostumbrado?

—Es que entonces vuestros organismos no estaban aún adaptados al veneno. Ahora ya lo están. Os están cebando, Nancy, lo mismo que se ceba al ganado. ¡Estoy convencido de ello! Temo por ti, cariño mío, temo tanto... ¿Qué es lo que vamos a hacer? Vente a Cottersall conmigo. La señora Fenn tiene otro cuarto libre en el piso de arriba; estoy seguro que nos lo alquilaría.

—¡Ahora estás diciendo tonterías, Greg! ¿Cómo puedo hacer eso? ¿Qué es lo que iba a decir la gente? No, lo mejor es que tú te vayas ahora y dejes que pase la tormenta. A mi padre se le pasará la furia y si vuelves mañana estoy segura de que le encontrarás mucho más calmado, porque pienso

esperarle esta noche para hablarle de ti. Ahora está medio enloquecido de dolor y no sabe lo que dice.

—Está bien, cariño. Pero evita salir fuera tanto como puedas. Los aurigas no han venido dentro aún, por lo que sabemos, y estarás más segura aquí. Cierra todas las puertas y echa las persianas cuando vayas a acostarte. Y que tu padre traiga el rifle al subir.

Las tardes iban alargándose a medida que se aproximaba el verano y Bruce Fox llegó a casa antes de la puesta del sol. Al saltar de su bicicleta se encontró con que su amigo Gregory le estaba ya esperando.

Entraron juntos, y mientras Fox se tomaba una copiosa merienda, Gregory le puso al corriente de todo lo que había sucedido en la granja durante el día.

—Estás metido en un buen lío —le dijo Fox—. Mira, mañana es domingo. No iré a la iglesia y te acompañaré. Necesitas ayuda.

—Joseph puede disparar contra mí. Seguro que lo hará si me ve llegar con un extraño. Pero puedes ayudarme esta noche si me dices dónde puedo comprar en seguida un perro joven para que proteja a Nancy.

—Tonterías. Iré contigo. No puedo soportar oír todo esto de segunda mano, de todas formas. Compraremos un perro, eso sí. El herrero tiene toda una camada de la que quiere desprenderse. ¿Has pensado en algún plan?

—¿Algún plan? No, realmente no he pensado.

—Pues tienes que estudiar un plan. Grendon no se asusta fácilmente, según me has dicho.

—Me imagino que está bastante asustado, a pesar de todo. Eso dice Nancy. Lo que le pasa es que no tiene imaginación bastante para pensar qué puede hacer, excepto seguir trabajando con todas sus fuerzas.

—Escúchame, conozco a estos granjeros. No creen en nada que no puedan ver con sus propios ojos. Lo que tenemos que hacer es *enseñarle* un auriga.

—¡Oh, magnífico, Bruce! ¿Y cómo cogemos uno?

—Poniéndole una trampa.

—No te olvides de que son invisibles... ¡Eh, Bruce, por Júpiter, tienes razón! Acaba de ocurrírseme una idea. Mira, no tenemos que preocuparnos de nada más si podemos atrapar uno. Porque entonces podemos atraparlos a todos, no importa cuántos sean, y acabar con ellos cuando los hayamos cogido.

Fox sonrió por encima del trozo de pastel de cerezas que estaba a punto de comerse.

—Estamos de acuerdo, supongo, en que estos aurigas han dejado de ser ya socialistas utópicos, ¿no es eso?

Les ayudaría mucho, pensó Gregory, tratar de imaginar el aspecto que podía tener aquella forma extraña de vida. El libro sobre las serpientes había sido un feliz hallazgo, porque no sólo le daba una idea de cómo los auriga debían de ser capaces de digerir su presa tan rápidamente, sorbiendo aquella especie de gelatina en que convertían a sus víctimas, sino que también podía proporcionarle un indicio de su apariencia. Para poder vivir dentro de aquella máquina espacial tenían que ser bastante pequeños y probablemente semiacuáticos. Todo contribuía a sugerir una imagen bastante extraña de aquellos seres: la piel quizá con escamas, como la de los peces, grandes pies con membranas como los de los sapos, un cuerpo corto y achatado y una cabeza pequeña con dos grandes colmillos en la mandíbula. ¡No cabía duda de que su invisibilidad ocultaba unos enanos verdaderamente espantosos!

Mientras la macabra visión pasaba por su mente, Gregory y Bruce estaban ocupados preparando su trampa. Afortunadamente, Grendon no había ofrecido resistencia a que entrasen en la granja. Lo que Nancy le había dicho había surtido, sin duda, buen efecto. Además, el granjero acababa de sufrir un nuevo *shock*: aquella misma mañana cinco gallinas habían quedado reducidas a poco más que plumas y pellejo delante mismo de sus ojos, y como consecuencia de ello estaba apático e indiferente a cuanto sucedía a su alrededor. Ahora se había marchado a un campo distante y estaba allí trabajando, de modo que los dos jóvenes pudieron dedicarse a sus preparativos con tranquilidad..., aunque no sin dirigir de vez en cuando una mirada inquieta al estanque. Nancy, preocupada, les observaba desde una ventana de la casa.

Tenía a su lado un corpulento perro de ocho meses, que Gregory y Bruce habían traído con ellos y que se llamaba «Gyp». Grendon había conseguido, por su parte, dos feroces lebreles de otro granjero del contorno. Estos enormes brutos de fauces abiertas estaban atados por cadenas largas a un poste. Esto les permitía patrullar el terreno que quedaba entre el abrevadero de los caballos y el estanque, en el lado oeste de la casa, casi hasta el grupo de álamos y el puente que comunicaba con los campos de ese lado. Ambos ladraban terriblemente la mayor parte del tiempo, causando una gran inquietud entre los otros animales de la granja, que expresaban su nerviosismo con toda clase de gruñidos, mugidos y cacareos, creando una barahúnda infernal en aquellas horas de la mañana, cerca ya del mediodía.

Los perros iban a representar un grave problema, dijo Nancy, porque se negaban a tocar nada de la comida que la granja podía proporcionarles. Confiaban en que se decidirían a engullirla cuando tuviesen suficiente hambre.

Grendon había colocado una gran plancha de madera junto a la verja de la entrada, y en ella había pintado un aviso prohibiendo el paso.

Armados con horcones de apalear el heno, los dos jóvenes acarrearón varios sacos de harina del molino y los fueron colocando en posiciones estratégicas a lo largo del patio, hasta la verja. Gregory trajo de los establos una ternera atada a una soga, para lo cual tuvo que pasar frente a los mismos dientes de los perros de guarda, que no cesaban de ladrarle. Confió que serían tan hostiles a los aurigas como estaban demostrando serlo a los seres humanos.

Estaba tirando de la ternera por el patio, cuando apareció Grubby.

—Mejor será que no te acerques, Grubby. Estamos intentando atrapar alguno de los fantasmas.

—Si yo cojo uno, voy a estrangularle; eso se lo prometo.

—Hazlo con un horcón y será más eficaz. Esos monstruos son muy peligrosos a corta distancia.

—Yo soy fuerte, no se preocupe. ¡Voy a estrangular a uno!

Y para demostrar su fuerza, se subió la manga gastada de la camisa por encima del codo y enseñó a Gregory y a Fox sus enormes bíceps. Al mismo

tiempo meneó su enorme cabezota y sacó la lengua todo lo que pudo, sin duda para mostrar gráficamente algunos de los efectos de la estrangulación.

—Tienes unos brazos espléndidos —convino Gregory—. Pero escúchame, Grubby, tengo una idea aún mejor. Vamos a matar a este fantasma con los horcones. Si quieres unirme a nosotros, anda y ve a buscar uno para ti en el pajar.

Grubby le contempló con expresión astuta y se acarició la garganta con la mano.

—Lo haré mejor por el cuello. Siempre he querido estrangular a alguien.

—¿Por qué habías de querer hacer eso, Grubby?

El campesino bajó la cabeza.

—Siempre he querido saber lo difícil que resulta. Soy muy fuerte, ya lo ve. Me he hecho así de fuerte cuando era muchacho, estrangulando lo que hacía falta aquí..., pero nunca hombres; sólo ganado.

Dando un paso atrás, Gregory le dijo:

—Esta vez, Grubby, con el horcón.

Y para resolver definitivamente la cuestión, fue él mismo hasta el pajar, cogió uno y se lo puso a Grubby en las manos.

—Bueno, continuemos —dijo Fox.

Ya estaban listos para comenzar su plan. Fox y Grubby se agacharon dentro de la zanja, uno a cada lado de la puerta, con los horcones preparados. Gregory vació el primer saco de harina sobre la tierra del patio, justo delante de la verja de modo que cualquiera que intentara abandonar la granja tuviera que pasar sobre el polvo blanco. Luego, condujo a la ternera hacia el estanque.

El pobre animal dejó oír un mugido lastimero, al que contestaron la mayor parte de las bestias que estaban cerca. Los pollos y las gallinas se desparramaron corriendo por el patio, bajo los débiles rayos del sol, como si hubieran enloquecido.

Gregory sintió que el sudor le corría espalda abajo, aunque su piel estaba helada por dentro, con la angustia de la expectación.

Dándole una palmada en el lomo obligó a la ternera a entrar en el agua. Allí se quedó un momento la pobre bestia temblorosa, hasta que Gregory la

arrastró de nuevo fuera y la condujo lentamente a través del patio, por delante del molino y el granero, que quedaban a su derecha y más allá del abandonado lecho de flores de la señora Grendon, hasta cerca de la entrada, donde esperaban sus aliados.

A pesar de su determinación de no hacerlo, no pudo evitar volver la cabeza mientras caminaba, para mirar hacia el estanque y ver si algo le venía siguiendo.

Condujo a la ternera a través del arco de la verja y se detuvo allí. Sobre la alfombra de harina blanca, esparcida por el suelo, no se veían más huellas que las suyas y las de la ternera.

—Inténtalo otra vez —le aconsejó Fox—. Quizá estén echándose una siesta.

Gregory repitió de nuevo toda la operación y luego una tercera y una cuarta vez, deteniéndose a igualar la harina a cada viaje, después de haber pasado sobre ella.

Vio que Nancy le observaba con aire preocupado desde una de las ventanas de la casa. Y a cada viaje que hacía se iba sintiendo más nervioso con la tensión de la espera.

Sin embargo, cuando sucedió al fin, le cogió por sorpresa. Acababa de traer por quinta vez la ternera hasta el portillo cuando un grito de Fox vino a unirse al coro de los animales. El estanque no había mostrado ninguna ondulación especial de las aguas, de modo que el auriga debía llegar sin duda de dar una vuelta de inspección por la granja. De repente, sus huellas de palmípedo se marcaron sobre la harina.

Lanzando un grito de excitación, Gregory dejó caer la soga por la que llevaba a la ternera y se echó a un lado rápidamente. Cogió uno de los sacos que había depositado junto a la verja y empuñándolo por el fondo lanzó su contenido blanco sobre la figura invisible que avanzaba.

Fue como una bomba de harina que explotase sobre el auriga, revelando sus contornos como si le hubieran dibujado con un yeso. Gregory no pudo reprimir un grito de horror al ver las formas horribles de la extraña criatura envueltas en un remolino de polvo blanco. Era sobre todo su tamaño lo que le asustó; aquella cosa de espanto, sin semejanza alguna con la naturaleza

humana era demasiado grande para las proporciones terrenas: tres metros de alto, quizá, o tal vez cuatro. Con aspecto imponente y una extraordinaria rapidez de movimientos, avanzó hacia Gregory agitando sus innumerables brazos.

A la mañana siguiente, el doctor Crouchorn y su sombrero negro de seda aparecieron junto a la cabecera de la cama de Gregory, dieron las gracias a la señora Fenn por traerle un poco de agua caliente y se concentraron en cambiar los vendajes de la herida que Gregory tenía en la pierna.

—Tuvo suerte de veras, dadas las circunstancias —le dijo el anciano—. Pero si quiere que le dé un buen consejo, señor Rolles, lo mejor será que deje de visitar la granja de los Grendon. Es un sitio maléfico y no le va a traer nada bueno el ir por allí.

Gregory asintió con la cabeza. No le había contado nada al doctor, excepto que Grendon había llegado corriendo y le había disparado en una pierna. Lo que no dejaba de ser cierto; sólo que dejaba fuera el resto de la historia.

—¿Cuándo podré levantarme, doctor?

—¡Oh, la carne joven cicatriza pronto! De lo contrario, los enterradores serían ricos y los médicos pobres. Dentro de unos pocos días estará como nuevo. Vendré a verle otra vez mañana, de todas formas. Hasta entonces, lo mejor es que se quede quieto, tendido de espaldas, y sin mover esa pierna.

—Supongo que no habrá inconveniente en que escriba una carta; ¿verdad, doctor?

—Supongo que no hay inconveniente, joven.

En cuanto se hubo marchado el doctor Crouchorn, Gregory cogió pluma y papel y escribió unas líneas apresuradas a Nancy. En ellas le decía cuánto la quería y que no podía soportar la idea de que continuara en la granja. Que no podría verla durante unos pocos días a causa de su herida en la pierna; y que debía venir inmediatamente con lo que le hiciese más falta en una maleta, montando a «Hetty» si era necesario, y quedarse en la posada de El Viajero, donde había un cuarto de huéspedes por el que él pagaría. Si verdaderamente

le quería un poco, no debía vacilar un instante. Terminaba diciendo que por favor le enviase un mensaje desde la posada tan pronto como estuviera instalada allí.

Leyó dos veces con satisfacción lo que acababa de escribir, firmó y añadió besos. Llamó a la señora Fenn valiéndose de una campanilla que ella le había dejado con este fin.

En cuanto apareció, le dijo que entregar aquella carta era una cuestión de suma urgencia. Quería confiársela a Tommy, el aprendiz de panadero, para que la llevara aquella misma mañana en cuanto terminase con el reparto del pan. Le daría un chelín por sus servicios. La señora Fenn no se mostró demasiado entusiasmada al oírle, pero con un poco de adulación consiguió al fin convencerla de que hablara con Tommy. La mujer dejó el cuarto con la carta y el chelín en las manos.

Inmediatamente, Gregory comenzó otra carta, esta vez dirigida a H. G. Wells. Hacía ya algún tiempo que no se había comunicado con él, y como consecuencia tuvo que hacer en esta ocasión un informe bastante largo. Pero paso a paso, llegó por fin a los acontecimientos del último día:

... Tan horrorizado me sentí por la aparición del auriga que me quedé allí petrificado, sin poder moverme, mientras la harina volaba por el aire. ¿Cómo poder explicarle con exactitud a usted, que es sin duda la persona más interesada en este suceso vital en todas las Islas Británicas, el aspecto que tenía el monstruo? Mis impresiones fueron, como es natural, breves y confusas, pero el principal inconveniente que encuentro para su descripción es que no hay nada semejante a esta criatura en toda la Tierra.

Podría decirse que tenía el aspecto de un enorme ganso, con el cuello casi tan grueso como el resto del cuerpo, o todo el cuello, depende de cómo se mire. Al final de este cuello no había cabeza sino un manojo terrible de brazos de formas diversas, un verdadero nido de tentáculos, antenas y látigos, como si un pulpo se hubiera enzarzado con una medusa de su mismo tamaño, con unas cuantas patas de langosta y radios de estrella de mar. ¿Le parece que suena ridículo?

Sólo puedo jurarle que cuando se precipitó sobre mí, tenía por lo menos dos veces mi estatura y su vista era demasiado aterradora para ser contemplada por ojos humanos, a pesar de que no llegué a *verlo* completamente. ¡Tan sólo su forma bajo la capa de harina que se había adherido a él!

Sin duda es lo último que hubiera visto en vida, a no ser por Grubby, el mozo de granja que ya he mencionado en alguna otra ocasión anterior.

Al mismo tiempo que yo arrojaba la harina sobre el monstruo, Grubby lanzó un grito y se precipitó hacia delante, dejando caer su horcón. Cuando la horrible criatura se abalanzó sobre mí, él saltó sobre ella. Esto descompuso nuestro plan, que era que él y Bruce le atacasen a muerte con sus horcones. En lugar de eso, Grubby le agarró con ambas manos tan alto como pudo y empezó a apretar con toda la fuerza de sus músculos poderosos. ¡Qué lucha tan terrible! ¡Qué combate tan espantoso!

Recobrando el dominio de sí mismo, Bruce avanzó sobre el monstruo con su horcón. Fue su grito de guerra el que consiguió despertarme de mi letargo y devolverme a la acción. Corrí a coger el horcón que Grubby había dejado caer y cargué a mi vez contra el monstruo. ¡Aquel ser tenía brazos para todo nosotros! Golpeaba con ellos en todas direcciones y estoy convencido de que algunos de sus tentáculos estaban armados con dientes llenos de veneno, porque vi avanzar uno de ellos hacia mí con la boca abierta como la de una serpiente. No tengo que insistir en el peligro que corrimos los tres, si le recuerdo que el efecto de la harina era sólo parcial y que había, por tanto, seguramente, otros brazos invisibles agitándose en torno nuestro.

Nuestra salvación fue que el auriga era más bien cobarde. Vi cómo Bruce le pinchaba con fuerza y un segundo después conseguí atravesar uno de sus pies con mi propio horcón. Inmediatamente se dio a la fuga. Grubby cayó de espaldas. El monstruo corría a una velocidad prodigiosa en dirección al estanque. ¡Bruce y yo salimos en

su persecución! Y todos los animales de la granja nos hicieron coro con sus gritos.

Al mismo tiempo que se metía en el agua le clavamos nuestros horcones, pero nadaba rápidamente y luego se sumergió, dejando tras sí sólo unas cuantas ondas con espuma de harina.

Nos quedamos mirando al agua por un momento y luego, de común acuerdo, regresamos en busca de Grubby. Lo encontramos boca arriba y tan desfigurado que casi era imposible reconocerle. Estaba muerto. El auriga debió de morderle con sus colmillos venenosos tan pronto como se sintió atacado. Grubby tenía la piel hinchada y relucía con un brillo extraño. Se había vuelto de color carmín intenso, y su forma no era más que la caricatura grotesca de su cuerpo humano. Toda su carne se había transformado en líquido bajo la acción rápida del veneno del auriga. No era más que una enorme vejiga hinchada, con la forma de un hombre.

Tenía algunas marcas en el cuello y en lo que había sido su rostro y de estas marcas, abiertas, manaba su sustancia, hasta que se fue desinflando lentamente sobre su lecho de polvo y harina. Pienso que la visión de la medusa mitológica, que transformaba a los hombres en piedra, no era peor que lo que estábamos contemplando nosotros, porque permanecemos allí inmóviles, como petrificados de horror.

Fue un estampido de la escopeta de Grendon lo que nos devolvió a la realidad.

El día anterior me había amenazado con disparar contra mí si volvía a la granja. Ahora, al ver lo que habíamos hecho con sus sacos de harina y que en apariencia estábamos a punto de largarnos con una de sus terneras, disparó contra los dos. No nos quedaba otro remedio que escapar, si queríamos salvarnos. Grendon no estaba para explicaciones. Nancy salió corriendo de la casa para detenerle, pero Neckland venía también detrás de nosotros, con los dos perros feroces al extremo de sus cadenas, que sostenía con una mano.

Bruce y yo fuimos por mi yegua, que yo había dejado ensillada en previsión de lo que pudiese ocurrir. La saqué de la cuadra al trote,

ayude a montar a Bruce y estaba a punto de subir yo mismo a la silla cuando escuché otro disparo y sentí un golpe abrasador en la pierna. Bruce me ayudó como pudo a montar y salimos a escape... yo casi sin sentido.

Aquí estoy ahora tendido en mi cama, pero podré caminar de nuevo dentro de un par de días. Afortunadamente, la bala no me rompió ningún hueso.

La granja parece haberse convertido en un lugar maldito. Hubo un tiempo en que pensé que podría llegar a ser incluso un nuevo Edén, en donde recoger la comida de los dioses para hombres que eran como dioses. En vez de ello, por desgracia, el primer encuentro entre la humanidad y estos seres de otro planeta ha sido desastroso, y el Edén se ha convertido en un campo de batalla para la guerra de los mundos. ¿Cómo no han de ser sombrías nuestras anticipaciones del futuro?

Antes de terminar este largo relato de los acontecimientos, debo contestar a una pregunta que me hace usted en su carta, y hacerle yo otra por mi parte.

Primero me pregunta usted si los aurigas son totalmente invisibles y me dice (voy a citar el párrafo en que me habla de ello): «Cualquier alteración en el índice de refracción de las pupilas haría la visión imposible, pero sin esta alteración, los ojos continuarían siendo tan visibles como bolitas de cristal. Para que la visión exista es necesario también que haya púrpura visual detrás de la retina y una córnea opaca. ¿Cómo se arreglan entonces para ver estos aurigas suyos?» La respuesta debe ser que probablemente se arreglan sin visión, tal como la conocemos nosotros, ya que parece que mantienen una invisibilidad total. Cómo pueden «ver», no lo sé, pero cualquiera que sea el sentido que usan para ello es muy efectivo. Cómo se comunican no lo sé tampoco, ya que aquel con el que nos enfrentamos no profirió el menor sonido cuando le atravesé el pie con mi horcón; sin embargo, se diría que sí que pueden comunicarse entre ellos. Quizá al principio trataron de comunicarse incluso con nosotros, por medio de un sentido misterioso del que nosotros carecemos, y al no obtener

respuesta por parte nuestra, debieron pensar que somos tan estúpidos como algunos de nuestros animales. ¡Si fue así, qué gran tragedia!

Ahora, por lo que se refiere a mi propia pregunta: Ya sé, señor, que sus ocupaciones crecen a medida que aumenta su fama; pero tengo la certeza de que lo que está sucediendo aquí, en West Anglia, es de importancia capital para el mundo y para nuestro futuro. ¿Podría aceptar el hacer aquí una visita? Encontraría alojamiento confortable en cualquiera de nuestras dos posadas y el viaje en ferrocarril hasta aquí, aunque un poco aburrido no es demasiado malo. No le sería difícil tomar la diligencia que hace el viaje regular entre la estación de Heigham y Cottersall, que sólo queda a ocho millas. Así podría echar una ojeada a la granja de Grendon y quizá, con un poco de suerte, incluso a uno de nuestros visitantes interestelares. Me doy cuenta que los relatos que yo le hago le divierten tanto como le interesan, pero puedo jurarle que no exagero ni un solo detalle. ¡Dígame que puede venir!

Si necesita algún argumento de persuasión, piense en el gran placer que proporcionaría con ello a su sincero admirador,

Gregory Rolles.

Releyó la larga epístola de arriba abajo, borró de ella un par de adjetivos que le parecieron superfluos y se recostó sobre su almohada, satisfecho. Tenía la sensación de estar participando aún en la lucha, aunque sin intervenir en ella directamente por un tiempo.

La caída de la tarde le trajo, sin embargo, noticias desalentadoras. Tommy, el chico del panadero, había ido, en efecto, hasta las cercanías de la granja de los Grendon. Pero al llegar allí, había empezado a acordarse de todos los rumores que circulaban ya en la aldea a propósito del lugar y se había quedado un rato vagando por el contorno, mientras dudaba si debía entrar o no.

De la granja llegaban a sus oídos gran cantidad de ruidos poco naturales hechos por los animales, entremezclados con martilleos, y cuando Tommy

avanzó un poco, sigilosamente, y vio al granjero cubierto de hollín hasta parecer tan negro como el carbón, levantando a golpes de martillo en el patio central algo que parecía un patíbulo, perdió el poco valor que le quedaba y echó a correr por donde había venido, sin entregar la carta para Nancy.

Gregory continuó en la cama, pensando en la muchacha y preocupado por ella, hasta que la señora Fenn le trajo la cena en una bandeja. Ahora, por lo menos, estaba ya claro por qué los aurigas no había entrado en la casa de la granja. Eran demasiado grandes para poder hacerlo. Nancy estaba segura mientras no saliera; tan segura al menos como cualquiera de ellos podía estarlo en medio de aquella endiablada situación.

Se quedó dormido bastante temprano aquella noche, Pero de madrugada tuvo una pesadilla. Soñó que se encontraba en una ciudad extraña, donde todos los edificios eran nuevos y todas las gentes iban vestidas con trajes brillantes. En medio de una gran plaza crecía un árbol solitario. El Gregory del sueño estaba ligado a este árbol por una extraña relación: era él quien lo alimentaba. Era su tarea empujar a la gente que pasaba cerca del árbol contra su corteza. El árbol era un árbol de la saliva. Por su tronco liso resbalaba una gran cantidad de babas que caía de los labios rojos, en forma de hojas, que había arriba en las ramas. El árbol se hacía enorme a medida que se alimentaba con la gente, que, al ser empujada contra su superficie, pasaba a formar parte de la sustancia del árbol. La saliva salpicó a Gregory. Pero en lugar de disolverle a él también, lo que hizo es que él, a su vez, pudiese disolver todo cuanto tocaba. Extendió los brazos para rodear a la muchacha que amaba y al dirigir su boca hacia ella para besarla, vio cómo se le desprendía la piel del rostro.

Se despertó sollozando desconsoladamente, buscando a tientas la lámpara de gas que había encima de la mesilla de noche.

El doctor Crouchorn le visitó al final de la mañana y le dijo a Gregory que debía quedarse en cama al menos otros tres días, mientras se restablecían los músculos de su pierna. Gregory se quedó allí en estado de completo descontento consigo mismo. Recordando su sueño, pensó en la manera tan

negligente en que se había portado con Nancy, a la que tanto amaba. La carta que le había escrito estaba aún sobre la mesa, cerca de su cama. Después que la señora Fenn le trajera la comida, decidió que tenía que ir a ver a Nancy por sí mismo. Sin probar bocado de la bandeja, se levantó de la cama y empezó a vestirse despacio.

La pierna le dolía mucho más de lo que esperaba, pero consiguió bajar las escaleras y llegar hasta la cuadra sin demasiadas complicaciones.

«Daisy» pareció encantada al verle. Le rascó el hocico y apoyó la cabeza contra la enorme mejilla del animal, lleno de gozo por estar con ella de nuevo.

—Puede que sea ésta la última vez que hagamos este viaje juntos, amiga —le dijo.

La ensilló con relativa facilidad. Pero subirse a la silla supuso un esfuerzo mucho más penoso. Al fin logró instalarse allí arriba y hombre y yegua echaron por el camino tan familiar y tan desolado que conducía hacia el nuevo dominio de los aurigas. La pierna le dolía cada vez más. En un par de ocasiones se vio obligado a detener a su montura para que se le calmasen un poco los latidos que sentía en la carne. Vio que perdía mucha sangre.

Al aproximarse a la granja comprendió lo que Tommy había contado, cuando dijo que el granjero estaba levantando un patíbulo. En medio del patio se erguía, en efecto, un poste y colgado de él había un alambre y una bombilla, de manera que el patio pudiese quedar iluminado por la noche en toda su extensión.

Vio también otro cambio: detrás del abrevadero de los caballos habían levantado una cerca de madera, que aislaba la granja del estanque. Pero la cerca tenía un boquete, como si algo la hubiese aplastado, astillando las tablas. Alguna cosa monstruosa había pasado ya por allí, con menosprecio de lo que pretendía ser una barrera.

Uno de los perros de guarda estaba atado con cadena al otro lado del portillo, ladrando con todas sus fuerzas, para consternación de las aves del gallinero. Gregory no se atrevió a entrar. Mientras permanecía fuera, pensando en la mejor forma de resolver esta nueva dificultad, la puerta de la casa se abrió unos centímetros y Nancy asomó la cabeza por la abertura.

Gregory le hizo signos frenéticos para que se acercase.

Tímidamente la muchacha se acercó a la verja y le dejó pasar, sujetando al perro. Gregory la besó en la mejilla, feliz de sentir el peso de su cuerpo entre sus brazos.

—¿Dónde está tu padre?

—¡Cariño! Tu pierna, tu pobre pierna. Está sangrando todavía.

—No te preocupes de mi pierna. ¿Dónde está tu padre?

—Está en los prados del sur, creo.

—¡Bien! Voy a hablar con él, Nancy. Quiero que tú vayas dentro y empaquetes algo de ropa. Te voy a llevar conmigo.

—No puedo dejar a padre solo.

—Tienes que hacerlo. Voy a decírselo ahora. Mientras avanzaba por el patio cojeando, ella le llamó, atemorizada:

—¡Lleva la escopeta! No se separa de ella. ¡Ten cuidado!

Los dos perros, arrastrando sus cadenas, le siguieron a lo largo de toda la fachada de la casa, mostrando los dientes, desagradablemente cerca de sus tobillos, ahogándose casi con sus propios collares en sus esfuerzos por llegar hasta él.

Vio a Neckland en la choza que había sido de Grubby, ocupado en serrar unas tablas. El granjero no estaba con él. Obedeciendo a un impulso, Gregory se dirigió hacia las pocilgas.

No había luz allí y Grendon estaba trabajando en la oscuridad. Al ver a Gregory dejó caer el cubo que tenía en las manos y avanzó amenazadoramente hacia el joven.

—¿De modo que ha vuelto? ¿Por qué no se queda lejos? ¿No ha leído el letrero que hay junto a la verja? No quiero verle más por aquí, vecino. Ya sé que tiene buenas intenciones y no quiero hacerle ningún daño, pero le mataré, me entiende, le mataré si vuelve a poner los pies aquí. Ya tengo bastantes preocupaciones sin que usted venga a darme más. Ahora, lárguese.

Gregory no se arredró.

—Señor Grendon, ¿está usted tan loco como su esposa antes de morir? ¿No comprende que puede encontrarse con la misma muerte que Grubby en cualquier momento? ¿Se da usted verdaderamente cuenta de lo que tiene ahí,

en el estanque?

—No soy tonto. Pero suponiendo que esas cosas se coman todo lo que encuentren, incluso los seres humanos, y que hayan hecho de mi propiedad su granja, aún han de tener alguien que se cuide de ella. De manera que a mí no creo que me hagan ningún daño. Mientras me vean trabajando, no me harán nada.

—Le están cebando, ¿no lo comprende? Por mucho que trabaje, seguro que ha aumentado de peso más de cinco kilos este mes. ¿No le asusta pensarlo?

Algo del aplomo del granjero pareció fallar durante un instante. Dirigió una mirada asustada a su alrededor.

—No digo que no esté asustado. Lo que digo es que estoy haciendo lo que tengo que hacer. No somos dueños de nuestras vidas. Ahora, hágame un favor y márchese de aquí.

Instintivamente la mirada de Gregory había seguido la de Grendon. Por primera vez pudo distinguir en la semioscuridad el tamaño que habían alcanzado los cerdos. Sus lomos rebasaban la altura de las vallas. Eran casi tan grandes como terneros.

—Esta es una granja de muerte —dijo.

—La muerte es siempre el final de todos, ya sean cerdos, vacas o seres humanos.

—Muy bien, señor Grendon, usted puede seguir pensando lo que quiera. Pero no es lo que yo pienso ni voy a quedarme impasible contemplando como los que dependen de usted sufren por culpa de su locura. Señor Grendon, quiero pedirle la mano de su hija.

Durante los tres primeros días que estuvo fuera de asa, Nancy Grendon permaneció tendida en su lecho en la posada de El Viajero, próxima a la muerte. Parecía como si toda la comida ordinaria la envenenase.

Pero poco a poco, bajo los cuidados del doctor Crouchorn y el miedo a la cólera que iba a provocar en el médico si no se ponía mejor, fue recobrando las fuerzas.

—Hoy tienes mucho mejor aspecto —le dijo Gregory, cogiéndole la mano—. Pronto estarás levantada de nuevo, haciendo vida normal, una vez que tu organismo se haya limpiado de todos los alimentos malignos que estuviste comiendo en la granja.

—Greg, cariño, prométeme que no vas a volver allí. Ahora que yo estoy aquí, no tienes necesidad de ir más.

Él bajó la vista y dijo:

—Entonces no es necesario que te lo prometa, ¿no es cierto?

—Sólo quiero estar segura de que ninguno de los dos volverá allí. Padre, estoy convencida, está protegido por alguna clase de sortilegio. Siento ahora como si yo estuviese recobrando el sentido y no quiero que seas tú quien lo pierda. ¿Y si todas esas cosas nos siguieran hasta aquí, hasta Cottersall?

—Sabes, Nancy, he estado preguntándome varias veces por qué no salen nunca de la granja. Podría suponerse que una vez que han descubierto lo fácilmente que pueden derrotar a los humanos seguirían atacando a todo el mundo, o enviarían a buscar más refuerzos de los de su especie para tratar de invadirnos. Sin embargo, parecen completamente satisfechos de permanecer en ese espacio confinado.

Ella le sonrió.

—Puede que no sea tan inteligente como tú, Gregory, pero creo que tengo una respuesta para esa pregunta. No están interesados en ir a ninguna parte. Creo que son una pareja y que vienen a nuestro mundo en su máquina del espacio para tomarse unas vacaciones, lo mismo que nosotros vamos a irnos a Great Yarmouth un par de días para pasar nuestra luna de miel. Quizá ellos están también en su luna de miel.

—¡En su luna de miel! ¡Qué horrible idea!

—Bueno, pues de vacaciones entonces. Eso era lo que pensaba padre. Dice que son sólo una pareja, que han venido a la Tierra en busca de un lugar tranquilo. A la gente le gusta comer bien cuando está de vacaciones, ¿no es cierto?

Gregory se la quedó mirando con la boca abierta.

—¡Pero eso sería espantoso! Estás intentando hacer que yo les tome *simpatía* a los aurigas.

—¡Claro que no, cabeza de chorlito! Pero tengo la esperanza de que ellos sean simpáticos, el uno con el otro.

—Bueno, por mi parte prefiero pensar en ellos como posibles amenazas, para no equivocarme.

—Mucha más razón aún para que te mantengas alejado de donde están.

Pero mantenerse alejado no significaba dejar de pensar en ellos. Gregory recibió una nueva carta del doctor Hudson Ward, sumamente atenta y cariñosa, pero no hizo ninguna tentativa para contestarla.

Tenía la impresión que no era capaz de aceptar ninguna clase de trabajo que le alejase del contorno, aunque la necesidad de encontrar una ocupación, en vista de sus nuevos planes matrimoniales, se había hecho aún más urgente. Con la modesta pensión que le enviaba su padre no era posible que vivieran los dos, si querían tener un mínimo de comodidades. Sin embargo, no era capaz de concentrar su mente en esta clase de problemas de orden práctico. Era otra carta lo que estaba esperando y eran los horrores de la granja lo que le obsesionaba. A la noche siguiente, volvió a soñar con el árbol de la saliva.

Al atardecer pudo reunir el coraje suficiente para contarles a Fox y a Nancy lo que había soñado. Se reunieron todos en el cuartito que había en la trastienda de la posada, una habitación pequeña y acogedora, con butacas tapizadas de felpa roja. Nancy volvía ya a ser la misma de siempre. Había salido incluso a dar un paseo corto aquella misma tarde, bajo el sol.

—En mi sueño, las gentes querían entregarse al árbol de la saliva —les dijo Gregory—. Y aunque esto no podría asegurarlo, tengo la impresión de que más bien que desaparecer eran transformados en algo diferente, en algo de apariencia menos humana, quizá. En este momento me di cuenta de que el árbol estaba hecho de metal de alguna clase y que seguía creciendo más y más. Era fácil de ver, a través de la saliva, todo el sistema de estructuras y émbolos que tenía en su interior. El vapor que producía esta maquinaria salía por las ramas.

Fox se echó a reír, con cierta sorna.

—Se diría que estás describiendo la forma de las cosas en un mundo futuro, cuando incluso las plantas crezcan por medio de maquinaria. Los acontecimientos se han apoderado de tu mente, Gregory. Escucha, mi

hermana piensa ir a Norwich mañana, en la carriola de su tío. ¿Por qué no vais los dos con ella? Tiene la intención de ir de tiendas y comprar algunos adornos para su traje de novia, de modo que eso puede interesarte a ti también, Nancy. Luego, podríais quedaros con el tío de Gregory un par de días. Te aseguro que te enviaré noticias tan pronto como los aurigas decidan invadir Cottersall, de modo que no te perderás nada.

Nancy se prendió del brazo de Gregory.

—Anda, vamos, por favor. Nunca he estado en Norwich más que unas horas y es una hermosa ciudad.

—No sería una mala idea —contestó Gregory, pensativo.

Tanto Bruce como la muchacha continuaron insistiendo hasta que al fin tuvo que acceder. Interrumpió la velada tan pronto como le fue cortésmente posible, dio un beso a Nancy para desearle una buena noche, y en cuanto abandonó el cuartito donde habían estado reunidos, salió a la calle y echó a andar rápidamente en dirección a la tienda del panadero. De una cosa estaba seguro: si iba a abandonar el distrito, aunque fuese por poco tiempo, antes de marchar tenía forzosamente que enterarse de lo que estaba sucediendo en la granja.

La propiedad de Grendon tenía en el crepúsculo un aspecto como no lo había tenido nunca. Sólidas vallas de unos tres metros de alto, hechas de tablas ensambladas, habían sido levantadas y barnizadas rápidamente con creosota. Su objeto era mantener la granja oculta de las miradas de los viandantes, pero su aspecto resultaba verdaderamente tétrico y desolado. Aparecían no sólo en el patio, sino a intervalos regulares a lo largo de todos los terrenos de la propiedad, de la manera más incongruente, en medio de los árboles frutales de la huerta, de las matas de helechos y del terreno baldío de los pantanos.

Un martilleo continuo, entremezclado a los lamentos de los animales, indicaba bien a las claras que aún se estaban levantando otras barreras de la misma clase.

Pero lo que daba sobre todo a la granja un aspecto irreal era la nueva

iluminación. El primer poste solitario del patio tenía ahora ya cinco compañeros: uno junto a la verja, otro al lado del estanque, otro detrás de la casa principal, otro junto al cobertizo del generador y otro frente a las pocilgas. La horrible claridad amarillenta de las bombillas daba al lugar un aspecto fantástico, tétrico.

Gregory fue lo bastante avisado como para no intentar entrar por la verja.

Ató a «Daisy» a las ramas bajas de un espino que había cerca y echó a andar a pie rodeando la cerca para entrar en la propiedad por los prados del sur.

Mientras se dirigía desde allí hacia los lejanos cobertizos exteriores pudo observar lo diferentes que eran los terrenos de la granja de los otros que la circundaban. El maíz estaba ya tan alto que, agitado por la brisa nocturna, producía un murmullo casi amenazador. Los frutos habían madurado de prisa y en los arbustos de frambuesas los granos eran tan gordos como melocotones.

Los montones de estiércol eran gigantescos y brillaban de manera extraña bajo el lejano reflejo de las luces.

En la huerta crujían los árboles frutales, agobiadas sus ramas bajo el peso de aquellos balones inmensos que eran las manzanas. Una de ellas se desprendió de su pedúnculo y cayó al suelo con un chasquido sordo y blando, de pulpa madura. Todo en la granja parecía resonar, hasta el punto de que Gregory se detuvo en su marcha para escuchar.

Se estaba levantando viento. Las aspas del viejo molino chirriaron al empezar a dar vueltas. En el cobertizo de la maquinaria, el generador continuaba bombeando su energía con su golpear monótono. Los perros no cesaban de ladrar, y a ellos se unía como fondo el coro de todos los otros animales.

Se acordó del árbol de la saliva. Aquí, lo mismo que en su sueño, era como si la agricultura se hubiese convertido en industria y los impulsos de la naturaleza hubiesen sido transformados por el nuevo dios de la ciencia.

De la corteza de los árboles brotaba el vapor oscuro de las nuevas fuerzas desconocidas.

Se estimuló a sí mismo para continuar adelante. Avanzando con

precauciones por entre los espacios de luz y de sombras que creaban las luces de las bombillas, llegó hasta cerca de la puerta trasera de la casa. Había una linterna, encendida en la ventana de la cocina. Mientras Gregory calculaba su próximo movimiento se oyó un ruido de vidrios rotos.

Con cuidado avanzó hasta el otro lado de la ventana y echó una ojeada al interior por la puerta entreabierta. Desde el vestíbulo le llegó la voz de Grendon, en un tono curiosamente apagado, como si el hombre estuviese hablando consigo mismo.

—¡Échate ahí! No me sirves de nada. Esta es una prueba de fuerza. ¡Oh, Dios, ayúdame, deja que me pruebe a mí mismo! Tú has hecho mi tierra yerma hasta el presente: déjame que recoja ahora su cosecha. No sé lo que te propones conmigo. No quiero ser orgulloso, pero esta granja que tengo es toda mi vida. ¡Malditos, malditos sean todos ellos! Todos son mis enemigos.

Aún siguieron otras frases. El hombre hablaba como si estuviera borracho. Empujado por una fascinación morbosa, Gregory avanzó por las baldosas de la cocina hasta la puerta que comunicaba con la otra habitación. Miró por ella y pudo ver al granjero, que estaba de pie, en medio de la estancia.

Había una vela encendida sobre la repisa de la chimenea apagada y su luz temblorosa se reflejaba en la tosca porcelana de dos figuras de animales a sus lados. Sin duda había desconectado la electricidad de la casa con objeto de dar más fuerza a las luces que había puesto fuera.

Grendon estaba con la espalda vuelta hacia Gregory. Una de sus mejillas enjutas con barba de varios días, quedaba iluminada por la luz de la vela. Parecía encorvado bajo el peso de lo que consideraba sus deberes y, sin embargo, contemplando ahora sus espaldas macizas bajo la chaqueta de cuero, Gregory sintió una cierta admiración por la independencia de aquel hombre y por el misterioso carácter que se ocultaba bajo su apariencia rústica.

Vio cómo Grendon salía por la puerta del porche, sin cerrarla y se dirigía hacia el patio, Murmurando aún para sí mismo.

Dio la vuelta a la casa y se perdió de vista entre los ladridos incesantes de los perros de guardia.

El tumulto, sin embargo, no consiguió ahogar una especie de quejido cercano. Mirando con más atención en la semipenumbra, Gregory vio que había un cuerpo tendido debajo de la mesa de la sala. El cuerpo rodó sobre sí mismo, haciendo crujir algunos trozos de vidrio bajo su peso y exclamó algo confuso. Aunque no le distinguía con claridad, Gregory supo que se trataba de Neckland. Fue hasta él y le levantó la cabeza. Al inclinarse sobre el mozo de granja, su pie tropezó con un pez disecado.

—¡No me mate, compadre! —gritó Neckland—. Yo lo único que quiero es irme de aquí.

—¿Bert? Soy Gregory. Bert, ¿estás malherido?

Había sangre en el suelo. La camisa del mozo aparecía completamente desgarrada en la espalda y la carne allí y en uno de sus costados presentaba varios cortes producidos por los trozos de vidrio sobre los que había rodado. Pero más serio era un verdugón que se veía sobre su hombro y que se ponía cada vez más morado mientras Gregory lo observaba.

Neckland se pasó una mano por el rostro y habló ya en un tono más racional:

—¿Gregory? Pensé que estaba usted allá, en Cottersall. ¿Qué está haciendo aquí? De veras que va a matarle si le encuentra.

—¿Qué es lo que te ha pasado, Bert? ¿Puedes levantarte?

El mozo recobró poco a poco sus facultades. Cogió a Gregory por un brazo y le dijo en tono suplicante:

—¡No hable alto, por el amor del cielo, o volverá si nos oye y terminará de hacerme picadillo! Se ha vuelto completamente loco, dice que esas cosas del estanque están pasando aquí unas vacaciones. Casi me arrancó la cabeza de los hombros con ese bastón que lleva. ¡Suerte que la tengo dura!

—¿Por qué fue la pelea?

—Ya se lo digo, vecino; porque yo sé bien lo que está pasando aquí en esta granja. Esas cosas que hay escondidas en el estanque van a matarme y a chuparme por dentro, como hicieron con Grubby, si no me voy pronto de aquí. Así que me escurrí cuando Joseph Grendon no miraba y vine a la casa para reunir mis bártulos y mi ropa y largarme cuanto antes. El lugar entero está endemoniado, es un sitio maldito y tendría que ser derribado. ¡El infierno

no puede ser peor de lo que es esta granja!

Mientras hablaba, se puso en pie, pero tuvo que apoyarse en Gregory para guardar el equilibrio. Luego se dirigió hacia la escalera, rezongando entre dientes.

—Bert —dijo Gregory—, ¿qué tal si vamos a buscar a Grendon y le sacamos de aquí? Podemos meterle en el carro y nos vamos todos.

Neckland se volvió a mirarle, el rostro perdido en las sombras de la escalera. Con una mano se estaba frotando el hombro.

—¡Inténtelo usted! —dijo.

Se dio la vuelta y continuó subiendo los escalones.

Gregory permaneció donde estaba, sin quitarle ojo a la ventana. Había venido a la granja sin tener una idea concreta de lo que se proponía hacer, pero ahora que la idea estaba ya formulada, se dio cuenta de que si quería sacar a Grendon de allí, tendría que arreglárselas solo. Y sin embargo, sentía que era su deber hacerlo. Aunque había perdido por aquel hombre el respeto que tuvo en un tiempo, aún le quedaba por él una especie de fascinación extraña, y aparte de esto, no se sentía capaz de abandonar a ningún ser humano, por perverso que fuese, para que se enfrentara solo con los horrores de la granja.

Se le ocurrió de pronto que tal vez pudiera obtener alguna ayuda de los otros granjeros del contorno, en Dereham Cottages, por ejemplo, aunque estaban bastante retirados. Si pudiese conseguir de alguna forma que Grendon no recibiese a los intrusos a perdigonazos...

El cobertizo donde estaba el generador tenía sólo una ventana alta y estaba enrejada. La construcción era de ladrillos con una puerta bastante sólida, que podía cerrarse desde fuera. Tal vez fuese posible atraer a Grendon allí dentro. Y una vez que lo tuviese encerrado, marchar a buscar ayuda.

Avanzó hasta la puerta principal, no sin cierto temor, y miró fuera, hacia las sombras confusas. Al mismo tiempo, no perdía de vista el suelo, acechando la aparición de alguna huella más peligrosa incluso que la del granjero; pero no tuvo ningún indicio de que los aurigas estuviesen activos por las proximidades en aquel momento.

Una vez cerciorado, en parte, de todo esto, salió al patio.

No había avanzado ni dos pasos cuando escuchó los gritos repentinos de una mujer. El ruido se le clavó en el pecho como una saeta y le vino a la mente la imagen de la pobre señora Grendon, enloquecida. Pero inmediatamente reconoció la voz. Era la de Nancy.

Antes de que se hubiera extinguido su eco corría ya a lo largo de la oscura fachada de la casa tan de prisa como podían llevarle sus piernas.

Sólo más tarde recordó haber tenido la sensación extraña de haber corrido contra lo que parecía un ejército gigantesco de clamores de los animales. Lo que se oía más fuerte de todo eran los gruñidos de los cerdos; cada uno de ellos parecía estar lanzando algún mensaje indescifrable, profundo e inquieto, a no se sabía dónde. Así que corrió hacia las pocilgas, cortando a través de las enormes vallas iluminadas por aquella maléfica luz amarillenta.

El estruendo allí dentro era verdaderamente ensordecedor. Cada uno de los animales parecía estar atacando como un obseso, con sus pezuñas agudas, las paredes de su encierro. Había una bombilla colgada sobre la cochinera central, y gracias a su luz, Gregory pudo ver inmediatamente lo terrible que era el cambio que había ocurrido en la granja desde su última visita.

Las marranas se habían hinchado de una manera monstruosa y sus enormes orejas colgaban contra sus carrillos carnosos como pámpanos. Sus lomos hirsutos llegaban casi hasta el techo de sus compartimentos.

Grendon estaba en pie en el extremo más distante, sosteniendo en sus brazos la forna exánime de su hija. A sus pies había un saco desparramado de comida para los puercos. Había abierto una de las compuertas de las pocilgas e intentaba pasar por ella con su carga, empujando con los hombros el lomo enorme de un animal que casi tenía su misma altura.

Al oír ruido se volvió y se quedó mirando a Gregory con una cara cuya falta total de expresión resultaba todavía más terrible que cualquier expresión de cólera.

Aún había una presencia más en el lugar. Una de las compuertas cerca de donde estaba Gregory se abrió violentamente. Las dos marranas que había dentro se apretujaron gruñendo en falsete contra las paredes al sentir la cercanía de algo con hambre devoradora. Los dos animales daban patadas al aire y todos los demás se agitaron enloquecidos con idéntico miedo.

Pero la lucha era inútil. Un auriga estaba allí, una figura invisible de muerte agitando su guadaña venenosa de la que no había escape posible.

Gregory vio cómo se extendía una mancha rosada por el lomo de una de las marranas. Casi inmediatamente su enorme corpulencia empezó a perder volumen. Se desplomó al fin, al cabo de pocos momentos, ya completamente vacía de sustancia.

Gregory no se detuvo a contemplar los detalles de la escena. Mientras ocurría, corría detrás del granjero, puesto de nuevo en acción. Estaba claro lo que pretendía hacer. Se metió en la última pocilga de la fila y depositó a su hija dentro del comedero metálico que había junto a la pared. En el acto las marranas acudieron, chasqueando las mandíbulas, en busca del nuevo manjar que se les ofrecía. Una vez con las manos libres, Grendon se dirigió hacia una repisa que había en la pared. En ella estaba su escopeta.

El clamor dentro del cobertizo había alcanzado su cenit. La marrana que había visto desaparecer a su compañera en un instante, como tragada por el aire, escapó de su encierro y echó a correr por el pasillo central. A medio camino se detuvo un momento, afortunadamente para Gregory, pues de lo contrario lo hubiera aplastado, como si se encontrase desconcertada por su nueva libertad. El edificio pareció conmoverse con la lucha de todos los otros cerdos por escapar. Cayeron algunos ladrillos, se astillaron algunas puertas. Gregory tuvo el tiempo justo de saltar hacia un lado cuando una segunda marrana consiguió abrirse paso. En un momento, el lugar estuvo lleno de una multitud de cuerpos enormes y grotescos, con el lomo erizado, empujándose unos a otros en busca de la salida.

En medio del barullo indescriptible consiguió llegar hasta Grendon, pero la estampida de los animales se cruzó entre ellos. El granjero sintió que una enorme pezuña le golpeaba el tobillo. Rezongando de dolor, se inclinó hacia delante, pero fue arrastrado y arrollado por sus criaturas. Gregory saltó como pudo al interior de un compartimento vacío antes de verse envuelto por la tromba.

Entretanto, Nancy intentaba torpemente salir de su comedero, mientras las dos bestias a las que había sido ofrecida en festín luchaban por salir al pasillo. Con la fuerza de la desesperación, y casi sin darse cuenta de lo que

hacía, Gregory se izó a pulso hasta una de las vigas, se colgó de ella con una pierna hasta alcanzar a Nancy con sus brazos y la levantó hasta donde él estaba.

Allí arriba estaban a salvo por el momento, pero su seguridad no era más que temporal. A través del estrépito y el polvo pudieron darse cuenta de que los gigantescos animales estaban atrancados entre las dos salidas. El centro del cobertizo se había convertido en un campo de batalla. Los animales luchaban unos contra los otros en su empeño por intentar alcanzar el extremo opuesto de la construcción, hiriéndose entre sí y amenazando con derribar el cobertizo entero.

—Tenía que seguirte —le dijo Nancy, entre dos jadeos—. Pero padre..., no creo que me haya reconocido siquiera.

«Al menos —pensó Gregory—, no ha visto cómo le pisoteaban los animales.»

Sin poder evitarlo volvió los ojos en aquella dirección y vio la escopeta, que Grendon no había llegado a alcanzar, yacente aún sobre su repisa en el muro. Arrastrándose a lo largo de una viga transversal podía llegar hasta ella fácilmente.

Le dijo a Nancy que se quedara donde estaba y gateó por la viga, a sólo pocos centímetros por encima de los lomos de los animales enfurecidos. Por lo menos la escopeta iba a proporcionarles una cierta protección. El auriga, a pesar de todas sus horribles diferencias con los humanos, no sería inmune al plomo.

Mientras recogía la vieja arma, Gregory se sintió invadido por un deseo irrefrenable de matar a alguno de los monstruos. En aquel mismo instante le vinieron a la mente las antiguas esperanzas que había albergado sobre ellos, pensando que podían ser seres superiores, de gran sabiduría y conocimientos muy desarrollados, que llegaban de una sociedad mejor, donde un alto código de conducta regía las actividades de sus ciudadanos. Había creído que solamente a una civilización superior le sería concedido el don divino de realizar viajes interplanetarios.

Pero quizá lo contrario era cierto: quizá un objetivo semejante sólo podía ser alcanzado por especies lo bastante implacables como para no tener en

cuenta ningún otro objetivo más humano. Tan pronto como pensó en esto, su mente se sintió agobiada por la visión de un vasto universo enfermo, en el cual las razas que preferían los valores del amor, la bondad y la inteligencia tenían que quedarse agazapadas para siempre en sus pequeños mundos, mientras por encima de ellos se instalaban los tiranos del universo, que podían dominarlo todo para satisfacer sus crueldades y sus ambiciones sin fin.

Volvió como pudo hasta donde estaba Nancy, arrastrándose por encima de la sangrienta batalla porcina.

Nancy señaló entonces con una mano, sin decir palabra, hasta el extremo opuesto del cobertizo, donde la puerta había saltado ya en pedazos, dejando el camino libre a la horda, que comenzó a perderse en la noche. Una de las marranas, sin embargo, cayó a tierra y al mismo tiempo que caía se puso roja y empezó a desinflarse como un saco vacío. Otra después, al pasar por el mismo sitio, sufrió una suerte semejante.

¿Estaría el auriga actuando así por furia, en lugar de hacerlo por hambre, como hasta ahora? ¿Le habrían herido los cerdos en su estampida ciega?

Gregory levantó la escopeta y apuntó. Al hacerlo vio en el aire una débil columna traslúcida. El polvo, el barro y la sangre le habían salpicado sin duda, haciéndole parcialmente visible.

Gregory apretó el gatillo.

El culatazo casi le hizo caer de su soporte. Cerró los ojos un instante, ensordecido por el ruido del disparo y apenas si tuvo conciencia de que Nancy le gritaba, cogida de su brazo:

—¡Qué hombre tan maravilloso eres! Le diste justo en el medio.

Abrió los ojos e intentó ver a través de la polvareda y el humo. La sombra semitransparente que representaba al auriga pareció vacilar. Y se desplomó al fin, entre los pellejos vacíos de las dos cerdas que acababa de sorberse, precipitando sobre el pavimento enlodado algunos fluidos corruptos. Luego, se irguió de nuevo, le vieron pasar a través de la puerta rota y se perdió en el exterior.

Durante unos minutos permanecieron los dos en lo alto de la viga, sin moverse, mirándose el uno al otro, con expresión mitad de triunfo y mitad de duda. Aparte de un cerdo malherido, el cobertizo estaba ahora completamente libre de animales. Gregory se descolgó hasta el suelo y ayudó a bajar a Nancy. Atravesaron el suelo ensangrentado y lleno de fango y salieron al aire fresco de la noche.

Más allá de las huertas se veían unas extrañas luces que brillaban en las ventanas traseras de la casa.

—¡Oh, Gregory! Está ardiendo. ¡De prisa! Tenemos que recoger todo lo que podamos. Todas las maravillosas figuritas de mi pade...

Él la retuvo con fuerza, inclinándose sobre ella al mismo tiempo que hablaba:

—¡Bert Neckland es quien hizo esto! Claro que fue él. Me dijo aún no hace mucho que este lugar tenía que ser destruido, y eso es lo que hizo.

—Apresurémonos entonces...

—No, no, Nancy. Déjalo arder. Hay por aquí ahora un auriga herido, en alguna parte. No llegué a matarle. Si esas cosas son capaces de sentir rabia, furia, despecho, van a intentar matarnos a nosotros. ¡No olvides que hay más de uno! No podemos ir hacia la casa si queremos conservar la vida. «Daisy» está justo al otro lado de la pradera, por esta parte, y en ella volveremos seguros a casa.

—¡Greg, amor mío, ésta es mi casa! —gritó la muchacha en su desesperación.

Las llamas subían cada vez más altas. Las ventanas de la cocina saltaron en una lluvia de cristales rotos. Gregory cogió en sus brazos a Nancy y la arrastró hacia el lado opuesto, gritando enloquecido:

—¡Yo soy tu casa ahora, cariño! ¡Yo soy tu casa!

Ella acabó por correr a su lado, sin protestar más y juntos llegaron hasta la barrera de hierbas altas.

Cuando estuvieron en la carretera, junto a la yegua inquieta, se detuvieron para tomar aliento y mirar hacia atrás.

La casa era ya una pura hoguera. Estaba claro que no podía salvarse nada de ella. Las chispas habían saltado hasta la construcción del molino y una de las aspas ardía también. En medio de aquella escena de catástrofe las bombillas eléctricas esparcían su luz espectral desde lo alto de sus postes. De vez en cuando, atravesaba corriendo la figura enloquecida de algún animal gigantesco. De pronto hubo como un relámpago y todas las luces eléctricas se apagaron. Sin duda, alguna de las bestias había derribado un poste en su huida. Al caer sobre el estanque, se había producido un corto circuito que había acabado con el sistema.

—¡Vayámonos! —dijo Gregory. Ayudó a Nancy a subir a la yegua. Estaba montando detrás de ella cuando comenzó a oírse una especie de trueno sordo, que fue creciendo en intensidad y cambiando de tono. De pronto, cesó totalmente. Una espesa nube de vapor se elevó sobre el estanque. Y de la nube surgió la nave espacial elevándose, elevándose..., en una visión sorprendente que les dejó casi sin respiración. Poco a poco ascendió en el cielo tranquilo de la noche, se perdió de vista por un momento y luego comenzó a brillar con un resplandor rojizo, cuando ya estaba muy alta.

Desesperadamente, Gregory intentó seguirla con la vista, pero al cabo de unos instantes desapareció por completo, perdida más allá de los frágiles confines de la atmósfera terrestre.

Sintió que le invadía una enorme tristeza, más terrible aún porque no tenía razón de ser, y luego comenzó a pensar y dejó que su pensamiento explotara en palabras:

—¡Quizá sólo habían venido aquí de vacaciones, como dijo tu padre! ¡Quizá incluso lo pasaron bien en este pequeño globo y se lo contarán así a sus amigos! Quizá el único futuro para la Tierra es el de convertirse en un lugar de turismo para millones de seres como los aurigas...

Las campanas de la iglesia desgranaban la medianoche cuando pasaron frente a las primeras casas de Cottersall.

—Iremos primero a la posada —dijo Gregory—. No puedo molestar a la señora Fenn a estas horas, pero el dueño de El Viajero nos dará comida y

agua caliente para que pueda curarte esos rasguños.

—Estoy perfectamente, mi amor. Pero estaré encantada de tener tu compañía.

—Te prevengo: ¡de ahora en adelante vas a tener toda la que quieras! Y más.

La puerta de la posada estaba cerrada, pero aún se veía luz dentro. Llamaron y a los pocos instantes salió a abrirles el dueño en persona, ansioso de escuchar algunos rumores nuevos que poder contar luego a sus clientes.

—Quería decirle —añadió después de saludarles, dirigiéndose a Gregory — que hay arriba un caballero, en el número tres, que desearía hablar con usted por la mañana. Un caballero de calidad, según parece. Vino en el tren de la noche, pero sólo llegó aquí hace afina hora escasa, en la diligencia desde la estación.

Gregory arrugó el gesto.

—Mi padre, sin duda.

—Oh, no, señor. Su nombre es míster Wills, o Wells... o Walls. No he podido leer bien su firma.

—¡Wells! ¡Míster Wells! ¡De modo que ha venido, después de todo! — cogió a Nancy por las manos y se las sacudió, lleno de excitación—: Nancy, uno de los hombres más importantes de Inglaterra está aquí. No hay nadie mejor que él para escuchar nuestra historia. ¡Voy arriba para hablar con él inmediatamente!

Le dio un beso en la mejilla, echó a correr escaleras arriba y llamó con los nudillos en la puerta número tres.

Notas

[1] Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona *Science-Fiction*, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

<<